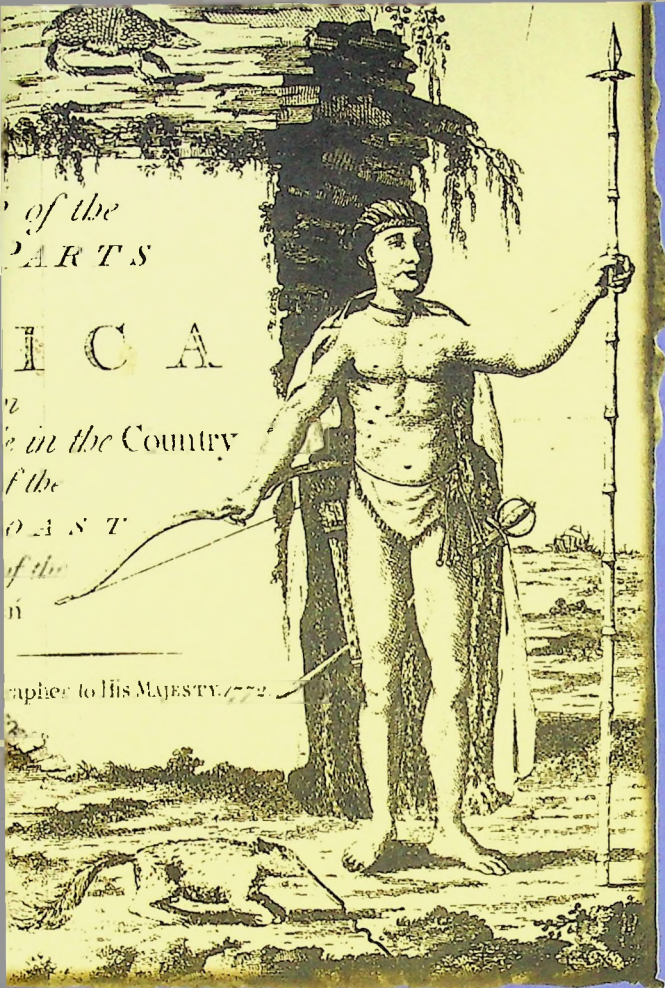




DESCRIPCIÓN DE LA PATAGONIA Y DE LAS PARTES CONTIGUAS DE LA AMÉRICA DEL SUR

Tomás Falkner



Nueva
Dimensión
Argentina

Dirigida por Gregorio Weinberg





DESCRIPCIÓN DE LA PATAGONIA

Y DE LAS PARTES CONTIGUAS
DE LA AMÉRICA DEL SUR



DESCRIPCIÓN
DE LA PATAGONIA
Y DE LAS PARTES CONTIGUAS
DE LA AMÉRICA DEL SUR

Tomás Falkner

Estudio preliminar de Raúl José Mandrini

Heughty
CBA, Dic-03



dirigida por **Gregorio Weinberg**



taurus



© De esta edición:

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A., 2003

Beazley 3860, (1437) Buenos Aires

www.alfaguara.com.ar

- Santillana Ediciones Generales S.L.
Torrelaguna 60 28043, Madrid, España
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
Avda. Universidad 767, Col. del Valle, 03100, México
- Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Calle 80 N° 10-23, Bogotá, Colombia
- Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.
Doctor Aníbal Ariztía 1444, Providencia, Santiago de Chile, Chile
- Ediciones Santillana S.A.
Constitución 1889. 11800, Montevideo, Uruguay
- Santillana de Ediciones S.A.
Avenida Arce 2333, Barrio de Salinas, La Paz, Bolivia
- Santillana S.A.
Avda. Venezuela 276, Asunción, Paraguay
- Santillana S.A.
Avda. San Felipe 731 - Jesús María, Lima, Perú

ISBN: 950-511-858-9

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Diseño de colección y cubierta: Claudio A. Carrizo

Ilustración de cubierta: detalle del mapa que acompañaba
la primera edición inglesa. Gentileza Museo Etnográfico
"Dr. Juan B. Ambrosetti"

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Primera edición: septiembre de 2003

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser
reproducida, en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida por
un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

ÍNDICE

<i>Estudio preliminar</i> , por Raúl José Mandrini	9
<i>Prefacio</i> , por William Combe	57
<i>Introducción</i>	87
I. Del suelo y productos de la parte más austral de América	91
II. La descripción del país de los indios, y de sus valles, serranías, ríos, etc.; el gran Río de la Plata, con sus afluentes, peces y puertos	111
III. Sigue la descripción del país de los indios, con sus valles, serranías, ríos, etc.; Tierra del Fuego e islas Malvinas	135
IV. Descripción de los habitantes de la parte más austral de la América que figura en el mapa	167
V. Religión, gobierno, política y costumbres de los Moluches y Puelches	187
VI. De la lengua de los habitantes de esta tierra	207

NOTA DEL EDITOR

Se ha respetado, hasta donde ello ha sido posible, la versión de Samuel A. Lafone Quevedo, de quien son las notas, como así también su personal puntuación (dos puntos en vez de punto y coma; punto y coma en lugar de coma, etcétera). Se hicieron ligeros retoques con la única finalidad de facilitar la comprensión del texto. Y, naturalmente, hemos puesto Malvinas donde él escribió Falkland.

Gregorio Weinberg

ESTUDIO PRELIMINAR

En 1774 vio la luz en Hereford, Inglaterra, un pequeño libro titulado *A Description of Patagonia, and the Adjoining Parts of South America: Containing and Account of the Soil, Produce, Animals, Vales, Mountains, Rivers, Lakes &c. of those Countries; the Religion, Government, Policy, Customs, Dress, Arms, and Language of the Indian Inhabitants; and some Particulars Relating to Falkland's Islands*¹ cuya autoría se atribuía a un sacerdote jesuita, el padre Tomás Falkner, residente entonces en Inglaterra. El libro incluía además un interesante mapa de esos territorios meridionales americanos entonces dominios, al menos formalmente, de la corona española. El trabajo llevaba un largo prefacio firmado por William Combe, un escritor de la época que había tenido ocasión de conocer el manuscrito del anciano sacerdote.² Combe había sido un defensor de la políti-

¹ La versión que se publica corresponde a la traducción de Samuel Lafone Quevedo editada por la Universidad Nacional de La Plata en 1910, con algunas modificaciones formales introducidas por el editor en la versión incluida en la colección "El pasado argentino" dirigida por Gregorio Weinberg (Tomás Falkner, *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*, Buenos Aires, Hachette, 1974).

² "Como tenía relación con una persona que había vivido unos cua-

ca de expansión colonial del primer ministro británico William Pitt (1708-1770), y propiciaba, a juzgar por el contenido del Prefacio, un acercamiento a España que alejara a ésta de la política francesa y la convirtiera en los hechos en una "socia" de la política comercial ultramarina inglesa. Pero, en realidad, lo que defendía Combe era la participación inglesa –cualquiera fuera el medio– en el comercio con las colonias hispanoamericanas.

En ese prefacio Combe reconocía algunas cosas. Primero, que el texto que publicaba no correspondía con exactitud al original de Falkner. "Algunas alteraciones –nos dice– me he permitido hacer en el lenguaje y en el ordenamiento de lo que él escribiera, pero nada se le ha agregado a la relación del viejo viajero."³ Segundo, nos revela el interés que lo movía a publicar ese relato: "El establecimiento de una colonia inglesa en las Islas Malvinas [Falkland en el original], según dicen se debe a la opinión del finado lord Anson,⁴ quien consideraba

renta años en la América del Sur [...] –recuerda Combe– conseguí de él que me proporcionase un mapa que fuese el resultado de sus observaciones personales, y de lo que pudiera haber averiguado de boca de otros; a éste agregó una descripción de todo el país y de los indios que lo poblaban." (pág. 57).

³ Falkner vivía al publicarse la obra y, hasta donde sabemos, no hizo objeciones a su contenido, por lo que se puede aceptar la observación de Combe. En todo caso, los cambios habrían tenido la anuencia del autor. Véase el "Estudio preliminar" de Salvador Canals Frau, en Tomás Falkner, *Descripción de la Patagonia...*, ob. cit., pág. 9.

⁴ Al iniciarse en 1739 la guerra con España, la corona inglesa había despachado una flota al mando de George Soberton, lord Anson (1697-1762), que debía operar en los mares del Sur. En 1740 la flota visitó las costas patagónicas y tras pasar por el cabo de Hornos recorrió las costas del Pacífico meridional, en los actuales Estados de Chile y Perú, y desembarcó en varios sitios (1741). Tomó

que se propendería a la extensión del comercio y del imperio marítimo de la Gran Bretaña si ésta se hacía de un buen puerto para los barcos ingleses en los mares australes de América. Consideraciones como ésta fueron las que me indujeron a creer que cualquier relación que tratase de la geografía, habitantes y demás detalles de la parte más austral del continente americano podría ser de alguna utilidad pública”.

Entre ambiciones y paranoias

La obra de Falkner tuvo una particular repercusión. Rápidamente fue traducida al castellano por Manuel Machón, un español residente en Inglaterra, quien envió el manuscrito a la corte madrileña. Aunque esta versión no fue entonces publicada, pronto circuló una traducción al alemán (1775) y luego al francés (1785).⁵ Pero, aunque el texto de

luego rumbo al sudoeste, atravesó el Índico, pasó por el cabo de Buena Esperanza y retornó finalmente a Inglaterra con un gran botín en 1744. El viaje y la relativa facilidad con que se realizó pusieron de relieve las debilidades defensivas del imperio colonial español y causaron serias preocupaciones en la Metrópoli. El relato del viaje de Anson fue escrito por Richard Walther (*A Voyage Round the World, in the years MDCCXL, I, II, III, IV. By George Anson Esq; Commander in Chief of a Squadron of his Majesty's Ships, Sent upon an Expedition to the South Seas*. Compilado y publicado en Londres por John y Paul Knapton, 1748).

⁵ La traducción de Machón fue utilizada por Pedro de Ángelis, que incluyó la obra en el primer volumen de su Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, publicado en Buenos Aires en 1836. En este texto faltan algunas partes del original y la traducción presenta errores serios.

Falkner tiene un excepcional valor como testimonio geográfico e histórico, tal repercusión, así como los debates que se generaron en torno a la figura de su autor, no se explican por sus méritos intrínsecos sino por el peculiar momento histórico en que la obra vio la luz.⁶ Es justamente a esta situación a la que debemos ahora referirnos.

El siglo XVIII presenció un profundo cambio en la política internacional europea y en las relaciones de fuerza entre las grandes monarquías del continente, en particular Inglaterra, Francia y España. El siglo se abrió con la larga y cruenta guerra de sucesión española (1701-1713), que finalizó con la firma de los Tratados de Utrecht. De acuerdo con los mismos, los Habsburgo austríacos perdían su posibilidad de retener la corona española en la familia y Felipe de Orléans, sostenido por Luis XIV, era reconocido como rey de España con el nombre de Felipe V, aunque renunciando a sus derechos sobre el trono de Francia. Sin embargo, la gran ganadora era Inglaterra que,

⁶ Algunos párrafos del texto sobre la indefensión de los territorios meridionales de América y la facilidad con que podrían ser conquistados, así como el contenido del Prefacio escrito por Combe, sirvieron para que autores vinculados a corrientes nacionalistas acusaran a Falkner de simpatías por Inglaterra, su tierra natal, cuando no de haber sido un "traidor", un "agente inglés" o un "representante del imperio británico". Estas interpretaciones están abonadas por la nota introductoria que elaboró Pedro de Ángelis al publicar el texto en su colección. Tampoco sirve de nada la versión apologetica —casi hagiográfica— que brindan los historiadores vinculados a la Compañía de Jesús, como es el caso de Guillermo Furlong. Evitaremos entrar en esa polémica que absolutamente nada aporta a una valoración historiográfica de la obra de Falkner. De todos modos, Furlong fue sin duda el biógrafo más importante de Falkner. Véase la Nota bibliográfica, al final de este Estudio preliminar.

afirmado su dominio de los mares, había sido el verdadero árbitro del conflicto.

Los tratados y acuerdos que siguieron a la finalización de la guerra frustraron las ambiciones de Luis XIV de unir en una sola cabeza las monarquías española y francesa —lo que hubiera roto el equilibrio de fuerzas consagrado hacía más de medio siglo por la Paz de Westfalia, algo que Inglaterra no hubiera tolerado— y otorgaron a los ingleses importantes concesiones comerciales en los dominios americanos, quebrando en los hechos el férreo monopolio comercial establecido por los Habsburgo. “El Tratado del Asiento de Negros”, firmado en Madrid en marzo de 1713 y ratificado en Utrecht, otorgó a Inglaterra —durante treinta años y a través de la Compañía del Mar del Sur, conocida como la Compañía del Asiento— el monopolio del comercio de esclavos africanos en los dominios americanos, creando así la primera fisura seria en el sistema de monopolio, pues no se trataba ya de contrabando —una actividad ilegal bastante común en el siglo XVII, particularmente en el Río de la Plata— sino de una concesión formal. Posteriormente, otras franquicias dadas a la Compañía del Asiento ampliaron la penetración comercial británica.

A partir de entonces, el poder de Inglaterra como potencia mundial no dejó de crecer y pronto comenzó a ejercer un amplio control sobre la mayor parte de las grandes rutas comerciales, apoyada en su fuerza naval. Si el siglo XVI había sido el siglo de España y el XVII, el de Francia, no hay duda de que el XVIII fue el de Inglaterra. En esa expansión, las vastas colonias americanas eran una presa codiciada por los sectores expansionistas más fuertes de Inglaterra. El objetivo central era abrir esos dominios al comercio británico, sea forzando a la corona española a otorgar concesiones y privilegios o bien ocupando

militarmente algunos puntos clave del continente. La presencia de flotas y naves británicas en las costas americanas se hizo frecuente, creando seria preocupación en la corte madrileña.

El advenimiento de la dinastía borbónica en España significó, al mismo tiempo, una modificación de la política colonial española. Antes que el producto de un plan coherente, tales cambios fueron, sobre todo, el resultado de diferentes medidas concretas tomadas frente a una realidad que se transformaba rápidamente. En términos generales, los efectos de la nueva política comenzaron a hacerse evidentes hacia mediados del siglo, durante el reinado de Carlos III, y se expresaron en una serie de reformas políticas y administrativas centralizadoras, en una relativa liberalización del comercio, en un renovado interés por las producciones regionales —entre otras, la ganadería— y en la revalorización del frente atlántico del imperio español al volver a utilizarse la ruta del cabo de Hornos.⁷ Con todas ellas, la corona española buscaba establecer un mayor control sobre los territorios americanos que le permitiera preservarlos de las amenazas externas —y también de poderosos intere-

⁷ Virtualmente cerrada al consolidarse el sistema de monopolio comercial español en el siglo XVII, la ruta del cabo de Hornos volvió a tomar importancia tras el intento de los Borbones para revitalizar el sistema mercantil español, particularmente luego de la quiebra del llamado "sistema de flotas y galeones" tras la caída de Portobelo en manos inglesas en 1739. Sobre el papel de la ruta del cabo de Hornos en el comercio atlántico, véase Antonio García-Baquero González, *Cádiz y el Atlántico (1717-1778) (El comercio colonial español bajo el monopolio gaditano)*, vol. I, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1976, págs. 143-174 y 263-265.

ses regionales no siempre coincidentes con los de la corona—, asegurarse el usufructo del comercio americano y aprovechar mejor las riquezas potenciales de sus posesiones.

Al mismo tiempo que trataban de reordenar sus dominios americanos, los Borbones españoles llevaron adelante una política de mayor acercamiento a Francia o, mejor dicho, a la rama francesa de los Borbones. Tal política, que tuvo fluctuaciones, se intensificó durante el gobierno de Carlos III y culminó con la firma del llamado “Pacto de Familia” en 1761, por el que España ataba su destino al de Francia. Producto de esta política, la corona española se vio envuelta en guerras en las que no tenía serios intereses propios en juego. En todas ellas, el adversario era Inglaterra. Además, la alianza cada vez más estrecha entre Inglaterra y la monarquía portuguesa tenía sus repercusiones en los conflictos hispano-lusitanos en los dominios meridionales, particularmente los derivados de la fijación de límites entre los territorios españoles y portugueses.

En este contexto de creciente conflictividad apareció el libro de Falkner. Algunos de sus párrafos eran llamativos. “La gente de estos países —nos dice refiriéndose a las gobernaciones de Buenos Aires y Tucumán— no son gran cosa como soldados, y tan descontentos se hallan con el gobierno español, mal estado de los negocios, carestía de todo lo que son mercaderías de ultramar, y lo que es peor, impuestos exorbitantes, etcétera, que *de buen grado se verían súbditos de cualquier otra nación que los librara* de la opresión en que se hallan sumidos. Y, todo esto no obstante, *el país entero está sin más defensa que una poca tropa veterana en Buenos Aires y Montevideo*; y bastaría tomar a estas dos plazas para que todo el país se sometiera con sólo hacer un paseo militar por él; porque *los criollos*

se harían unos con el enemigo, cualquiera que fuese" (págs. 114-115, cursiva nuestra).

"Si a una nación cualquiera —agrega al describir la costa patagónica— se le antojase poblar esta tierra sería asunto de tener a los españoles en continua alarma, porque desde el tal puerto se podrían despachar expediciones al mar del Sur [el océano Pacífico] para destruir los puertos de aquella banda, mucho antes de que el propósito o intención pudiera llegar a conocimiento de la España, o aun de los de Buenos Aires. Más aún, hasta podría descubrirse una vía más corta por medio de la navegación del río [el río Negro, también nombrado entonces Río de los Sauces] hasta cerca de Valdivia en chatas. Muchas tropillas de los indios del río, que son los más fuertes de todas estas naciones, se enrolarían por amor al botín; y de este modo sería fácil tomar la guarnición de Valdivia, que llevaría como consecuencia lógica la caída de Valparaíso, fortaleza de mucho menos importancia; la posesión de estas dos plazas aseguraría la conquista del fértil reino de Chile" (pág. 154).

Imaginemos el interés que estas observaciones pudieron despertar en lectores ingleses defensores de la expansión del imperio. Pero imaginemos también el impacto que debieron tener en la corte de Madrid, donde las ambiciones británicas eran bien conocidas. Y los temores españoles no eran sólo paranoia, pues desde algunas décadas antes se venían produciendo amenazas concretas. Ya en 1745-1746, la fragata española *San Antonio* había recorrido las costas meridionales de la Patagonia a fin de registrar indicios de la presencia de extranjeros —fundamentalmente ingleses— y, al mismo tiempo, echar las bases para una futura empresa de evangelización de los indígenas patagónicos, a quienes algunos visualizaban, al igual que Falkner, como potenciales aliados de los posi-

bles invasores.⁸ Estas amenazas tenían un antecedente inmediato en la expedición de George Anson a los mares del Sur en 1740-1741 y se extendían a otras partes del imperio colonial: el Caribe y la Florida (ingleses), el nordeste de Nueva España (franceses) y California (ingleses, holandeses y rusos).⁹ Esta presencia extranjera en, o cerca de, las zonas de frontera tendía, por otra parte, a hacer más conflictivas las relaciones con los indígenas, en algunos casos ya bastante precarias. La situación no mejoró con el tiempo, y el fantasma de la amenaza inglesa se hizo más serio. La cuestión suscitada en las islas Malvinas tras la fundación por los ingleses de Puerto Egmont en 1766, que se mantuvo hasta 1774, había mostrado que tales temores no eran infundados.

El texto de Falkner tuvo, sin embargo, menos impacto concreto en Gran Bretaña que lo que podía esperarse. En cambio, su repercusión fue muy grande en España. En el caso de las costas patagónicas, tales potenciales amenazas estimularon expediciones de exploración y entradas de carácter militar y colonizador cuyo resultado fue un mejor conocimiento de los territorios del sur y un contacto cada vez más intenso con los grupos indios que los ocupaban. En este contexto, deben destacarse —a fines de la década de 1770 y comienzos de la de 1780— las explo-

⁸ Raúl J. Mandrini, "El viaje de la fragata *San Antonio* en 1745-1746. Reflexiones sobre los procesos políticos operados entre los indígenas pampeano-patagónicos", *Revista Española de Antropología Americana* N° 30, Madrid, Universidad Complutense, 2000, págs. 235-263. Falkner se encontraba entonces como misionero en el sur de la actual provincia de Buenos Aires.

⁹ Una excelente síntesis en David J. Weber, *La frontera española en América del Norte*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, págs. 217-293.

raciones de Antonio de Viedma en la costa patagónica y el reconocimiento de los ríos Negro y Colorado por Basilio Villarino, los intentos de establecer asentos permanentes que culminaron con la fundación del fuerte del Carmen (actual Carmen de Patagones) en 1779,¹⁰ y la búsqueda de un camino terrestre entre las ciudades de la Capitanía general de Chile y el Río de la Plata, empresa que terminó con el viaje de Luis de la Cruz en 1806.¹¹ Pero, llegados a este punto, cabe preguntarnos quién era Tomás Falkner, o Falconer, como solía escribirse su apellido en América.

¹⁰ Una síntesis de estas exploraciones en Ramiro Martínez Sierra, *El mapa de las pampas*, Buenos Aires, s/e, 1975, Vol. I, págs. 123-269. Comando en Jefe del Ejército, *Política seguida con el aborigen (1750-1819)*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1973, Vol. I, págs. 249-391. Los diarios de Antonio de Viedma (*Diario de un viaje a la costa de Patagonia para reconocer los puntos en donde establecer poblaciones... Con una descripción de la naturaleza de los terrenos, de sus producciones y habitantes; desde el puerto de Santa Elena hasta el estrecho de Magallanes*) y de Basilio Villarino (*Diario del Piloto de la Real Armada... del reconocimiento que hizo del Río Negro, en la costa oriental de Patagonia, el año de 1782*) fueron publicados por Pedro de Ángelis en el tomo sexto de su Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata, Buenos-Aires, Imprenta del Estado, 1837.

¹¹ Los escritos de Luis de la Cruz fueron también publicados en la colección preparada por Pedro de Ángelis. Se trata de su *Viaje a su costa, del Alcalde provincial del muy Ilustre Cabildo de la Concepción de Chile... Desde el fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires...*, y de la *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes, poseídos por los pegüenches; y los demás espacios hasta el río de Chadileubu, reconocidos por...*, Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata. Ilustrados con notas y disertaciones por Pedro de Ángelis, tomo I, Buenos Aires, Im-

El hermano Tomás

El padre Tomás Falkner, residente en Inglaterra en el momento de publicación del libro, era uno de los sacerdotes jesuitas deportados de los territorios americanos de España luego de que Carlos III decretara en 1767 la expulsión de la Orden, de sus dominios. Detenido en julio de ese año en Córdoba, y llevando sólo unos pocos bienes personales, había sido conducido hasta la ensenada de Samborombón junto con otros miembros de la Orden. En septiembre, alrededor de cuarenta sacerdotes fueron embarcados rumbo a Cádiz, donde llegaron en enero del año siguiente para ser reembarcados pocos meses después con destino a Italia, pasando por Cerdeña. Se pierde entonces su rastro y no sabemos cómo ni cuándo logró regresar a su tierra natal, donde volvemos a encontrarlo a partir de 1771. En ese entonces vivía cerca de Worcester, donde lo conoció el naturalista Thomas Pennant.

El mismo Pennant nos da una descripción del ya anciano sacerdote en la presentación de un opúsculo escrito a partir de las informaciones brindadas por el misionero. “Por accidente –escribe Pennant– escuché del padre Falkener [sic], que había sido expulsado de los dominios españoles en América y enviado a Europa con el resto de sus camaradas. Estaba en esa época en Spetchley, cerca de Worcester [...] Encontré que el padre Falkener era un hombre de unos 70 años de edad, activo en mente y cuerpo, brusco en sus maneras, no habiendo nunca abandonado aquellas que adquirió en los treinta y ocho años que

prenta del Estado, 1836. Un antecedente inmediato del viaje de Luis de la Cruz fue la expedición de Justo Molina Vasconcelos –que acompañó a Luis de Cruz– en 1804.

vivió entre los salvajes. Con mucho desinterés me comunicó todo lo que sabía sobre aquellos pueblos.”¹²

No hay duda –y esto surge de los pocos datos que nos da Pennant y del prólogo de Combe– de que Falkner aparecía como un informante particularmente confiable y nada avaro en transmitir sus conocimientos. Tenía, como veremos, una muy buena formación y su larga experiencia en tierras americanas lo convertía en un testigo de singular valor. Sin embargo, lo que sabemos de su vida y de su experiencia americana no es tanto como nos gustaría y muchas de las afirmaciones que se han hecho carecen de fundamentos serios.¹³

Falkner había nacido en Manchester el 6 de octubre de 1702. Su padre, un médico y boticario de igual nombre, y su madre, Ana Walker, eran ingleses y calvinistas, aunque no han faltado quienes los consideraran irlandeses católicos. Realizó sus primeros estudios en su Manchester natal para luego trasladarse a Londres a estudiar medicina. En la capital inglesa tuvo la posibilidad de to-

¹² [Thomas Pennant], *Of the Patagonians, formed from the relation of Father Falkner [sic] a Jesuit who had resided among them thirty eight years. And from the different Voyagers who had met with this tall race*, Darlington, The Friendship of George Allan Esq., 1788. Reproducción facsimilar como apéndice en la obra de Guillermo Furlong Cardiff, *La personalidad y la obra de Tomás Falkner...* (Véase Nota bibliográfica).

¹³ Hemos tomado los datos básicos de la vida de Falkner de la obra de Guillermo Furlong, el mejor, si no el único biógrafo del misionero. Esto no significa, empero, compartir todas las afirmaciones ni el marco francamente apologético de su obra, claramente orientada a exaltar los méritos de la Orden –a la que perteneció– y de sus miembros. Sin embargo, el hecho de pertenecer a ella permitió a Furlong acceder a información muy difícil de obtener para otros historiadores.

mar clases de ciencias físico-matemáticas con el mismo Isaac Newton y de cirugía y medicina con Richard Mead.

Al terminar su carrera consiguió empleo como médico y cirujano de la Compañía del Mar del Sur, constituida, como vimos, en 1713 para hacerse cargo del monopolio del comercio de esclavos en las colonias americanas de España. También, y aprovechando su designación, habría sido comisionado por la Royal Society de Londres como botánico y físico para estudiar las propiedades médicas de las aguas y hierbas en la región del Río de la Plata, lo que sería su primer –y único– destino como médico de esa compañía.

Con su flamante empleo, el joven partió de Londres entre fines de 1729 y comienzos de 1730 a bordo de una nave destinada al transporte de esclavos negros. Tras recoger su carga de esclavos en Guinea, el navío –según Furlong, el *Siria*– llegó a Buenos en mayo de 1730. Pocos meses después Falkner partió hacia el interior acompañando la carga de esclavos, y pasó por Santa Fe, Córdoba, Mendoza y Santiago de Chile –donde se encontraba en marzo de 1731–, para retornar entonces a Buenos Aires.

La vinculación de Falkner con la compañía esclavista fue, sin embargo, breve. De regreso en Buenos Aires, y quizá como consecuencia del largo y penoso viaje, cayó víctima de una grave enfermedad –no sabemos cuál, ni cuán grave y cuán larga.¹⁴ La enfermedad –no deja de ser interesante el hecho de que la enfermedad suele ser un detonante de conversión en la vida de muchos santos, incluido el mismo Ignacio de Loyola, fun-

¹⁴ Según el relato aceptado, fue el padre Sebastián de San Martín, jesuita, quien le proporcionó las medicinas y cuidados necesarios, conquistando de ese modo “la voluntad y el corazón del paciente”. Furlong señala también que las relaciones entre los jesuitas y

dador de la Compañía de Jesús— parece haber sido la causante de la decisión de Falkner de convertirse al catolicismo y, luego, de ingresar a la Compañía de Jesús. Como relata Furlong en su peculiar lenguaje, Falkner, inglés y calvinista, fue “recibido solemnemente en el seno de la Iglesia católica, abjurados sus errores calvinistas, y poco después admitido entre los miembros de la Compañía de Jesús”.

Falkner ingresó en la Compañía de Jesús en mayo de 1732 y pasó a la ciudad de Córdoba, donde se hallaba el noviciado de la Provincia Jesuítica del Paraguay. Dos años después, en abril de 1734, el ahora hermano Tomás hizo sus votos; años después, a fines de 1739, y luego de realizar sus estudios de Filosofía y Teología, se ordenó sacerdote. Inició entonces su actividad como misionero, que continuó hasta 1767 cuando los jesuitas fueron expulsados de los territorios controlados por la monarquía española. Falkner inició entonces el camino de retorno a Europa tras haber permanecido unos treinta y cinco años en tierras americanas. Son, justamente, la experiencia y los conocimientos acumulados en esos años como misionero los que dieron fuerza y valor a su obra, pues Falkner mismo apeló muy a menudo a su experiencia personal como una forma de legitimar sus afirmaciones.

En efecto, a lo largo de la obra que presentamos, Falkner refiere, para confirmar sus aseveraciones, que *ha visto* o *ha presenciado* tal o cual cosa —esto es, la *autopsia*, el ver por sí mismo, que había sido desde la antigüedad clásica un criterio de verdad— o, en todo caso, que le ha sido

los representantes de la Compañía del Mar del Sur eran cercanas y amables. Véase Guillermo Furlong, *Tomás Falkner y su “Acerca de los Patagones”*..., ob. cit., págs. 12-15.

referido por testigos confiables.¹⁵ Por este motivo, resulta fundamental saber qué lugares Falkner visitó o recorrió durante sus años de residencia en América, pues es justamente sobre ellos sobre los que sus afirmaciones geográficas y etnológicas adquieren singular valor.

Tras su primer viaje hasta Santiago de Chile, y tras su retorno a Buenos Aires, Falkner residió varios años en Córdoba durante su formación sacerdotal y los primeros años de su vida religiosa. Fue entonces cuando visitó Santiago del Estero, seguramente en mayo de 1742. En Córdoba volvió a residir nuevamente luego de su experiencia por el sur bonaerense, actuando como sacerdote y médico, sin abandonar sus intereses como naturalista. Debíó entonces conocer bien los alrededores de la ciudad y, sin duda, incursionó en las pampas cordobesas, donde debíó tener sus primeros contactos con las poblaciones indígenas de las llanuras meridionales. También vivió en la desembocadura del río Carcarañá, en la actual provincia de Santa Fe –región que llegó a conocer bien–, entre 1752 y 1757 cuando se desempeñó como administrador de la estancia que poseía el Colegio de Santa Fe. Es probable que también visitara el delta del Paraná, donde existía otra es-

¹⁵ Unos párrafos del texto servirán de ejemplo, aunque el lector podrá fácilmente encontrar muchos otros. Al referirse a las manadas de caballos alzados que atravesaban las pampas, Falkner recuerda que “en un viaje que hice al interior, el año 1744, hallándome en esas llanuras durante unas tres semanas, era su número tan excesivo que durante quince días me rodearon por completo. Algunas veces pasaban por donde yo estaba en grandes tropillas [...] Otras veces he transitado por toda esta misma región sin ver uno solo de ellos” (págs. 102-103). Al referirse al *yaguaré* o *yaguarú*, un extraño animal anfibio del litoral, nos informa que “lo que aquí se apunta lo supe de boca de los indios y de los españoles que han desempeñado cargos en este río, y entre todos ellos había conformidad en sus relaciones: a más de esto, yo en persona, que pasé

tancia jesuítica. No parece en cambio haber estado en los territorios del Chaco ni en los de las misiones del Paraguay, como a veces se ha dicho.

Pero su experiencia más importante y la que sustentó su fama y la de su libro fue su residencia en las misiones jesuíticas del sur bonaerense, principalmente en la de Nuestra Señora del Pilar, fundada en 1747 por el mismo Falkner y por el padre José Cardiel en el extremo oriental del sistema serrano de Tandilia, al noreste de la hoy llamada Laguna de los Padres, cerca de la actual ciudad de Mar del Plata. Desde allí recorrió los territorios vecinos, tanto la costa como el interior, y estuvo en contacto con grupos indígenas pertenecientes a distintas "naciones" y parcialidades, principalmente aquellos que los documentos de la época llamaban *pampas* y *serranos*, pero también con *patagones* de las lejanas tierras del sur y "auca", término que en general se aplicaba a indios provenientes de allende la cordillera andina.

En las misiones pudo contar Falkner, además, con informantes confiables, y el misionero se refiere incluso a algunos de ellos en la introducción de su libro: "En la descripción que hago del interior, por lo general me he ajustado a las propias observaciones, porque lo he recorrido en gran parte [...] Donde no me ha sido dable penetrar me he valido de las relaciones de los indios naturales y de cautivos españoles que habían vivido años entre ellos y que posteriormente habían sido rescatados. Entre los tantos que me sirvieron de informantes estaba el hijo del capitán Mansilla, de Buenos Aires, quien vivió prisionero

unos cuatro años cerca de las orillas del mismo, vi uno muy a la ligera; así que no me queda duda alguna acerca de la existencia real de un animal como éste" (pág. 129).

seis años entre los Tehuelhets,¹⁶ y que había recorrido la mayor parte de la región de aquellos indios; y también el gran cacique Cangapol, que vivía en Huichín, sobre las márgenes del río Negro” (págs. 87-88).¹⁷

No hay duda de que Falkner recorrió el litoral bonaerense, al menos hasta algo más al sur de la actual Mar de Plata. Al referirse al trazado en su mapa de la costa oriental del continente, aclara que introdujo algunas modificaciones en los mapas que le sirvieron de base —especialmente el de D’Anville, mejorado por Bolton, y el de Bernetti—. “Algunas modificaciones he introducido yo en la costa oriental, que visité el año 1746, como también en la región del cabo San Antonio, donde estuve viviendo algunos años.” (pág. 87)

Tampoco puede haber duda de que realizó recorridos por las tierras vecinas a la misión, pero no tan lejos como a veces se ha querido. Es claro que, hacia el sur, no se alejó demasiado de las sierras de Tandilia y resulta obvio, por sus mismas palabras, que no conoció las tierras patagónicas propiamente dichas. Él mismo nos dice que

¹⁶ Bajo la denominación de *tehuelhets* se refiere Falkner a aquellos grupos meridionales que las fuentes denominan, en general, *patagones* y que poblaban la meseta patagónica. Son también conocidos en la literatura etnográfica como *tehuelches*, conforme a su lengua. Sobre la base de diferencias lingüísticas, se suele reconocer al menos dos grandes grupos *tehuelches*, septentrionales y meridionales, separados según Casamiquela por el río Chubut. Los *tehuelhets* parecen corresponder a estos últimos, véase Rodolfo Casamiquela, “Los pueblos del extremo austral del continente (Argentina y Chile)”, en *Historia general de América latina. Volumen I. Las sociedades originarias*. Teresa Rojas Robiela y John Murra, directores. [s/l] Ediciones UNESCO / Ed. Trotta, 1999; págs. 522 y siguientes.

¹⁷ Véase en la continuación del texto la descripción que hace de Cangapol. A este cacique vuelve a referirse en la obra (véanse

“El territorio de los Tehuelhets y otras naciones de la Patagonia colinda con la parte occidental de esta tierra incapaz de ser poblada [se refiere a la costa desértica]: según la relación de ciertos españoles, cautivos, que yo rescaté de su cautiverio entre los indios (uno de ellos hacía años que vivía allí) toda esta región consta de valles encerrados por colinas bajas y regadas por manantiales y arroyuelos, que va a morir en lagunillas o aguadas, que en verano desaparecen...” (pág. 157, cursiva nuestra). Además, sus referencias a los lagos de la cordillera andina, según él mismo afirma, están tomadas de misioneros de Chile (pág. 151), en tanto que lo que refiere de las islas Malvinas lo atribuye a noticias de oficiales navales españoles (pág. 163). Parte de la información sobre la costa patagónica deriva de las referencias de los misioneros que viajaron en la fragata *San Antonio* en 1745-1746: con dos de ellos, los padres Cardiel y Strobel, estuvo Falkner en contacto estrecho durante su estancia en las misiones del sur bonaerense.

Algo similar ocurre con las tierras que se extienden hacia el sudoeste de Buenos Aires. No parece, por la descripción que hace, que hubiera llegado hasta Sierra de la Ventana –*Casuhati* en la terminología indígena–, y con seguridad no llegó hasta la desembocadura de los ríos Colorado y Negro –a los que llama Primer y Segundo Desaguadero, respectivamente–, pues al referirse a la distancia

págs. 149 y 175-179), aportando datos valiosos sobre los cambios políticos que se estaban operando entre esas poblaciones. Según el mapa de Falkner, sus tolderías se encontraban sobre el río Negro, cerca de la unión de los ríos Limay y Neuquén. Para otras informaciones, véase Raúl J. Mandrini, “Sobre el *suttee* entre los indígenas de las llanuras argentinas. Nuevos datos e interpretaciones sobre su origen y práctica”, *Anales de Antropología*, Volumen xxxi, 1994, México, 1997, págs. 261-278.

entre ellos señala que “los indios aseguran que los dos ríos le entran al mar no muy lejos uno de otro” (pág. 153). Tampoco es posible determinar hasta dónde se internó en dirección al este pero, en el mejor de los casos, habría llegado hasta la Sierra Baya, cerca de la actual ciudad de Olavarria.

En pocos años la situación de la misión se hizo insostenible. Con pocos recursos, enfrentando la hostilidad de las autoridades municipales porteñas, que terminaron en un complejo proceso destinado a suprimirlas, y la creciente agresividad de los grupos indios y de sus principales caciques, la misión del Pilar fue abandonada en los últimos meses de 1751. La de Nuestra Señora de la Concepción se mantuvo algún tiempo más, pero finalmente fue también abandonada y, con ello, acabó el proyecto misional en el sur bonaerense.

Falkner se trasladó a Buenos Aires, pasó luego a la estancia que los jesuitas tenían en Areco —mayo a julio de 1752— y fue después enviado a la estancia que el Colegio de Santa Fe tenía en San Miguel de Carcarañá, al sur de ese río, donde permaneció cuatro años, reconociendo buena parte de los alrededores. Allí realizó el que es, quizás, el primer hallazgo paleontológico en las provincias del Río de la Plata (véase cita de pág. 121). En 1756 regresó a Córdoba, donde permaneció hasta 1767, año de la expulsión. Allí, y abarcando tanto la ciudad como la campaña circundante, desarrolló su actividad como sacerdote y cumplió tareas como médico y herborista —al parecer escribió un voluminoso tratado que se ha perdido y contribuyó a la difusión del conocimiento sobre las propiedades del *culen* o té americano.

Pero, sin duda, y como afirmamos antes, fue su experiencia en las misiones bonaerenses la que, sumada a sus diversos viajes, dio su fuerza y sustento a la obra que

comentamos. Debemos entonces volver nuestra vista a la situación de la frontera sur de Buenos Aires en la época que precedió a la experiencia de los jesuitas.

La frontera de Buenos Aires hasta mediados del siglo XVIII

En el ámbito rioplatense las relaciones entre españoles e indios fueron complejas e intensas, aunque no siempre fáciles, alternándose los períodos de relaciones más o menos pacíficas con los de guerra abierta. En la primera etapa de ese período, esto es, durante los últimos años del siglo XVI y casi todo el XVII, las relaciones entre ambas sociedades fueron, en general, pacíficas, si exceptuamos algunas denuncias por robos en las fronteras. En efecto, luego del viaje de exploración realizado en 1582 por Juan de Garay, que alcanzó la zona de la actual Mar del Plata, y derrumbadas las ilusiones iniciales —en la región no había metales preciosos, ni ciudades fabulosas ni grandes masas de indios para ser encomendadas—, Buenos Aires, fundada en 1580 por el mismo Garay, se convirtió, al mismo tiempo, en guardiana de las espaldas del imperio colonial español en América del Sur y en puerto para el tráfico, lícito e ilícito, entre el Atlántico y el altiplano andino altoperuano, verdadero centro de ese imperio colonial. Buenos Aires se convirtió así en el punto final del llamado “camino de Potosí” que, a través de Córdoba y del actual noroeste argentino, la unía a ese poderoso centro minero.

El crecimiento de la ciudad-puerto —en realidad, apenas poco más que una aldea— estuvo estrechamente vinculado, durante el siglo XVII y parte del XVIII, a ese comercio. Al mismo tiempo, las necesidades de defensa

obligaron a asentar allí un fuerte y una guarnición. Ésta condicionó la forma en que se ocuparon las tierras vecinas y su puesta en explotación, ya que la necesidad de alimentos de la población porteña impulsó el desarrollo de las primeras chacras trigueras y del ganado vacuno que, además, proporcionaba algunos cueros para la exportación. Pero las necesidades del pequeño asentamiento eran reducidas, y la existencia de una casi ilimitada porción de tierras fértiles hizo que la ocupación del suelo se desarrollara lentamente y sin generar roces serios con los indígenas. La expansión hacia el sur no pasó de unas cuantas leguas más allá de la ciudad y las entradas en busca de ganado cimarrón o asalvado,¹⁸ del cual se aprovechaban especialmente los cueros, el sebo y la grasa, no parecen haber creado conflictos, al menos mientras ese recurso fue abundante.

Aproximadamente hacia 1700, con una fluctuación de una o dos décadas en más o menos, algunos hechos marcaron un cambio en las relaciones entre blancos e indios en la región rioplatense y en las llanuras cercanas. Por un lado, se manifiestan indicadores claros de extinción del ganado cimarrón, proceso que se agravó, como tendencia general, a lo largo del siglo, pese a algunos cortos períodos de recuperación que, sin embargo, no alteran la tendencia general. Y esto se producía en momen-

¹⁸ Tales animales asalvados —llamados en la región cimarrones— eran descendientes de los caballos y vacunos abandonados tras la desgraciada experiencia de la primera fundación de Buenos Aires. Los ricos pastizales pampeanos y la ausencia de especies competidoras favorecieron su rápida reproducción y multiplicación. Ese ganado fue aprovechado por igual por indígenas y españoles. Inicialmente, y mientras la presión sobre ese recurso no fue muy fuerte, no se generaron competencias ni conflictos serios. La situación cambió recién en el siglo XVIII.

tos que, tanto desde la sociedad hispanocriolla como de la indígena, se daba un aumento creciente de la demanda de animales.

Como era de esperar, la competitividad entre ambas sociedades se hizo cada vez más fuerte. El crecimiento de Buenos Aires —lento al principio, pero cada vez más acentuado a medida que avanzaba el siglo XVIII—, la demanda de animales desde el Interior y, más adelante, el efecto de las medidas económicas de los Borbones, que revalorizaron las producciones locales, el agotamiento del ganado cimarrón en la Banda Oriental —el actual Uruguay—, obligaron a los porteños a mirar hacia las pampas y a valorar sus recursos ganaderos, aunque allí deberían enfrentar la competencia con los grupos indígenas. El resultado fue una paulatina intensificación de los conflictos y de la actividad bélica. Estas actividades, que se iniciaron ya a fines del siglo XVII, determinan la alternancia de períodos de guerra y de paz a lo largo del siglo siguiente.

El siglo XVIII se caracterizó por un estrechamiento de las relaciones entre indios y españoles. La guerra fue un aspecto de estas relaciones: los malones indios desatados por los caciques ante lo que entendían como abusos o agresiones de los “cristianos” —o *huincas*— y las campañas de represalia desatadas por el gobierno colonial se sucedieron, alternando con períodos de relativa paz. Pero al mismo tiempo, los testimonios de la época revelan un incremento muy marcado del comercio con los indígenas, que se operaba en las guardias de frontera y en la misma ciudad, adonde llegaban grupos de indios a vender los excedentes de su economía (pieles y cueros, artículos de talabartería, tejidos, plumas de ñandú).

Ante la situación, las autoridades coloniales procedieron de diferentes maneras: trataron de ganar la amistad de algunos caciques con regalos y dádivas para oponerlos

a los más agresivos, aprovechando para ello las rivalidades tribales; intentaron establecer misiones en los territorios del sur, tarea que estuvo a cargo de los jesuitas y que, como vimos, tuvo corta vida; buscaron fortalecer la frontera creando una organización militar más estable y eficiente que la de las primeras milicias, aunque en este aspecto la permanente escasez de recursos del gobierno colonial fue siempre un obstáculo.

La primera experiencia misional en los territorios del sur bonaerense se produjo, justamente, en ese clima de creciente violencia. La década de 1730 presenció ataques indígenas cada vez más violentos que culminaron en el terrible malón dirigido por Cacapol y su hijo Cangapol en 1740 para vengar una cruel matanza de indios ordenada por el maestro de campo Juan de San Martín durante una entrada al territorio indio. Falkner recuerda el episodio: "Cacapol, quien con sus Tehuelhets hasta aquel entonces había vivido en sana paz con los españoles, se alzó al ver lo que habían querido hacer éstos con su hijo, y la matanza de sus amigos los Huilliches, y el asesinato de su bien amado pariente y demás deudos, como también la manera indigna como fueron tratados los cadáveres de todos ellos; con tal motivo, y no obstante los setenta años de edad que contaba, se puso en campaña a la cabeza de 1000 hombres (algunos los hacen ascender a 4000) entre Tehuelhets, Hulliches y Pehuenches, y juntos invadieron el partido de la Magdalena, unas cuatro leguas distante de Buenos Aires; y repartió su gente con tanto acierto que en un día y una noche pillaron y talaron más de 12 leguas de lo más poblado y rico de esa región. Mataron muchos españoles y se llevaron gran número de cautivos, mujeres y niños, con más de 20.000 cabezas de ganado vacuno, sin contar los caballos y demás" (págs. 178-179).

El conflicto llevó luego a acuerdos y tratados de

paz, relativamente cumplidos por ambas partes. Entre esos acuerdos, algunos grupos indios más cercanos a Buenos Aires pidieron el envío de misioneros. Es probable que tal actitud respondiera, ante todo, a la intención de los caciques de lograr el respaldo de los españoles para enfrentar a otros grupos indios rivales y ser reconocidos como jefes obteniendo el regalo de bienes de prestigio. Los años que siguieron, al menos hasta la década de 1760, fueron más tranquilos, aunque no faltaron los robos y ataques.

Las primeras décadas del siglo XVIII vieron así tomar forma, en los territorios situados al sur y al sudoeste de la ciudad de Buenos Aires —en 1776, esta Buenos Aires de creciente importancia se convirtió en capital del flamante virreinato del Río de la Plata— a un mundo fronterizo cada vez más complejo. Más allá estaba el mundo de los “otros”, de los pueblos indios. Ese mundo se encontraba también en un momento de rápida transformación. ¿Cómo era ese mundo indígena con el cual tomaron contacto los misioneros?

Las “naciones” que habitaban esas tierras

Al sur del río Salado, que corre a poco más de 100 kilómetros al sur de Buenos Aires y que a fines del período colonial fue el límite formalmente reconocido entre indios y blancos, se extendía la llanura bonaerense. Plana, sin árboles y cubierta de pastos altos y duros, la mirada del observador que se aventuraba en ella se perdía en el horizonte sin que nada, árboles o accidentes del relieve, molestara su visión; sólo algunos arroyos y pequeñas lagunas, en su mayor parte salobres, quebraban la monotonía, alterada apenas por el movimiento ondulante que el

viento imprimía a las *cortaderas*. Junto al río Salado –que con su principal afluente, el arroyo Vallimanca, forman una depresión en forma de Y– las tierras son bajas y se inundan con facilidad, pero el terreno asciende levemente a medida que se avanza hacia el sur o hacia el oeste.

En el centro y sur de la actual provincia de Buenos Aires, alzándose en plena llanura, dos cordones de sierras, los de Tandilia y, más al sudoeste, Ventana, rompen la uniformidad del paisaje. Las primeras, entre 300 y 400 km al sur de Buenos Aires, más bajas y geológicamente más antiguas, corren en dirección sudeste-noroeste y apenas alcanzan los 500 metros de altura. Sus cimas muy erosionadas forman a veces pequeñas planicies de altura cubiertas de pastizales. Sobre el flanco norte y en la porción oriental de estas sierras se encontraban las misiones fundadas por los jesuitas, la de Nuestra Señora de la Concepción y la de Nuestra Señora de los Desamparados.

Las sierras de la Ventana, divididas en varios cordones y situadas a unos 150 km al sudoeste de las primeras, son algo más elevadas y alcanzan casi los 1300 metros de altura. Numerosos arroyos riegan las tierras vecinas a las sierras, así como los valles que se forman entre los diferentes cordones. Entre ambos sistemas, la faja interserrana es una de las zonas mejor regadas de la pampa y la más rica en pastos. Tanto las sierras como la zona interserrana fueron el hábitat de una variada fauna autóctona enriquecida luego por la incorporación de especies europeas.

A fines del siglo XVI, cuando los españoles se establecieron definitivamente en las orillas del Río de la Plata, la región estaba poblada por bandas de cazadores-recolectores. Gracias al trabajo de los arqueólogos sabemos que esas bandas basaban su subsistencia en la caza de guanacos y venados, a los que se agregaban especies menores como vizcachas, mulitas y ñandúes, así como en la reco-

lección de los huevos de este último. Más allá de variantes tecnológicas y estilísticas, estos cazadores-recolectores representaban un modo de vida generalizado en el territorio pampeano-patagónico. Organizados en pequeñas bandas, se desplazaban a pie y establecían sus campamentos junto a lagunas y cursos de ríos y arroyos de la región, siguiendo itinerarios más o menos fijos determinados por la distribución de los recursos. Su utillaje era muy simple y sus viviendas, a las que los europeos llamaron "toldos", eran simples paravientos levantados con las pieles de los animales cazados, sostenidas por algunas varas de madera. Estas poblaciones, empero, no estaban aisladas y, al parecer, establecieron extensas redes de intercambio.¹⁹

Durante la primera etapa del período colonial, como señalamos, las relaciones entre estos indios del sur y los españoles fueron en general pacíficas. Sin embargo, al mismo tiempo y como consecuencia del contacto con la sociedad colonial, el mundo de esos indígenas comenzó a transformarse profundamente por la incorporación a su vida cotidiana de muchos productos, usos y hábitos de los españoles. Desde muy temprano, quienes se interesaron por el mundo indígena destacaron la importancia que

¹⁹ Tenemos muchos testimonios, tanto documentales como arqueológicos, de estos contactos. Juan de Garay encontró en 1582, entre indios establecidos en la costa atlántica, tejidos originarios de la vertiente occidental de la cordillera de los Andes. También cerámicas de ese origen se han encontrado en sitios de la actual provincia de La Pampa. Incluso, se encontró en un entierro del valle inferior del río Chubut un hacha ceremonial de bronce proveniente del noroeste argentino. Véase, Raúl J. Mandrini y Sara Ortegui, "Los 'araucanos' en las pampas (c. 1700-1850)", en Guillaume Boccara (ed.), *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglos XVI-XX)*, Quito, Abya-Yala/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2002, págs. 237-257.

tuvo la incorporación del caballo para esas poblaciones, que rápidamente modificaron sus formas de vida para adaptarla a las condiciones de la actividad ecuestre.

El caballo tuvo, sin duda, una amplia aceptación entre los indígenas que pronto lograron su completo dominio y lo utilizaron con gran habilidad y destreza.²⁰ Los equinos ampliaron la posibilidad de desplazamientos y de carga, modificaron las formas de obtener el alimento permitiendo la realización de grandes cacerías, enriquecieron la dieta al generalizarse el consumo de su carne, y proporcionaron importantes materias primas a los artesanos, como el cuero, las cerdas y crines, los nervios y tendones y los huesos. El caballo se convirtió además en preciado artículo de trueque y fue usado como medida de valor en los intercambios.

Pero la influencia europea no se redujo al caballo. Ovejas y vacas, mulas y cabras llegaron también a tener gran importancia económica, especialmente las primeras, que se convirtieron con el tiempo en un recurso esencial que proveía lana a las tejedoras indias. También se incorporaron a la vida indígena las harinas obtenidas de cereales europeos, los instrumentos de hierro, los licores y aguardientes, el azúcar, muchos adornos y prendas de vestir europeas. La yerba mate, originaria de la región de las misiones jesuíticas del Paraguay, fue otro producto introducido por los europeos entre las poblaciones indias que, rápidamente, se aficionaron a ella.

Al mismo tiempo, los nuevos bienes adquirirían un

²⁰ Sobre la importancia de la incorporación de nuevas especies animales y vegetales por los indígenas meridionales véase Miguel Ángel Palermo, "La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: génesis y procesos", *Anuario del IEHS*, 3, 1988, Tandil, UNCPBA, 1989, págs. 43-90.

alto valor simbólico. Así, por ejemplo, el caballo se incorporó a las costumbres y ceremonias indígenas, formaba parte importante de los pagos que se efectuaban para comprar esposas y en las compensaciones por homicidio, y ocupaba un lugar destacado en ofrendas y sacrificios funerarios, ceremonias rituales y diversiones. Los licores y aguardientes de origen europeo, por otro lado, desplazaron la *chicha* nativa en tanto que las *chaquiras* —cuentas de vidrio de distintas formas y colores—, ciertas prendas europeas como las *chupas* y los sombreros, y las espadas y bastones, especialmente si tenían empuñadura de plata, adquirieron gran valor como elementos de prestigio. En las primeras décadas del siglo XVIII estos cambios eran ya muy visibles y se reflejan claramente en la obra de Falkner así como en los escritos de otros jesuitas contemporáneos, que constituyen nuestras primeras fuentes de importancia sobre el mundo indígena.²¹

Pero este proceso tuvo una consecuencia aún más importante. Muchos de esos artículos eran imposibles de conseguir o fabricar en territorio indio y sólo podían obtenerse mediante intercambios con los “cristianos” o, para aquellos grupos situados lejos de las fronteras, por trueque con otros indios que actuaban de intermediarios. Como resultado, una extensa red de circulación comenzó a vincular las distintas regiones del territorio indígena y a éste en su conjunto con las áreas controladas por los españoles, acentuando la dependencia de cada grupo respecto de los otros y de la sociedad blanca, y estimulando entre los indígenas la obtención o producción de bienes estimados por la sociedad colonial a fin de canjearlos en las fronteras.

²¹ Véase, por ejemplo, la importancia que tenía el caballo en las prácticas funerarias de los indios del sur (págs. 192-193).

En efecto, hacia mediados del siglo XVIII, y al mismo tiempo que crecía la violencia en la frontera, nuestras fuentes revelan un incremento del comercio con los indígenas que se operaba tanto en las guardias de frontera como en la misma ciudad de Buenos Aires. Esta actividad se afianzó definitivamente a lo largo del siglo y los documentos de los archivos revelan que una cantidad creciente de pequeñas partidas de indios cruzaban regularmente la frontera para ir a vender en la ciudad los excedentes de su economía; paralelamente, algunos mercachifles blancos se aventuraban hasta las tolderías para realizar sus negocios.²²

Este comercio en las fronteras era sólo el extremo de una red mucho más extensa que articulaba un complejo sistema de intercambios a larga distancia. La comercialización de ganado en gran escala —en menor medida, sal y plumas de ñandú— en los mercados transandinos, tanto indígena como hispanocriollo, se convirtió entonces en la principal actividad mercantil indígena y en el sostén fundamental de su economía. Siguiendo, en parte, viejas vías de contacto prehispánicas, la estructura de este circuito comercial, que conectaba la región de las llanuras con el actual Chile central a través de los pasos andinos, se desarrolló a lo largo del siglo XVII y se consolidó en el XVIII. Hacia mediados del siglo las principales rutas estaban ya bien establecidas.

Algunos años más tarde, en 1784, don Francisco de Viedma describía las vías de ese comercio. La ruta más co-

²² Sobre las características de este comercio, particularmente intenso en la segunda mitad del siglo, véase Raúl J. Mandrini, "Las transformaciones de la economía indígena bonaerense (ca. 1600-1820)", en *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*, Raúl Mandrini y Andrea Reguera, editores, Tandil, IEHS/UNCPBA, 1994, págs. 63-72.

nocida era la del río Negro, que tenía su punto de partida en las ricas tierras del sudoeste bonaerense.²³ A lo largo de ese río se desarrollaban además activos intercambios con los tehuelches meridionales, que durante el verano llegaban hasta allí desde sus lejanas tierras. Una segunda ruta correspondería a la que después se llamó “rastrillada de los chilenos”, que partía del oeste de la actual provincia de Buenos Aires, atravesaba la de La Pampa siguiendo el Valle Argentino y se dirigía luego al sur atravesando las sierras de Lihuel Calel, para alcanzar el curso superior del río Colorado y luego el del Neuquén; la tercera atravesaba el territorio de la pampa central y coincidía con el camino que siguió en 1806 don Luis de la Cruz. Las dos últimas se dirigían al país de los *pehuenches*, quienes, asentados en ambos flancos de la cordillera —en la latitud correspondiente hoy al sur de Mendoza y norte de Neuquén— ocuparon un lugar fundamental como intermediarios en ese comercio, colaborando además en el descanso y engorde de los animales que llegaban desde el extremo de la pampa y explotando las minas de sal que había en su territorio.²⁴

Un efecto de la vinculación del mundo indígena con el mercado colonial a través de esos extensos circuitos

²³ La primera exploración del río Negro fue realizada en 1782 por el piloto Basilio Villarino. En su diario de viaje —incluido por Pedro de Ángelis en su Colección— aporta muchos datos sobre el comercio que se realizaba a lo largo de su curso. Recordemos que las tolderías de Cacapol y Cangapol, los dos caciques más poderosos del sur cuando se establecieron las misiones, se encontraban en el curso superior de ese río y que en buena medida su poder y riqueza se asentaba en el control de la circulación de ganados que tenía lugar a lo largo de su curso.

²⁴ Véase el artículo de Gladys A. Varela y Ana María Biset, “Entre guerras, alianzas, arreos y caravanas: los indios de Neuquén en la

mercantiles, así como su creciente dependencia de los productos de origen europeo, fue el desarrollo de procesos de especialización económica allí donde la disponibilidad de recursos valiosos lo permitía. Así, además de su actividad ganadera, los pehuenches intensificaron la extracción de la sal que había en su territorio y que era un producto altamente apreciado en Chile. Del mismo modo, la producción textil recibió un notable impulso entre los mapuches transandinos que destinaban una cantidad importante de ellos para adquirir animales en las llanuras orientales de los Andes. También las tierras del sur y del sudoeste bonaerense, particularmente las comprendidas entre las sierras de Tandil y Ventana, participaron en este proceso. A partir de mediados del siglo XVIII al menos, y en las décadas siguientes se fue conformando allí un importante núcleo de actividad pastoril destinada especialmente a proveer al comercio transandino. Esta especialización económica, apoyada en las excelentes condiciones que ofrecía la región para la actividad ganadera, fue posible porque, al mismo tiempo, se afianzaba la actividad comercial con Buenos Aires —más tarde también con Carmen de Patagones—, que permitía a esos grupos indígenas obtener aquellos bienes que no podían o no les convenía producir.²⁵

Al parecer, este núcleo pastoril estaba apenas en formación en el momento en que los jesuitas encararon su

etapa colonial", en Susana Bandieri, Orietta Favaro y otros, *Historia de Neuquén*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1993, en particular, págs. 75-85 y 92-100. También, Sergio Villalobos R., *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1989.

²⁵ Véase Raúl J. Mandrini, "Las transformaciones de la economía indígena bonaerense...", ob. cit., págs. 58-62; "Procesos de especiali-

experiencia misional en el sur. Sin embargo, la lectura de sus escritos, incluido el texto de Falkner, permite al lector recoger interesantes observaciones sobre las posibilidades del territorio y las actividades de los indígenas, comprendidos los intercambios con la sociedad colonial.²⁶ Las críticas de los misioneros a los mercachifles cristianos que introducían bebidas alcohólicas entre las poblaciones indias muestran que esa actividad estaba alcanzando ya una relativa importancia.

Estos procesos –incorporación de bienes y usos europeos, desarrollo de vastos circuitos mercantiles, incremento de los intercambios fronterizos, tendencias a la especialización económica en algunas regiones del mundo indígena– fueron acompañados por profundos cambios demográficos, sociales y políticos. En efecto, poseemos también datos significativos sobre los procesos sociopolíticos que se estaban operando entre esas poblaciones. Los relatos de Pedro Andrés García y de William Yates, a comienzos del siglo XIX, muestran la existencia de una bien establecida jerarquía de carácter militar de caciques, caciquillos y capitanejos que se expresaba en el complejo y cuidadoso ceremonial que rodeaba los parlamentos y asambleas. La exhibición de objetos de metal –particular-

zación regional en la economía indígena pampeana (siglos XVIII-XIX): el caso del suroeste bonaerense", *Boletín Americanista*, vol. 41, Barcelona, 1991, págs. 113-136.

²⁶ Véanse, por ejemplo, las referencias de Falkner al paisaje y los recursos de la región oriental del sistema de Tandilia, y al uso de potreros de altura por parte de los indígenas (págs. 139-141) o a los lugares aptos para el encierro de animales en las sierras de la Ventana: "Los excelentes encerraderos que los cerros y arroyos proporcionan para seguridad de las haciendas, y la mucha caza de las llanuras, hacia el oeste, son causa de que siempre se halla aquella región habitada por diferentes naciones de indios..." (pág. 143).

mente plata— por parte de algunos caciques y capitanejos constituía ya una clara demostración de su riqueza y prestigio. Pero tales procesos de diferenciación eran ya visibles a mediados del siglo XVIII y los relatos de los misioneros nos dan referencias de ellos, documentando las diferencias en los vestuarios y adornos, en el tamaño de las viviendas, en la cantidad de esposas.²⁷

Simultáneamente, en el plano político hacen su aparición elementos, al menos embrionarios, que parecen orientados a superar una organización tribal segmentaria. El caso más interesante lo constituyen los ya mencionados caciques Cangapol y su hijo Cacapol, llamado “el Bravo” por los españoles. Las fuentes no dejan dudas sobre su adscripción étnica: eran tehuelches septentrionales (o *Guénena kene*, *Gününa küne*, o *Guennaken*), a los que identifican como *leuvuches*, *serranos* o *puelches*. Los efectos devastadores de la invasión de 1740 pone de manifiesto la fuerza militar de Cacapol y su capacidad para convocar fuerzas considerables (véase *supra*, pág. 31). Falkner añade además, otros datos significativos: puntualiza que ambos caciques “hacen las veces de reyes de los demás” y que si bien el cargo de ge-

²⁷ Véase José Sánchez Labrador, *Los indios pampas, puelches y patagones...* Monografía inédita, prologada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff, Buenos Aires, Viau y Zona, 1936; págs. 35, 37, 71-72. En el mapa que acompaña su obra, Falkner diferencia con claridad la toleria de Cacapol y Cangapol de las de otros indios, utilizando un símbolo distinto. La tumba hallada por los tripulantes de la fragata *San Antonio* en 1746, a la que Falkner hace referencia (pág. 193), es otro testimonio indiscutible de tales procesos: allí, el hombre y las dos mujeres enterradas están acompañados de tejidos y una de las mujeres lleva adornos de metal, astas de madera con banderines de lana de colores y los cueros de cinco caballos rellenos de paja y montados sobre palos de modo de parecer animales vivos, rodean la tumba, que representaría claramente un caso de

neral en jefe (*apo*) es electivo, "desde hace muchos años se ha vuelto más bien hereditario entre los indios del sur, y en la familia de Cangapol", señalando que éste encabeza una alianza de diferentes grupos (pág. 195).

En suma, para la época en que los misioneros se establecieron en el sur de Buenos Aires, vemos consolidarse, entre estos tehuelches septentrionales, procesos de diferenciación social y de concentración del poder político en manos de algunos caciques, específicamente, de aquellos que controlaban la circulación por los ríos Negro y Colorado, líneas fundamentales del comercio ganadero. Este proceso tuvo su expresión simbólica en la adopción de ordenadores sociales, de ceremonias y de rituales que ponían de relieve la riqueza, el prestigio y la autoridad.

Para esa misma época, también comenzaba a visualizarse bien la extensión del proceso llamado "araucanización" hacia la región oriental de la pampa. Este término, bastante ambiguo y de alcance muy amplio, suele designar tanto la expansión y difusión en la región de un conjunto de rasgos culturales originarios de los mapuches trasandinos (la lengua misma, pero también el tejido, la metalurgia, el cultivo y un conjunto de costumbres, creencias y rituales), como el asentamiento más tarde, en el siglo XIX, de importantes núcleos de población de ese origen.²⁸

Este proceso, que habría comenzado en el siglo XVII, si no antes, en la región cordillerana, para extenderse

práctica de *suttee*. Véanse Raúl J. Mandrini, "El viaje de la fragata San Antonio en 1745-1746...", ob. cit., y "Sobre el *suttee* entre los indígenas de las llanuras argentinas...", ob. cit.

²⁸ Véanse Raúl J. Mandrini y Sara Ortelli, "Los 'araucanos' en las pampas...", ob. cit., y Sara Ortelli, "La 'araucanización' de las

paulatinamente al sur mendocino y las llanuras, se desarrolló a lo largo del siglo XVIII mediante la difusión de elementos culturales y el desplazamiento de pequeños grupos de indios trasandinos, específicamente de huilliches y, quizás, algunos mapuches, así como de pehuenches araucanizados. El interés de estos grupos por la región se centraba, esencialmente, en su riqueza en ganados. Desde comienzos del siglo XVIII aparecen, cada vez con más frecuencia, referencias a la acción de grupos "aucas" en el territorio pampeano.

El término "auca", de origen quechua, no es menos ambiguo y en general se aplica a indios alzados o de guerra. Así se utilizaba en Chile, y en el Río de la Plata se lo suele reservar para indios de origen trasandino. Falkner, que los agrupa bajo el nombre de Moluches, se refiere concretamente a esto: "Los Moluches son aquellos que los españoles llaman Aucaes y Araucanos", y añade: "El primero de estos nombres es un apodo, y término injurioso que equivale a rebelde, alzado, salvaje o bandido..." (pág. 167). Más adelante, agrega otros datos que no dejan duda sobre su filiación: "Los Moluches tienen sus majadas de ovejas por el interés de la lana, y siembran un poco de maíz..." (pág. 200). Una referencia de Sánchez Labrador despeja cualquier duda: "Los *Muluches*, *Picunches* y *Sanquelches*, a quienes en Buenos Ayres llaman *Aucas*, y no hay duda, que son una misma Nación con los *Aucas*, o Araucanos de Chile. Estos indios trabajan sus sementeras, aunque reducidas. Siembran varias especies de granos, como trigo, Habas, Frisoles [sic], etc. Las mugeres, hilan lana de ovejas, texen muy vistosos ponchos, y mantas. Sa-

pampas: ¿realidad histórica o construcción de los etnólogos?", *Anuario del IEHS* 11, 1996, Tandil, UNCPBA, págs. 203-225.

can sus obras pulidas con diferencia de lisos, que forman labores bellas, y de buenos colores; tiñen ellas mismas la lana".²⁹ Los cambios sociales y políticos que se estaban manifestando entre los grupos indígenas pampeanos debieron favorecer la incorporación de elementos aportados por los grupos trasandinos –también de los hispanocriollos–, particularmente aquellos que tenían gran prestigio –tejidos, adornos de metal– y que servían para reforzar los procesos mencionados de diferenciación social y concentración de autoridad política.

Falkner, los etnólogos y las clasificaciones étnicas

Sin duda, el texto de Falkner constituye un testimonio fundamental para acercarse a ese mundo indígena. Junto con el de otros jesuitas contemporáneos, constituye la primera visión integral y comprensiva –o al menos su intento– del vasto espacio pampeano y patagónico, tanto en su aspecto geográfico como humano. Por eso, no debe llamar la atención que el texto de Falkner, al igual que los de Cardiel o Sánchez Labrador, haya sido profusamente usado y discutido en el terreno de la etnología argentina tradicional. Tales discusiones, sin embargo, dejaron de lado la riqueza de la información etnográfica que aporta Falkner para centrarse en otro aspecto de su trabajo, el intento de brindar una clasificación étnica de las poblaciones a las que el misionero se refería.

Tal uso y tales debates se daban en el marco de las ideas que, desde la década de 1930 y durante mucho

²⁹ José Sánchez Labrador, *Los indios pampas, puelches y patagones...*, ob. cit., pág. 38.

tiempo, ejercieron una influencia dominante y excluyente en la antropología argentina. Me refiero a las de la llamada Escuela Histórico-Cultural y sus posiciones sobre el poblamiento de América y el origen de las manifestaciones culturales americanas. Defensores de un difusionismo a ultranza, los etnólogos y arqueólogos vinculados a esa escuela se propusieron documentar –desde la arqueología y la etnografía– la presencia en el continente de los distintos ciclos culturales –y por ende, de las corrientes de poblamiento– involucrados en el poblamiento del continente. Y era en las áreas extremas o “de arrinconamiento”, como la pampa bonaerense y el extremo sur de la Patagonia, donde consideraban que los representantes de los ciclos más antiguos debieron sobrevivir, aunque modificados por el contacto con grupos más recientes, hasta pleno período histórico.

Por este motivo, la identificación de las distintas etnias y de sus niveles culturales se convirtió, para los etnólogos de la Escuela Histórico-Cultural, en el eje principal de las investigaciones. En la región pampeana, tal estudio era posible a través de las fuentes históricas, en particular aquellas más tempranas, como los escritos de los misioneros del siglo XVIII que reflejaban el estado de la población indígena antes del proceso de araucanización.³⁰ Empero, las discusiones no fueron unánimes y se generó un complicado –y muy confuso– debate en torno a la identificación y adscripción étnica de los diferentes grupos. Así, se

³⁰ Un muy buen ejemplo de este tipo de análisis puede verse en el conocido y varias veces reeditado manual de Salvador Canals Frau, *Poblaciones indígenas de la Argentina. Su origen - su pasado - su presente*, Buenos Aires, Sudamericana, 1953. Canals Frau fue una de las figuras representativas del pensamiento de esta escuela en la Argentina.

discutía si el grupo al que los escritos del siglo XVIII, o anteriores, llamaban “pampas” constituía una etnia distinta, con identidad racial, lingüística y cultural propia —como sostenían los principales representantes de esa escuela— o si, por el contrario, y sin desconocer diferencias, formaban parte de una gran unidad lingüística y cultural que se extendía por la vasta región pampeano-patagónica. Poco interés pusieron, en cambio, en definir los contenidos culturales de tales grupos étnicos, que se convirtieron en poco más que etiquetas o rótulos a los que, a partir de algunos datos aislados, se asignaban rasgos culturales predeterminados que coincidían con los supuestos “ciclos culturales” a los que se pretendía asignarlos.

Sin embargo, pese al uso que se hizo de esos textos, poco entendieron tales etnólogos su real significado en el contexto de la situación general y del clima de ideas del siglo XVIII. Y la obra de Falkner es, en este aspecto, crucial. En efecto, más allá de los datos y observaciones que se encuentran en su obra, nuestro misionero intenta dar un cuadro en el que ordena y clasifica a las poblaciones indias de los territorios meridionales. “Las naciones de indios que habitan estas tierras —nos dice al iniciar el capítulo IV— se distinguen entre sí con los nombres generales de Moluches y Puelches” (pág. 167). Falkner asocia a esos Moluches, como vimos, con los araucanos y los ubica a ambos lados de la cordillera andina — “cordillera de Chile”, la denomina— distinguiendo, de norte a sur, tres naciones distintas a las que llama Picunches, Pehuenches y Huilliches. En los párrafos siguientes señala el significado de tales nombres y su hábitat. En el caso de los Huilliches, distingue cuatro tribus o naciones distintas.

El otro gran grupo es el de los Puelches “o gente oriental (así llamados por los de Chile porque vivían a la parte del este)”, que ocupan un vastísimo espacio. “Lin-

dan por el oeste con los Moluches hasta dar con el estrecho de Magallanes, que es su límite hacia el sur; por el norte parten términos con los españoles de Mendoza, San Juan, San Luis de la Punta, Córdoba y Buenos Aires, y por el este con el mar océano" (pág. 171). Falkner distingue entre ellos cuatro grandes grupos a los que denomina Taluhets, Dihuihets, Chechehets y, al sur de ellos y extendiéndose a lo largo de toda la Patagona extraandina, los Tehuelhets. Estos últimos, que se dividen en muchas naciones, "conocidos en Europa con el nombre de Patagones, han sido llamados Tehuelches por los que no entienden su lengua [...]. Éstos y los Chechehets son los que los españoles llaman Serranos" (pág. 174).

La clasificación de Falkner, fácil de convertir en un cuadro sinóptico, es obviamente una clasificación y sólo eso, es decir, un intento de ordenar los datos de la realidad, pero no la realidad misma. Ignoramos qué información recogió Falkner de sus informantes en las misiones y con qué precisión pudo recordar esos datos después de más de veinte años. Sabemos que no visitó la mayoría de esos territorios y seguramente tampoco tuvo contacto en las misiones con miembros de todos los grupos, aunque eran muchos los indios que visitaban las tierras del sur bonaerense, como Falkner mismo nos dice.

En efecto, refiriéndose a los Taluhets y Dihuihets, señala que "Estas dos naciones por lo general comen carne de yegua, que cazan en pequeñas partidas de 30 o 40 hombres en las pampas inmensas que separan a Mendoza de Buenos Aires [...] si la casualidad quiere que los Tehuelhets o los Chechehets estén alcanzando al Casuhati o al Vuulcan o Tandil, en el momento en que Dihuihets y Taluhets están por retirarse con su botín, aquéllos les empiezan a picar la retaguardia [...] matan a los que se resisten, despojan a los demás de cuanto tienen y se adueñan

del botín" (págs. 172-173). Recordemos también que Capol y su hijo, Leuvuches según Falkner, visitaban regularmente la región de las sierras bonaerenses aunque tenían sus tolderías en el curso superior del río Negro. Y no son las únicas referencias que el lector encontrará.

Lo que queda muy claro en esto es que los indígenas tenían una extraordinaria movilidad y eran capaces de larguísimos desplazamientos. Los tehuelches meridionales llegaban regularmente hasta el río Negro e incluso más al norte para comerciar con las poblaciones de las pampas, y Cardiel, al encontrar la tumba que ya mencionamos en San Julián, no duda en atribuirle a indios araucanos o a otros vecinos a éstos. Recordemos también el largo viaje que a lo largo de la Patagonia hizo, algo más de un siglo después, el marino inglés George Musters acompañando a una partida de tehuelches. No es por eso extraño que Falkner pudiera tener contacto con indios de diferentes grupos, a veces muy lejanos, ya que las tierras en que se habían asentado las misiones ejercían un fuerte atractivo por la abundancia de animales que en ellas había. Sin duda, las diferencias lingüísticas debieron ser un obstáculo. Aparentemente, el misionero había estudiado un poco la lengua araucana —que al parecer ya funcionaba como una especie de lengua franca—, pero no conocía nada de la que hablaban los tehuelches. De todos modos, llegados a este punto, debemos realizar una valoración mucho más seria de su obra, muy citada, quizá menos leída, mucho menos entendida y, por lo tanto, no bien utilizada. En efecto, el relato de Falkner, utilizado para legitimar las propias posturas o para denigrar las de otros, quedó a menudo atrapado en polémicas en las que poco tenía ver.

Falkner y la apropiación de la Patagonia

Sin duda, la obra de Falkner contiene muchos errores en la información registrada. Tales equivocaciones no deben extrañarnos si tenemos en cuenta la limitación de sus fuentes de información, la precariedad de los modos de registro de los datos, la casi imposibilidad de constatar en muchos casos su confiabilidad y las condiciones en que el texto fue escrito. Además, producto de esos mismos errores, de la ausencia de otros datos y de los marcos conceptuales que manejaba el autor, no es difícil encontrar interpretaciones que pueden ser hoy seriamente cuestionadas.

Sin embargo, muchos de esos cuestionamientos, formulados a partir de consideraciones teóricas contemporáneas o del bagaje de conocimientos que ahora manejamos, resultan abiertamente anacrónicos. No nos proponemos aquí repetir la lista de errores geográficos y etnográficos que pueden hallarse a lo largo de la obra. Otros lo han hecho y no tendría sentido repetirlo.³¹ Los errores geográficos son entendibles, pero a pesar de ello,

³¹ Para un análisis de los errores geográficos en la obra y el mapa de Falkner, véase Ramiro Martínez Sierra, *El mapa de las pampas...*, ob. cit., págs. 112-115. En cuanto a los errores etnográficos, la crítica más dura la formuló Rodolfo Casamiquela, quien virtualmente descalifica el texto de Falkner considerándolo "de un valor muy relativo, nulo prácticamente, por las vaguedades, contradicciones y falsedades que encierra". Véase *Rectificaciones y ratificaciones hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1965, págs. 129-132. Casamiquela estaba entonces confrontando con otros etnólogos, particularmente con Roberto Lehmann Nitsche y su fantasmal lengua *het*, que Lehmann Nitsche fundamenta en gran medida en afirmaciones de Falkner.

como el mismo Martínez Sierra reconoce, Falkner aporta algunos datos interesantes, como los referidos a la ubicación de la desembocadura de los ríos Negro y Colorado. En cuanto a los supuestos errores etnográficos, es necesario realizar algunas consideraciones más amplias.

Sin duda, como hemos señalado en varias oportunidades, la obra de Falkner es una fuente inapreciable de datos sobre múltiples aspectos de la vida indígena e incluso una fuente insuperable en algunos aspectos puntuales, como son sus rápidas observaciones sobre el funcionamiento político de algunos grupos. Sin embargo, estas informaciones fueron poco valoradas—incluso a menudo ignoradas—por los etnólogos, quienes, consistentes con sus intereses, centraron en cambio su interés en la clasificación étnica que el autor propone. Algo parecido ocurrió con los textos de Sánchez Labrador y de Cardiel.

Hombre del siglo XVIII, formado en el campo de la medicina y de las ciencias, Falkner no escapaba a los intereses de la época, como lo reflejan su práctica como médico, su afición a las matemáticas o su interés por las ciencias naturales reflejado en sus trabajos como herborista. Y el siglo XVIII fue para la ciencia el siglo de las clasificaciones, bien representadas en las grandes taxonomías de Carolus Linneo (1707-1778) y Jean Baptiste Lamarck (1707-1788). Tal vuelco a las taxonomías implicaba un intento de los estudiosos por poner orden en el mundo natural y social que los rodeaba. Eso fue lo que intentaron hacer los jesuitas en distintas partes del continente con el confuso mosaico étnico que presentaban las poblaciones amerindias.

Y esto es sin duda lo que intentaba hacer Falkner. Para su época, las inmensas tierras del sur del continente americano —y obviamente sus pobladores— constituían un enorme espacio, vacío y peligroso, al que sólo podían

llenar la imaginación y la fantasía. Ciudades fabulosas —como la tan mentada y buscada “Ciudad de los Césares”—, monstruosos animales y hombres gigantes no menos monstruosos poblaban en el imaginario de los europeos aquellas latitudes lejanas. Así, para la época en que Falkner residió en las misiones del sur, el conocimiento de los territorios que hoy llamamos Patagonia³² era en realidad muy pobre y escaso.

Por cierto que las informaciones sobre esa región eran muy antiguas y fueron el resultado de la exploración del litoral atlántico meridional buscando un paso interoceánico que abriera una ruta marítima hacia el oriente asiático: Juan Díaz de Solís llegó al Río de la Plata a comienzos de 1516 y, en 1519, la armada de Hernando de Magallanes recorrió el litoral patagónico y descubrió el estrecho que lleva su nombre. Fruto de estas primeras exploraciones fueron el diario de Antonio Pigafetta, quien acompañó a Magallanes, y el relato del sacerdote Juan de Aréizaga, sobreviviente de la posterior expedición de Loaysa: no aportan muchas precisiones, sólo se refieren al litoral marítimo y la imaginación de sus autores juega en ellos un papel preponderante; pero tienen el encanto de la espontaneidad y del asombro ante lo desconocido. Ellos echaron las bases de la leyenda de los gigantes patagónicos, que alcanzó notable difusión.

³² En esa época, las denominaciones regionales eran muy ambiguas y generales. Términos como “Tierra Magallánica”, “Pampas” o “Pampas de Buenos Aires”, “Tierra de los Patagones” o “Patagonia”, entre otros, podían ser usados indistintamente para designar la totalidad del territorio meridional o algunas partes del mismo. Así usa Falkner la denominación de Patagonia, incluyendo en ella la llanura pampeana. Véase Ramiro Martínez Sierra, *El mapa de las pampas...*, ob. cit., págs. 69-97.

Pero el interés por la navegación en esas peligrosas aguas decayó a medida que crecía la atracción por las tierras americanas y, tras el fracasado intento de Pedro Sarmiento de Gamboa por establecer una colonia en el estrecho de Magallanes (1570-1580), las lejanas tierras del sur fueron olvidadas durante más de un siglo, hasta mediados del XVIII, es decir, la época que estamos analizando, cuando comenzó a usarse la ruta del Cabo de Hornos. Sobre el interior patagónico, en cambio, casi no disponemos de información hasta la segunda mitad del siglo XIX, excepto aquella vinculada con la exploración del río Negro en la segunda mitad del siglo XVIII.

Se entiende así la importancia que tiene el relato de Falkner, realmente el primer intento por captar, en toda su vastedad y amplitud, las realidades de ese espacio meridional y de sus pobladores. Esto último era central al problema, especialmente en lo que se refiere a las poblaciones originarias. Cómo captar, entender y describir un mundo en transformación y en continua movilidad. Cómo conocerlo sin imponer en él un orden, una sistematización. Conocer ese mundo y esas realidades implicaba, pues, describirlo y ordenarlo, determinar cuáles eran sus componentes —naturales y humanos— y las relaciones existentes entre ellos, fijarlos en el espacio y en el tiempo.

En esta tarea intelectual las taxonomías constituían, para esa época, una herramienta epistemológica fundamental. Al clasificar, se podía "ordenar" la realidad, comprenderla y aprehenderla; en suma, apropiarse de ella. La *Descripción de la Patagonia...* fue, ni más ni menos, el primer intento de una *apropiación intelectual* del territorio y de sus gentes. Allí reside la clave fundamental y el significado de la obra. Su repercusión fue más allá, quizá, de la intención real de su autor. Cualquiera haya sido ésta, lo cierto es que la publicación del texto en un momento his-

tórico muy particular constituyó el impulso para el primer intento serio de la corona española de concretar una apropiación real del espacio patagónico mediante su exploración y ocupación. Queda ahora al lector acompañar a Falkner en esa difícil empresa intelectual.

*Raúl José Mandrini**
Junio de 2003

* Raúl J. Mandrini, graduado en la Universidad de Buenos Aires, es profesor titular del Departamento de Historia e investigador del Instituto de Estudios Histórico-Sociales en la Universidad Nacional del Centro de la provincia de Buenos Aires.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Es interesante e importante para comprender la obra de Falkner, consultar los textos de otros misioneros jesuitas contemporáneos, como los de José Sánchez Labrador (*Los indios pampas, puelches y patagones...*, monografía inédita, prologada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff sj, Buenos Aires, Viau y Zona, 1936) y José Cardiel (*Diario del viage y misión al río del Sauce, realizado en 1748...*, precedido por un estudio biográfico del autor y una regesta de su labor literaria y cartográfica por el padre Guillermo Furlong Cardiff sj, y por una introducción, análisis crítico y notas de Félix Outes, Buenos Aires, Coni, 1930, y "Carta y relación de las misiones de la provincia del Paraguay [1747], en G. Furlong sj, *José Cardiel sj y su Carta-Relación (1747)*, Buenos Aires, Librería del Plata, 1953, págs. 115-213). Las Cartas Anuas que se han conservado para esos años (1735-1743), redactadas por el padre Pedro Lozano, fueron publicadas en versión castellana por Carlos A. Moncaut (*Historia de un pueblo desaparecido a orillas del río Salado bonaerense. Reducción jesuítica de Nuestra Señora de la Concepción de los Pampas. 1740-1753*. La Plata, Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires, 1981). Fragmentos de estos y otros documentos pueden leerse en la síntesis que, con base en escritos de los misioneros, escribió sobre los indios pampeanos Guillermo Furlong Cardiff sj (*Entre los pampas de Buenos Aires, según noticias de los misioneros jesuitas...*, Buenos Aires, Talleres Gráficos San Pablo, 1938).

Para un estudio biográfico de Tomás Falkner sigue siendo necesario recurrir a las obras de Guillermo Furlong Cardiff sj, *La personalidad y la obra de Tomás Falkner*, Buenos Aires, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, XLVIII, 1929, y *Tomás Falkner y su "Acerca de los Patagones" (1788)*, Buenos Aires, Librería del Plata. Aunque introduce cambios, esta última obra reproduce, en lo referente a la biografía de Falkner, la mayor parte del texto de la primera.

Para una síntesis general de la política colonial de los Borbones españoles y su impacto en América, véase el capítulo preparado por David A. Brading, "La España de los Borbones y su Imperio americano", en Leslie Bethell (ed.) *Historia de América latina 2. América latina colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII, XVIII*, Barcelona, Crítica, 1990, págs. 85-126. Específicamente para el Río de la Plata, José Carlos Chiaramonte, "La etapa ilustrada. 1750-1806", en Carlos S. Assadourian, Guillermo Beato y José C. Chiaramonte, *Argentina. De la conquista a la independencia*, Buenos Aires, Paidós, 1972, págs. 279-366. Sobre aspectos comerciales y económicos, Sergio Villalobos R., *Comercio y contrabando en el Río de la Plata y Chile*, 4ª ed., Buenos Aires, EUDEBA, 1986, págs. 38-41. Sobre la política borbónica hacia los indígenas no sometidos, véase el artículo de David Weber, "Borbones y bárbaros. Centro y periferia en la reformulación de la política de España hacia los indígenas no sometidos", *Anuario del IEHS* 13, 1998, Tandil, UNCPBA, págs. 147-171.

Para una descripción general, desde un punto de vista etnográfico, de las poblaciones pampeano-patagónicas, Rodolfo Casamiquela, "Los pueblos del extremo austral del continente (Argentina y Chile)", en Teresa Rojas Robiela y John Murra (dirs.) *Historia general de América latina*, vol. I, *Las sociedades originarias*, [s/l] Ediciones UNESCO / Ed. Trotta, 1999, págs. 495-534. Sobre los cambios operados en el mundo indígena a partir del contacto con los españoles, véanse Miguel Ángel Palermo, "La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-pa-

tagónicos: génesis y procesos", *Anuario del IEHS*, 3, 1988, Tandil, UNCPBA, 1989, págs. 43-90; Raúl J. Mandrini, "Las transformaciones de la economía indígena bonaerense (ca. 1600-1820)", en Raúl Mandrini y Andrea Reguera (eds.), *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*, Tandil, IEHS/UNCPBA, 1994, págs. 63-72.

Sobre la situación en el siglo XVIII, véanse Raúl J. Mandrini, "Procesos de especialización regional en la economía indígena pampeana (siglos XVIII - XIX): el caso del suroeste bonaerense", *Boletín Americanista*, vol. 41, Barcelona, 1991, págs. 113-136; "Sobre el *suttee* entre los indígenas de las llanuras argentinas. Nuevos datos e interpretaciones sobre su origen y práctica", *Anales de antropología*, vol. XXXI, 1994, México, 1997, págs. 261-278, y "El viaje de la fragata *San Antonio* en 1745-1746. Reflexiones sobre los procesos políticos operados entre los indígenas pampeano-patagónicos", *Revista Española de Antropología Americana* N° 30, Madrid, Universidad Complutense, 2000, págs. 235-263. Sobre "la araucanización", Sara Ortelli, "La 'araucanización' de las pampas: ¿realidad histórica o construcción de los etnólogos?", *Anuario del IEHS*, 11, 1996, Tandil, UNCPBA, págs. 203-225; Raúl J. Mandrini y Sara Ortelli, "Los 'araucanos' en las pampas (c. 1700-1850)", en Guillaume Boccara (ed.) *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglos XVI-XX)*, Quito, Abya-Yala/IFEA, 2002, págs. 237-257.

Para dos enfoques distintos del aquí adoptado en el abordaje de la información etnográfica de Falkner véanse Salvador Canals Frau, "La obra del padre Falkner y su contenido etnológico", en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, CX-XIII, mayo de 1937, págs. 209-248; y Rodolfo Casamiquela, *Rectificaciones y ratificaciones hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1965.

PREFACIO

El establecimiento de una colonia inglesa en las islas Malvinas, según dicen, se debe a la opinión del finado lord Anson, quien consideraba que se propendería a la extensión del comercio y del imperio marítimo de la Gran Bretaña si ésta se hacía de un buen puerto para los barcos ingleses en los mares australes de América. Consideraciones como éstas fueron las que me indujeron a creer que cualquier relación que tratase de la geografía, habitantes y demás detalles de la parte más austral del continente americano, podría ser de alguna utilidad pública y hasta servir de entretenimiento al curioso lector. Así, pues, como tenía relación con una persona que había vivido unos cuarenta años en la América del Sur, y realizado estudios topográficos y cartográficos de aquella región, conseguí de él que me proporcionase un mapa que fuese el resultado de sus observaciones personales, y de lo que pudiera haber averiguado de boca de otros; a éste agregé una descripción de todo el país y de los indios que lo poblaban. También ha mencionado todo aquello que siendo producto de la misma tierra puede llegar a ser artículo de comercio, o que le había servido ya en su profesión de médico. Algunas alteraciones me

he permitido hacer en el lenguaje¹ y en el ordenamiento de lo que él escribiera; pero nada se le ha agregado a la relación del viejo viajero.

Hay otra razón más que nos induce a hacer esta publicación, y es que realizada que sea una franca reconciliación entre las cortes de Londres y Madrid, lo probable es que los comerciantes ingleses conseguirán se reanude la trata de negros, y tal vez otros ramos más del intercambio comercial con el Río de la Plata. Como los españoles carecían de estaciones en las costas de África, de donde se sacan los esclavos, se han valido de esos pactos que se dicen del *Asiento*, esto es, una granjería concedida a los comerciantes de otras naciones con el fin de suplir a la América española de africanos para esclavos.

La compañía inglesa llamada *South Sea* o "del Mar del Sur" tuvo la exclusividad del asiento, desde la paz de Utrecht hasta que estalló la guerra con España en 1739: la compañía era dueña de una factoría en Buenos Aires para una trata de negros que ofrecía mucho mayores ventajas que las de igual clase en Portobelo y Panamá, y eso no sólo en cuanto a las grandes provincias de Buenos Aires, Paraguay y Tucumán, sino también por lo que ello interesaba a los reinos de Chile y Perú. El viaje es más corto, el clima más saludable y la manutención mejor y más abundante: los caballos y transporte por tierra son tan baratos que es posible cargar mercaderías europeas de Buenos Aires a Potosí y otras partes del Perú, por menos plata y con menos peligro que por la vía de Portobelo, de donde tienen que atravesar el istmo con

¹ Probablemente ciertas apreciaciones de católico y de padre de la Compañía de Jesús que podrían escandalizar al puritanismo del vulgo inglés en aquella época.

reembarco en Panamá para hacerlas llegar a los puertos del Perú y Chile. Buenos Aires y las bahías del Río de la Plata les importan mucho a los españoles, y no sólo para su comercio, sino también para asegurarse de su imperio en la América del Sur; porque éste en mucha parte depende de que sigan en posesión de los puertos aquéllos; los barcos de esta nación que dan la vuelta por el cabo de Hornos para llegar a Chile y el Perú, en tan largo viaje necesitan proveerse de víveres en el Río de la Plata; de lo contrario tendrían que valerse de los portugueses haciendo escala en los puertos del Brasil.

Como no está fuera de lo probable que navíos ingleses tengan que meterse algún día en el Río de la Plata, ora como amigos, ora como enemigos, se hace la descripción de los puertos de aquel río, y también relación de los peces que de él se sacan. No se agrega carta del río porque apareció ya una en la *Historia del Paraguay*, por Charlevoix, en que se apunta el sondaje con gran prolijidad; conviene observar, empero, que continuamente sufren alteración los bancos de este río.

Después que los monarcas de Francia y España acordaron su Pacto de familia, con frecuencia se ven barcos franceses en las aguas del Río de la Plata y en los demás puertos de la América española, y se dice que una compañía de comerciantes franceses ha conseguido que se le haga concesión del "Asiento". Puede suceder que los ingleses vuelvan a ser la nación más favorecida en el comercio con España, como lo eran antes; porque de todos los tratados comerciales que la corte de España firmara con las demás potencias, ninguno resultó más ventajoso que el del año 1676 con los ingleses, como lo asegura sir William Godolphin, el ministro que intervino en aquella negociación, en su carta a lord Arlington.

Con el objeto de demostrar que hay fundadas razo-

nes para creer que algún día, no muy distante, los ingleses llegarán a ser considerados como los aliados mejores y más amigos de los españoles, de quienes éstos podrán fiarse con menos recelo, me veré en el caso de extender más allá de lo lícito este discurso de introducción; la materia, empero, es de interés, y la importancia de lo que aquí presento justifica el modo algo más amplio y mejor con que lo trato.

Si sólo se consideran los intereses comunes que median entre los súbditos de la Gran Bretaña y España, en todas sus relaciones, tanto por lo que respecta a estas dos cuanto a lo que se refiere a las demás potencias, quedará de manifiesto que en el mundo entero no hay otras dos naciones a quienes una perpetua alianza aportaría mayores ni más duraderas ventajas. Los mismos españoles están tan convencidos de la verdad de este aserto, que tiempo ha se ha generalizado entre ellos este refrán: *Paz con Inglaterra y guerra con todo el mundo*; y es un dicho de sir William Temple que los españoles de su tiempo "fundaban sus esperanzas en la Inglaterra porque allí estaban cifrados, no sólo sus afectos, sino también su propio interés". En tiempo en que los reyes de España podían más que lo que pueden hoy en día y cuando eran soberanos si no del todo, por lo menos de la mejor parte de los Países Bajos, cabían por el lado de Inglaterra, aunque más no fuere, argumentos en contra de una estrecha y duradera alianza con el español. La vecindad de los puertos flamencos y el hecho de que las industrias e intercambio comercial de ingleses y flamencos eran casi idénticos, ya en sí podían convertirse en causas de envidias y rivalidades, aparte de tantas otras consideraciones de orden político que ya no tienen razón de ser, por cuanto la corona de España se ve privada de todas las 17 provincias de los Países Bajos. Un celo equivocado por lo que atañe a la religión ha llegado hasta impedir a veces alianzas ventajosas; mas esta consideración en la actualidad se incli-

na menos hacia las medidas violentas y afecta con disminuida fuerza la política general de un estado.

Los muchos argumentos en favor de la tolerancia religiosa que se han publicado en los últimos años del siglo anterior² y en lo que va corrido de éste,³ si bien aún no han dejado sentir todos los resultados benéficos que hay lugar a esperar de principios tan laudables y reforzados por razones tan claras, sin embargo, esto se ha logrado, que influyan en el concierto de los príncipes cristianos de tal suerte que la unidad en las ideas religiosas ya no es un factor en la confección de los tratados, ni tampoco se verá qué diferencias en la manera de adorar a Dios sirvan ya de motivo de discordia entre naciones en que coinciden los intereses políticos y comerciales.

El comercio es un objetivo al que las potencias europeas prestan una atención preferente y que debería considerarse como el lazo principal que debiera unir a ingleses y españoles; porque los artículos del comercio, esto es, el excedente de la producción en España y en sus colonias, consta de todo aquello de que carece por completo la Gran Bretaña, o de no, son de absoluta necesidad para el desarrollo de las manufacturas británicas, en el estado de adelanto en que éstas hoy se hallan. El vino, el aceite y las frutas de España de nada sirven en el intercambio con los artefactos franceses, en vista de que todos estos productos son propios también de Francia; y no existe mercado alguno a que puedan ser conducidos sus productos en cantidad igual y con tales ventajas para los españoles como los de la Gran Bretaña e Irlanda. Este comercio es susceptible de ensanche, porque muchas son las diferen-

² El xvii (1600 a 1699).

³ El xviii (1700 a 1799).

tes clases de vinos que se producen en el interior de España y se exportarían si se les abriesen caminos y se derogasen algunos de los impuestos internos. La cascarilla del Perú⁴ y muchas otras drogas medicinales sólo nos llegan de España y sus colonias. La lana y seda, el algodón, corcho, añil, la cochinilla, maderas tintóreas, cacao y otros artículos, se exportan, hasta donde se puede, a Inglaterra como materia prima; así que la obra de mano y el lucro que se saca de su industria, radican en este reino.⁵

Los españoles hasta la fecha han recibido de Inglaterra y sus colonias un valor mayor que el que representa la propia exportación, y el saldo para igualar se ha pagado en su mayor parte con plata sonante: ésta nos proporciona el medio circulante y la vajilla de nuestras casas, y sirve para fomentar el comercio de la "East India Company".⁶

Difícil sería prever hasta qué punto podría extenderse este intercambio con beneficio recíproco para las dos naciones; pues hay que tener en cuenta que la América española es un vasto continente que contiene toda variedad de suelos y climas y en algunas partes abundancia de toda clase de metales, de suerte que nuevos ramos de comercio podrán descubrirse a cada paso. El salitre y las hojas secas de una planta de té⁷ ya descripta en esta obra, podrán a la vez cambiarse por los productos de las fábricas británicas sin necesidad de extraer del reino la plata efectiva con que se compran estos artículos de consumo en Bengala y en la China. Lo que de aquí se exporta a España en su mayor

⁴ Quina quina.

⁵ Es decir, Inglaterra, o en esa época, la Gran Bretaña, porque aun no había sido incorporada Irlanda.

⁶ Con la que se acuñaban las *rupias* y aún la moneda circulante en el Reino Unido.

⁷ La yerba mate.

parte consta de lo manufacturado en la Gran Bretaña; y casi no hay cosa que se fabrique en Inglaterra, Escocia o Irlanda que no tenga salida en el intercambio con España.

La actualidad de la agricultura en España es tal que algunas veces escasea el pan para la gente, y suele haber que procurárselo de Inglaterra, y de hoy en adelante probablemente tendrá que buscarlo en las colonias inglesas de la América del Norte. No sería posible aviar los barcos españoles si no contasen con las provisiones que se exportan de aquellas colonias y de Irlanda. Los españoles también reciben de los ingleses gran cantidad de pescado salado y seco, que tan útil nos es para fomentar esos viveros de marinos, a saber: las pesquerías de Terranova y de la Gran Bretaña.

El comercio entre una y otra nación en ningún caso se estorba recíprocamente, ni se ejerce con perjuicio alguno de las mismas, no siendo aquel comercio de contrabando que parte de Jamaica, que cesaría o se suprimiría, como sucedería también con el de las demás naciones, si los ingleses llegasen a ser favorecidos con el intercambio regularizado de España, y si los cargamentos que se envían de Europa en los galeones, expediciones y naves de registro se vendiesen en la América española a menor precio que el que se saca hoy por ellos. Esto podría lograrse fácilmente y sin menoscabar las entradas fiscales del rey de España, si se simplificase el actual sistema complicado e irregular de aplicar los impuestos, y si se suprimiesen todas esas formalidades inútiles, demoras enojosas y recursos dispendiosos que hay que hacer a los ministros españoles; todo lo cual entorpece el comercio lícito y aumenta en mucho el precio a que se venden las mercaderías en América, como que a la vez disminuye el valor de lo que de allá se retorna en pago de ellas; este valor se acrecentaría precisamente por la rapidez con que

se realizase la operación, con grandes ventajas para los criollos y aun para los mismos españoles.

Otro motivo de conflictos era aquel derecho de cortar maderas tintóreas en la bahía de Honduras, a que desde muy atrás se había opuesto el gobierno de España, pero que se había cedido a Inglaterra por cláusula especial en los últimos tratados de paz. Acaso se evitaron nuevas discordias por otra concesión más que se consiguió en el mismo tratado, por la cual los españoles abandonaban toda pretensión de derechos sobre la pesca en los bancos de Terranova. Se cree que los vizcaínos fueron los primeros que entraron a pescar en aquellas aguas, y si esta prelación en la posesión les daba algún derecho, éste se transfería por la dicha cláusula del pacto a los ingleses.

Si pretendiese yo entrar a describir cada ramo del comercio con prolija minuciosidad me expondría a cansar a la generalidad de mis lectores; es mi creencia, empero, que cuanto más se profundice la materia tanta mayor será la claridad con que se vea que los verdaderos intereses comerciales de los dos reinos son unos y los mismos o que, de no, podrían serlo. Y casi otro tanto podría asegurarse por lo que respecta a los dominios de ambas potencias, porque no hay posesión alguna perteneciente a cualquiera que sea de ellas que, en sana política, pueda ser ambicionada por la otra; porque, salvo el caso del peñón de Gibraltar, no existe un palmo de tierra perteneciente al rey de la Gran Bretaña que sea codiciable por un patriótico rey de España; y aun en el caso de dicha fortaleza y de la isla de Menorca, más bien podrían considerarse como depósitos para el comercio a través del Mediterráneo, que como estaciones militares; más aun, concedido que su aspecto sea hasta cierto punto hostil, ello debería más bien considerarse como necesario, pues están allí para imponerles a los corsarios de la Berbería y obligarlos a que respeten la bandera británica; todo lo

cual nunca debería hacer sospechar mala intención de parte de los ingleses para con la nación española. La provincia de la Florida Oriental, que también fue cedida por el Tratado de París en cambio de La Habana, poca o ninguna importancia tenía para los españoles en tiempo de paz; mientras que en caso de guerra con Inglaterra, la colonia esa podía llegar a ser muy perjudicial a los dominios de Inglaterra. También hay esto: puesto que por un lado delimita con la Georgia y la Carolina, y por el otro con la Florida Occidental, cedida por los franceses en el mismo tratado, fácil tarea hubiese sido para los ingleses adquirirla por conquista; así que, estando los españoles en paz con Inglaterra, de ninguna manera puede pesarles haberse librado de una posesión onerosa e indefensa.

El río Misisipí es el mejor de los linderos y el más adecuado para evitar toda futura cuestión de límites. La vasta extensión del río por su ancho y largo es tal que parece cual si la misma naturaleza lo hubiese destinado para que sirva de lindero entre los dos grandes imperios de las Américas británica y española. Probable es que su misma inmensidad haga postergar la separación de las colonias inglesas de la madre patria, porque aquélla tiene que ser un obstáculo al establecimiento de fábricas de alguna importancia; desde que los hombres no se han de sujetar voluntariamente a trabajar en el telar o en el yunque, en pro del mercader o del fabricante por mayor, si pueden conseguir concesiones de tierras en propiedad que podrán cultivar en provecho propio.

La sujeción de estas colonias a la corona de la Gran Bretaña le importa tanto a la vieja España cuanto a la vieja Inglaterra; porque una vez que los angloamericanos logren su independencia, es más que probable que sigan el ejemplo los habitantes de los grandes reinos de la América española; y hasta se verán compelidos a ello,

por cortárseles la comunicación con Europa, puesto que la América del Norte está mejor provista de maderas y de toda clase de pertrechos navales que cualquier otro país del mundo. Allí se levantará una gran potencia marítima y sus gentes manifestarán ese espíritu audaz y empresario que por regla general los gobiernos libres implantan en el género humano.⁸ En circunstancias tales los criollos de origen español se verán obligados a tener su comercio con la América del Norte. No habría posibilidad de asegurar los caudales que hubiese que conducir a España; y pocas veces se escaparían de los cruceros norteamericanos la flota y sus galeones, sobre todo en ese pasaje de barlovento y en el estrecho canal entre las islas Bahamas y el continente. Es, pues muy racional suponer que la independencia absoluta de las colonias inglesas en la América del Norte, como consecuencia lógica, produciría la independencia de todo el resto del continente americano, sea cual fuere la nación a que debieran vasallaje. Una revolución en tales proporciones sería funesta para todos los europeos, porque se verían ellos reducidos a la miseria de sus antepasados, pero con la imaginación llena de aspiraciones por ese lujo moderno convertido ya en necesidad.

Los intereses de las naciones británica y española siguen siendo unos y los mismos, no sólo en las tales conjeturas que se fundan en lo que aún no se ha visto suceder, sino también en lo que respecta a las relaciones actuales del momento con los Estados circunvecinos.

La Francia es la potencia de que deberían recelarse ambas naciones; un monarca ambicioso y emprendedor, como lo era Luis XIV, sería un verdadero peligro para uno y

⁸ Esto se escribía en 1774.

otro reino. Las medidas adoptadas por Oliverio Cromwell, y por algunos de nuestros reyes, y que tuvieron por norte ensalzar a Francia y deprimir el poder de España, se ve ahora que era una política contraria a los verdaderos intereses de la corona de Inglaterra. Aparte del peligro común que los amenazaba por el lado de Francia, había otra consideración más: la grandeza relativa de Inglaterra y de España resultaba del equilibrio general entre los Estados de Europa y de ese equilibrio particular que subsiste entre las repúblicas y principados de Italia. La libertad de los holandeses, de los suizos y de las ciudades hanseáticas, como también los restos sobrevivientes de la constitución del imperio germánico, aparecen como factores de la mayor importancia en la balanza del poder y que servirán de norma para apreciar la relativa importancia de las monarquías británica y española.

Una vez establecidas la armonía y la unión nacional entre estas dos potencias, ello bastaría para poner a raya los ambiciosos designios de la corte de Francia; influirí también en la reglamentación del comercio de los inglese en Portugal; serviría para humillar la audacia de las piraterías de los Estados del África, cuyos corsarios tanto han perjudicado y tantas veces han infestado las costas de España; y hasta podría servir de base, por decirlo así, en que se apoyaría con toda seguridad la libertad o, en otras palabras, la independendencia de las varias naciones de Europa; porque si las tales potencias se llegan a convencer de que ni los ingleses pretenden hacer conquistas en el continente de Europa, ni los españoles extender las suyas aquende los Pirineos, esta política desinteresada no puede menos que pesar y mucho en las respectivas negociaciones de las unas con las otras, a la vez que merecerían la confianza de las demás naciones.

El principal inconveniente que puede afectar el plan de una alianza perpetua es aquel de las guerras entre Ingla-

terra y España, y esas disposiciones hostiles y casi continuas que han surgido desde que los príncipes de la casa de Borbón ocuparon el trono de España. Este inconveniente nos pone en el caso de tener que explicar cuáles fueron las causas que produjeron tal estado de cosas: ellas se reducían a una política desnaturalizada que perjudicaba los intereses reales de la nación española. La subordinación de la corte de Madrid a los consejos, o mejor dicho, a los mandatos de la de Francia, cesaron con la muerte de Luis XIV, con el resultado de que los españoles nuevamente se hicieron cargo de lo que se debía a su propia dignidad, y renació esa desconfianza que se tiene a los vecinos poderosos y ambiciosos; sucedió empero que el monarca Felipe V, ya sea por una mala comprensión de lo que constituía la perfección cristiana, ya por enfermedad física o mental, entregó la dirección de la cosa pública en manos de su segunda consorte. Era ella hija del duque de Parma⁹ y, aunque mujer del rey de España, seguía siendo en el alma toda entera una italiana. Uno solo es el objetivo del patriotismo italiano: librar a Italia del yugo extranjero, y muy particularmente del dominio de los alemanes; y precisamente esto era lo que la reina ambicionaba realizar.¹⁰ Otro motivo más la inducía a desear que se produjese una guerra en Italia, y era el de proporcionarles reinos, o Estados soberanos, a sus hijos todos. Así, pues, la ambición de una princesa italiana y el amor de madre pudieron más que el sentimiento de su deber como reina que era y que dirigía el gobierno de una gran nación; porque estas guerras se han llevado adelante, y los jóvenes príncipes han sido apo-

⁹ Isabel Farnesio, hija de Eduardo II, duque de Parma, etc.

¹⁰ Fue esta reina una de las tres grandes soberanas militantes a mediados del siglo XVIII: Catalina de Rusia, María Teresa de Austria-Hungría e Isabel Farnesio de España.

yados a expensas de mucha sangre e ingentes tesoros, sin que le haya reportado ventaja alguna al pueblo español. Y como los hijos del suelo tenían que ser menos entusiastas y menos empeñosos en asuntos tan perjudiciales para la propia patria, la reina acudió a Alberoni, un cardenal italiano; a Riperda, un holandés, y a otros extranjeros, para hacer de ellos sus ministros.

Las miras de la reina se oponían a la política inglesa y a las tendencias de la gran alianza pactada por el rey Guillermo,¹¹ pero coincidían con los intereses de Francia; y no sólo porque España venía a unirse y a depender de Francia, en el logro de los designios de esta nación, sino también porque las dotaciones para los príncipes españoles se tendrían que hacer sacando a los austriacos de Italia. Así pues, con secundar las miras de la reina de España los franceses se ganaban una alianza rica, y al propio tiempo debilitaban a un rival poderoso.¹²

Producido el fallecimiento de Felipe V, dejóse de pensar en conquistas en Italia; porque su hijo del primer matrimonio,¹³ Fernando VI, que le sucedió en el trono, era español de corazón, rara vez hablaba en lengua que no fuese la castellana, y sus ministros todos eran españoles puros. Como el rey Fernando no tenía hijos, la reina viuda, cuyos hijos eran los herederos del trono, tenía un partido fuerte en la corte; mas, ni la influencia de ella, ni todas las intrigas de los franceses pudieron inducir al rey a meterse en guerra con los ingleses, si bien bastaron para impedir esa unión con la Inglaterra a que se inclinaría

¹¹ Guillermo III de Inglaterra y príncipe de Orange, sobrino y yerno de Jaime II, el último rey Estuardo: reinó juntamente con su esposa y prima María.

¹² La rama de Austria, emperadores en Alemania.

¹³ Su primera esposa María Gabriela de Saboya falleció en 1746.

siempre todo rey de España que fuera realmente patriótico y de sano criterio.

Como Fernando VI muriese¹⁴ sin sucesión, heredó el reino de España el hijo mayor de la reina viuda, don Carlos, que en aquel tiempo era rey de Nápoles.¹⁵ Ya por pactos anteriores se hallaba él dispuesto a favorecer la alianza con Francia; pero los ministros de Versalles se propusieron ligarlo más íntimamente a los intereses de ese reino, y, con este propósito, se dice que halagaron al rey Carlos con la esperanza de que la sucesión a la monarquía francesa recaería en él o en sus descendientes siempre que le faltase heredero varón a la rama mayor de la casa de Borbón. El finado Delfín se hallaba por aquel tiempo en muy mal estado de salud, y se decía que el doctor Tronchín y los facultativos franceses habían opinado que los hijos eran de físico débil, de poca vida, y que probablemente no dejarían sucesión. De todo ello salió que se celebró un Pacto de familia entre los dos monarcas; y entraba en los artículos secretos, según se suponía, que la rama española de la casa de Borbón heredaría la corona de Francia si llegasen a faltar descendientes varones de Luis XV. El nombre de "Pacto de familia" que se dio a este tratado implica que existían en él arreglos de carácter sucesorio que afectarían a las dos familias, porque adolecería de impropiedad como título siempre que no contuviese más artículos que aquellos que han llegado a ser del dominio público. La razón de por qué se reservaron los artículos que se refieren a la sucesión se impone, pues eran violatorios del Tratado de Utrecht, por el cual Felipe V renunciaba categóricamente para sí y para sus descendientes todo derecho futuro o

¹⁴ En el año 1759.

¹⁵ Carlos III de España.

pretensión al trono de Francia. El ministro de Francia, M. de Torey, trató de evadirse de esa renuncia tan absoluta, como se desprende de las cartas que él escribió a lord Bolingbroke; pero el ministro inglés insistió en ella; y a la verdad que fue la ventaja más importante que se sacó de todas las victorias que se ganaron en las guerra de la reina Ana,¹⁶ guerras que tuvieron por objeto evitar que la España se convirtiese en una dependencia de la corte de Francia; se entiende que tanto los artículos secretos, cuanto los que se dieron a la publicidad, del Pacto de familia, no tienen otro fin que el de establecer dicha dependencia.

De que artículos reservados, que se referían a la casa de Borbón, existen, se deduce no sólo del título que se da al tratado, sino también de las cláusulas que se han publicado; porque los dos monarcas en los artículos conocidos no invocan más fundamento que la estimación recíproca que se profesan y el interés por el engrandecimiento de la familia que los inspira: fundamentos éstos que sólo los afectan a ellos personalmente, y no al intercambio comercial ni a la naturalización recíproca de sus súbditos. A la verdad, sería humillante para la especie humana, y deprimente para la dignidad del hombre, querer suponer que el bienestar de los pueblos que gobiernan no es materia que merezca la atención de los príncipes, y que las vidas y haciendas de millones de personas no tengan más importancia en la estimación de los monarcas que por lo que puedan contribuir a la grandeza del soberano y a la glorificación de la familia real: y yo quiero imaginarme que algo que se refiera a la felicidad de los súbditos se contenga en las cláusulas secretas del tratado.

¹⁶ Capitaneadas por el famoso duque de Marlborough.

Los dos monarcas tenían la muestra de lo que podía una ambición desordenada por el engrandecimiento de familia en la persona de su abuelo Luis XIV; quien, después de la muerte del último rey de España de la casa de Austria, fue aconsejado por sus ministros que se atuviese a las disposiciones del tratado de partición,¹⁷ lo que hubiese sido mucho más ventajoso para la nación francesa, que aquello de adquirir para el nieto de Luis (el duque de Anjou) la herencia íntegra de la monarquía española, por disposición testamentaria del extinto rey de España; pero Luis optó por lo que consideraba que sería más en favor de la gloria de su familia, aunque precipitó a la Europa en una larga y sangrienta guerra, en la que sus propios Estados estuvieron en peligro de arruinarse. Este sentimiento dominaba hasta tal punto al monarca francés, que en cierto modo no invocó más razón que la de su gloria personal al emprender la guerra que se declaró contra Holanda en 1672; y fue materia de ofensa cuando uno de sus súbditos, en cierta arenga pública, le habló de los intereses de Francia y de la prosperidad del Estado; porque quería, y se le antojaba, que el pueblo francés no abrigase otra fe política que un celo entusiasta por la gloria de su soberano. El amor patrio del inglés y su lealtad para con su rey, descansan sobre principios más razonables, y que hacen más honor al hombre. Por suerte, estos dos deberes se hallan reunidos en uno solo, por cuanto tenemos un soberano¹⁸ cuyos intereses propios no son otros que los de la misma nación inglesa, mientras que sus relaciones de familia no lo obligan a emprender guerras ni a firmar tratados que puedan resultar perjudicia-

¹⁷ El primero (1698) entre Francia, Inglaterra y Holanda, y el segundo (1699) entre las mismas potencias.

¹⁸ Jorge III, el primer rey verdaderamente inglés de la casa de Hanóver.

les para sus súbditos; antes al contrario, la paz y el bienestar de su pueblo son el fin y única gloria de su reinado.¹⁹

Este Pacto de familia tuvo su preparación; porque convino el rey de Francia en abandonar las pretensiones de su yerno, don Felipe, y de su nieto, el actual duque de Parma, que aspiraban a los reinos de Nápoles y Sicilia. La sucesión definitiva a dichos reinos les había sido acordada por el Tratado de Aquisgrán, siempre que se realizase la contingencia de que don Carlos, a la sazón rey de Nápoles, llegase a ser rey de España; el monarca francés empero consintió en que el español pudiese despojar a su propio hermano de la sucesión, y más tarde a su sobrino (cuya madre era hija del actual rey de Francia), con el objeto de asegurar los reinos de Nápoles y Sicilia para su hijo tercero.

Para mayor firmeza de la unión que se proponía establecer mediante el Pacto de familia, y para mejor prueba de la sinceridad de la corte de Francia hacia el rey de España, se hace a un lado al duque de Orléans (próximo heredero de la Corona siempre que se excluyese a la rama española) y a los demás príncipes de la sangre, a quienes se privaba de toda participación e influencia en el gobierno de Francia, a que tanto derecho tenían, no sólo por su cuna, sino también por la costumbre y constituciones del reino. Este menoscabo de la dignidad e importancia de aquellos príncipes en la estimación del pueblo francés puede considerarse como una de las tendencias del Pacto de familia; y acaso respondan a la misma causa la disolución de los parlamentos o supremas cortes de justicia y el destierro

¹⁹ Esto, además del hecho de que Jorge III era también rey de Hanóver, fue causa de consecuencias muy graves en la política general de la época en Europa y costó ríos de sangre y sumas cuantiosas a Inglaterra, y su participación en acontecimientos que sólo terminaron en Waterloo.

y prisiones de los abogados patrióticos, por cuanto estas personas podría suponerse que mantendrían la validez de la renuncia de Felipe V, como también el móvil e intención de la ley sálica, que tuvo por fin y objeto impedir que príncipes extranjeros pudieran heredar el trono de Francia.

Otro tanto ha hecho el monarca español al desterrar y privar de su favor a todos los que sospechaba pudiesen oponerse al Pacto de familia, y espías franceses se apostaron en todas las principales ciudades de España para que no perdiesen de vista a los que no se conformaban con esta unión de nuevo cuño con Francia. Todo esto se parece a la conducta de Augusto, Antonio y Lépido, que hicieron abandono de todas sus amistades personales y sacrificaron sus relaciones particulares en aras del sistema que patrocinaba el Pacto del Triunvirato romano. El rey de España ha ido aún más allá; porque ha entregado en holocausto, como quien dice, o sea ha sacrificado por entero los intereses de la nación española en pro de una ambición de familia. Entró con los franceses en la guerra contra Inglaterra, y arruinó su ejército en Portugal; su armada fue destruida en La Habana; y después de la captura de esta plaza, toda la América española, por decirlo así, quedó sin amparo alguno, y expuesta a los ataques de las flotas y ejércitos victoriosos de Gran Bretaña.

Aparte de estas pérdidas involuntarias, el Pacto de familia acarrea para los españoles, como consecuencia lógica, la pérdida de su independencia, de sus usos y costumbres, de su idioma, de sus trajes, hasta volverse franceses del todo; con miras a que su monarca, al [*comportarse*] ni más ni menos que como hijo nacido en el suelo de Francia, llegase a captarse las voluntades de los de la nación francesa. Más aún: los españoles, con el andar de los años, de acuerdo con este proyecto, concluirían por perder su comercio y su riqueza.

Porque si se da entrada en lo que respecta al comercio y a la riqueza tanto de España como de la América española en igualdad de condiciones a franceses y españoles, como los franceses son más numerosos, más activos e industriosos, así como más acomodaticios e insinuantes, sucedería que con el tiempo monopolizarían éstos todo el comercio español, con gran perjuicio de España y de todos los demás centros comerciales de Europa, que hasta lo presente han importado sus mercaderías y han gozado de su parte en el intercambio con España.

Los franceses han de excluir toda mercadería que no sea la de ellos, tratándose de llenar las necesidades de España y de la América española; como por otro lado se presentarán a recibir mayor cantidad que ahora de los productos de las Indias orientales que les llegan de Manila, con tal que no se las deje participar en las riquezas de las Antillas españolas a las demás naciones europeas, sus convecinas.

En mérito de ciertas reales pragmáticas recientemente promulgadas por el rey de España, se ha restringido a tal punto la venta de lana y seda como materias primas que muy en breve todo el manejo de esos dos importantes ramos de la producción será monopolizado por los mercaderes franceses; y, lo que es más de admirar, el mismo gobierno de España pone trabas a los fabricantes españoles si éstos llegan a dificultar las operaciones de los de Francia. Éste es uno de los resultados del Pacto de familia; otros no estarán tan en evidencia por ahora, debido al desorden que reina en las finanzas francesas y a las empresas ambiciosas que preocupan a las potencias del Norte. No es tan fácil darse justa cuenta y razón hasta dónde podrán llegar las consecuencias futuras de este tan peregrino tratado, pues bien contados son los pactos o tratados, en la historia pasada, que tengan siquiera algún parecido con el Pacto de familia.

Los artículos del pacto que son del dominio público parece que dan a conocer una intención latente de que los dos países llegasen a ser mandados por un solo soberano, siempre que la sucesión de los dos tronos viniese a recaer en una sola persona; porque las dichas cláusulas tienden a fomentar la naturalización recíproca de los súbditos de ambos reinos, y porque ahí está esa coalición impropcedente del poder e intereses de las dos naciones en sí tan opuestas, que no significan otra cosa.

Contemplemos los artículos por otro lado, y veremos que, como no se invocan más fundamentos para la convención que las recíprocas afecciones particulares de los dos monarcas entre sí y el engrandecimiento de la familia, todo ello no responde a otra cosa que a un sistema de despotismo oriental, según el cual los súbditos, sus vidas y haciendas son pertenencia exclusiva del soberano. Es un hecho también que de la unión de Francia y España bajo un solo rey resultaría un imperio tan vasto que, según la opinión del autor de *El espíritu de las leyes*, necesitaría esa forma de gobierno arbitrario dentro del cual no hay lugar para los poderes intermedios, como serían el clero con sus inmunidades, la nobleza con sus privilegios y las diferentes categorías de ciudadanos con sus fueros respectivos; todos éstos, de conformidad con el sistema indicado, tendrían que desaparecer, mientras que toda la autoridad y toda distinción dependerían de la única y directa voluntad de un déspota. M. Montesquieu ya previno a sus connacionales en contra de tal revolución en su forma de gobierno y en contra de ese prurito de seguir aumentando en grado mayor los Estados de su soberano, y les ha pronosticado que tal aumento de reinos sería causa de cambios en la constitución de la monarquía francesa.

La intención de esas cláusulas secretas en el Pacto de familia, en cuanto al horizonte que se abría de una po-

sible, aunque futura sucesión, al trono de Francia, por parte de la familia real de España, sin duda alguna debía su origen a ideas derivadas de Oriente, y de algo por el estilo que se advierte en la política de los emperadores de Turquía, que durante largo período de tiempo han reducido y conservado en estado de vasallaje a los de la Crimea Tartárica valiéndose de un Pacto de familia con el kan o soberano de aquel país, mediante el cual, según nos lo asegura el señor Knowles en su *Historia de los turcos*, quedaba convenido *que el imperio de los turcos, a falta de herederos varones de la estirpe de Othman, se aseguraba, por decirlo así, como vínculo en favor del kan de la Tartaria*. Como el sultán de Turquía y el kan de Tartaria, ambos descendien de un progenitor común, el kan considera al sultán como su jefe o cabeza de la familia, como heredero que es por orden de primogenitura de todos los derechos de la patria potestad derivados del patriarca o padre primitivo.

No ha habido cosa que haya contribuido más a descaminar a reyes y súbditos en sus ideas acerca de lo que es el gobierno civil, que ese error de confundir los deberes del hijo con los deberes del súbdito, forjándose un paralelismo entre la potestad del padre y la potestad del magistrado; porque como se considera que los derechos y el dominio convergen en el padre, y que el hijo sólo posee el uso de lo que el padre quiere asignarle para sus alimentos, por igual razonamiento se deduce que el soberano es el único propietario y que el súbdito sólo goza de lo que los publicistas llaman el *usufructo*, y todo sujeto al beneplácito del magistrado patriarcal.

De tan erróneos conceptos nacen los pactos de familia y todos esos tratados que se fundan en razones que no se limitan en pro y bienestar del pueblo. El Pacto de familia otomano ha sido causa de que, desde tiempo ha, la Crimea y la Tartaria hayan dependido del emperador de

Turquía; esto no obstante, posible es que el Pacto de familia de los Borbones no produzca los mismos resultados por lo que respecta a España, por cuanto la riqueza, la ubicación geográfica y demás circunstancias de las naciones turca y española son muy diferentes. Los españoles ya se han resistido a recibir uno de los distintivos de su servidumbre, es decir, el de vestirse a la francesa; y muchos son los acontecimientos que podrían hacer fracasar los propósitos del Pacto de familia francés. Viven aún los tres hijos del finado Delfín, a pesar de los augurios de los facultativos. Si llegase a haber sucesión masculina, podría esto postergar toda esperanza de herencia al trono de Francia a tal distancia que ya dejase de valer la pena de tenerse en cuenta por parte de los príncipes de la Casa Real de España; y no sólo esto puede suceder que lleguen a descubrir, que la voluntad de los reyes, por incontrastable que sea en vida de los mismos, muchas veces se deja de lado después de sus días; y que la ley de sucesión al reino de Francia establecida por el actual monarca no merezca mayor respeto que la establecida por el testamento y posterer voluntad de Luis XIV.

Las potencias convecinas, por muchas razones, se opondrían a que la renunciación pública y solemne, consagrada en el Tratado de Utrecht, se anulase por medio de una convención secreta. Los franceses, en muchas ocasiones, se han señalado por su insigne aversión a ser gobernados por extranjeros; y esto lo han evitado, en cuanto a la sucesión a la corona, mediante las disposiciones de la ley sálica.²⁰ Verdad es que la letra de esa ley sólo excluye en el sentido de que las mujeres puedan entrar a heredar el reino en persona; mas la razón de ello o la causa verdadera

²⁰ Por ejemplo, contra los reyes de Inglaterra, Eduardo III el de Crecy y Poitiers, y Enrique V y VI, de Agincourt, etc.

que ha influido para que esta antigua legislación se observase hasta lo presente, parece que es porque las princesas contraen matrimonio con familias extranjeras y sus hijos tendrían que resultar ajenos al genio y costumbres de la nación francesa, cosa que de ninguna manera podría halagarlos, máxime si se trata de la persona de su soberano. Tampoco podría esto con razón atribuirse a falta de capacidad en el sexo, desde que las reinas madres han gobernado durante la menor edad de sus hijos, y pocas son las cortes en que las mujeres hayan ejercido mayor influencia. Los varones también han sido excluidos, cuando fundaban sus derechos por parte de una mujer, como sucedió en el caso de nuestro rey Eduardo III.²¹ La razón ostensible o legal que se invocó fue ésta: que como a la madre no le alcanzaba ningún derecho, no podía tampoco caber transmisión al hijo; la razón verdadera, empero, parece que más bien fue otra: que para los más de la nación francesa era tenido por extranjero; y los príncipes de España probablemente se encontrarían con la misma oposición por parte del pueblo. Está también en lo posible que aun cuando el actual rey de España no tenga en cuenta las muchas ventajas que le acrecerían a la monarquía española de una alianza duradera con Inglaterra, algún heredero de aquél podrá ver las cosas con otros ojos, o podrá dejarse influir por las inclinaciones de sus súbditos más cuerdos; porque es el caso que los consejos del soberano, aun entre los gobiernos más absolutos, tarde o temprano llegan a ser afectados por la opinión general de la nación.

Es éste el motivo principal que nos induce a dirigir estas palabras al público sobre dicho asunto, porque los comerciantes y otros que se comunican con los españoles pueden hallar muchas ocasiones de sugerir lo que aquí se

²¹ El héroe de Crecy, etc., y padre del príncipe Negro en el siglo XIV.

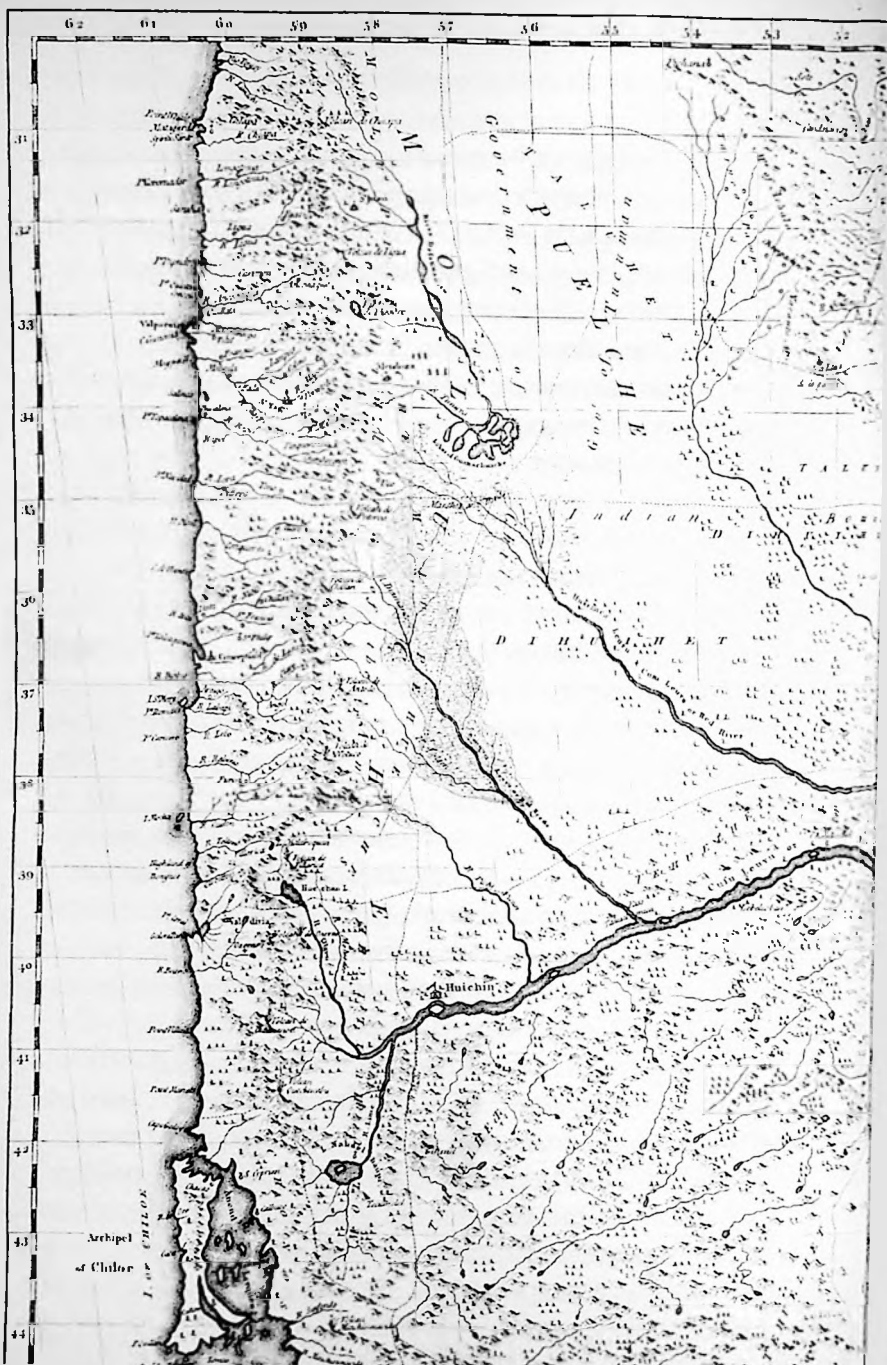
expresa, y tantas cosas más que pueden ocurrírseles y que sirvan para establecer esas complacencias internacionales y buena inteligencia entre pueblos que con tanta facilidad podrían beneficiarse recíprocamente.

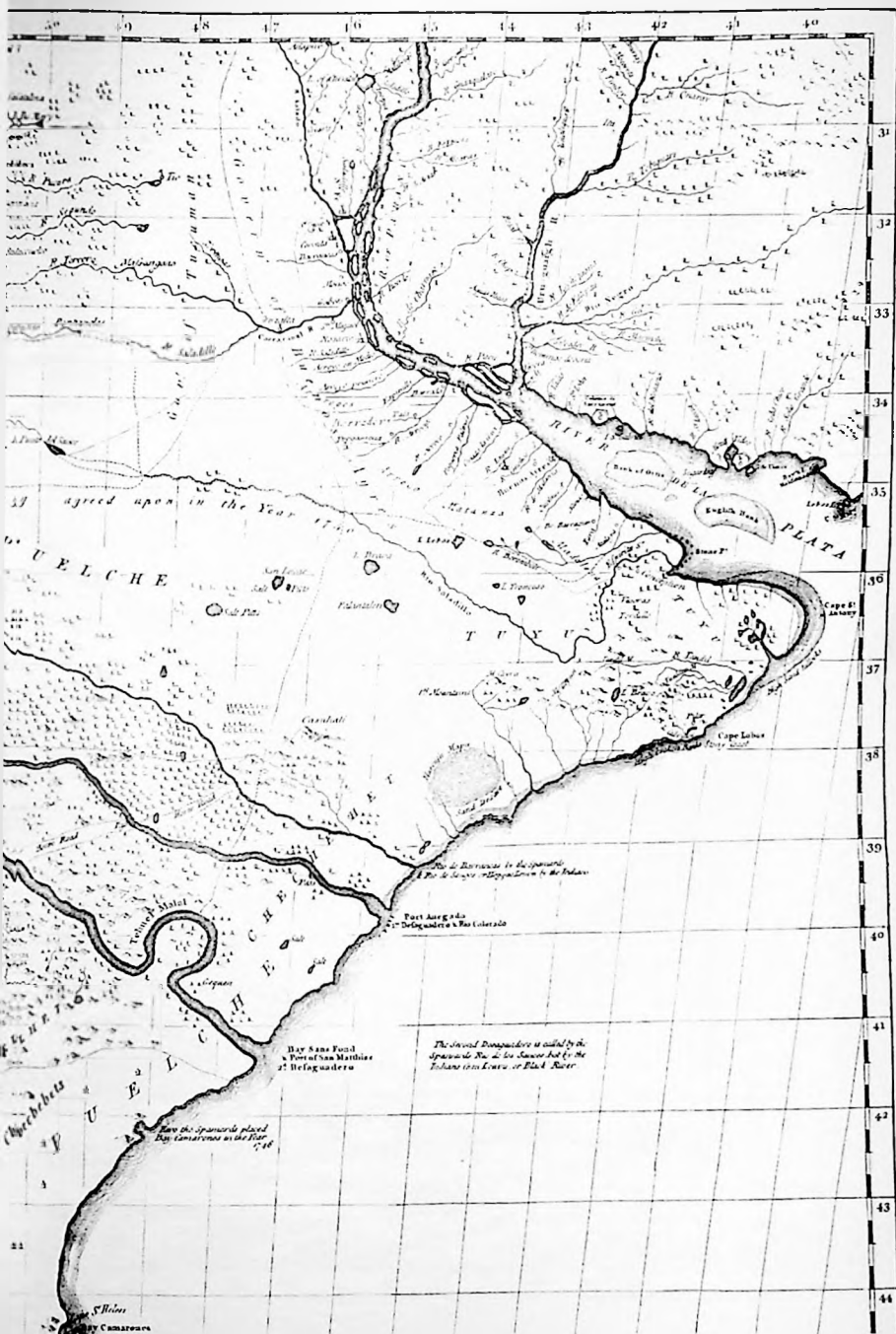
Si por desgracia llegase a estallar una guerra como consecuencia de lo tramado en el Pacto de familia, aun así convendría ganarse la voluntad de los españoles, si se procede con benevolencia en los casos en que nos toquen conquistas o prisioneros, o sea con otros actos humanitarios a que los ingleses tantas veces se inclinan. Podríamos también hacerles saber a los españoles que no era contra la nación española, sino contra el rey que se hacía la guerra; algo como aquello que sucediera cuando el rey de Siria guerreara contra Ahab, rey de Israel. Los sirios llevaban la orden de no considerar a los israelitas como enemigos, sino que sólo diesen contra Ahab, rey de ellos, que había sido engañado por los falsos profetas. Así, pues, nos es lícito hacer conocer a los españoles que siempre es y será nuestro deseo de vivir en paz y armonía con ellos, y que para nosotros el rey de ellos es (lo que según parece él mismo así lo piensa), no ya cabeza y representante de la propia nación, sino sólo un príncipe de la casa de Borbón, que hereda la monarquía española como infantazgo instituido en beneficio de los segundones de la estirpe borbónica, o sea, según la expresión francesa: *La monarchie d'Espagne n'est que l'apanage d'un cadet de la maison de Bourbon*. Nosotros no le tenemos mala voluntad a la nación española, ni ambiciones de desposeerla de territorio alguno que le pertenezca: estamos convencidos de que los imperios de México y del Perú serían nuestra ruina, y si llegásemos a poseerlos acaso sólo servirían para despoblar nuestro país aun en mayor escala que lo que ha acontecido a las provincias meridionales de España; puesto que nuestra navegación más extendi-

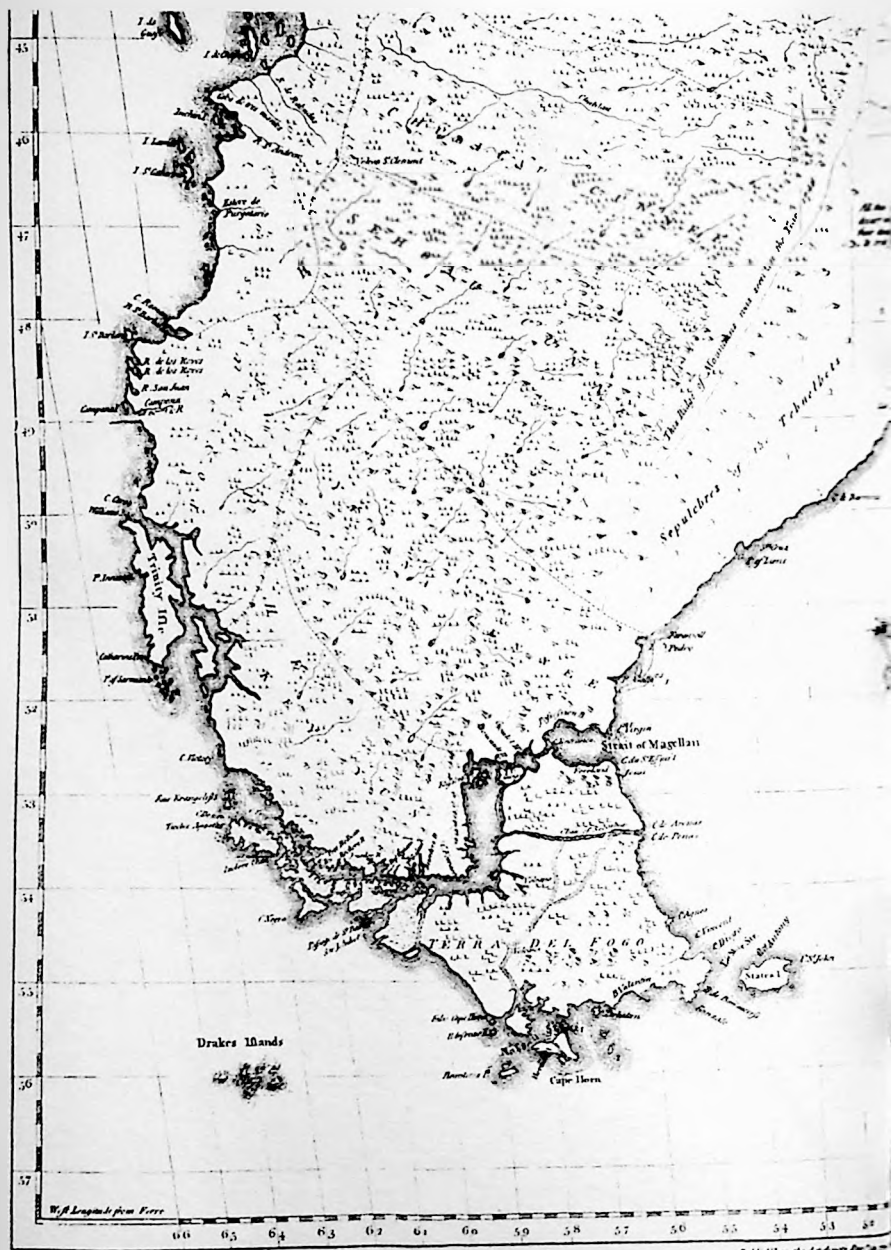
da y la índole de nuestro gobierno no se prestarían a cortapisas contra la emigración, como las que se decretan en España, donde nadie puede emigrar a América sin permiso del rey. Habría que agregar a todo esto que nosotros no exigiríamos de parte de España ninguna dependencia ni sumisión, sino sólo que cada nación por separado tratase con la otra de acuerdo con su propia dignidad como Estado soberano e independiente. A los españoles no pedimos más que su amistad y las ventajas de un comercio recíproco y bien reglamentado, que tan benéfico sería para ambas naciones.

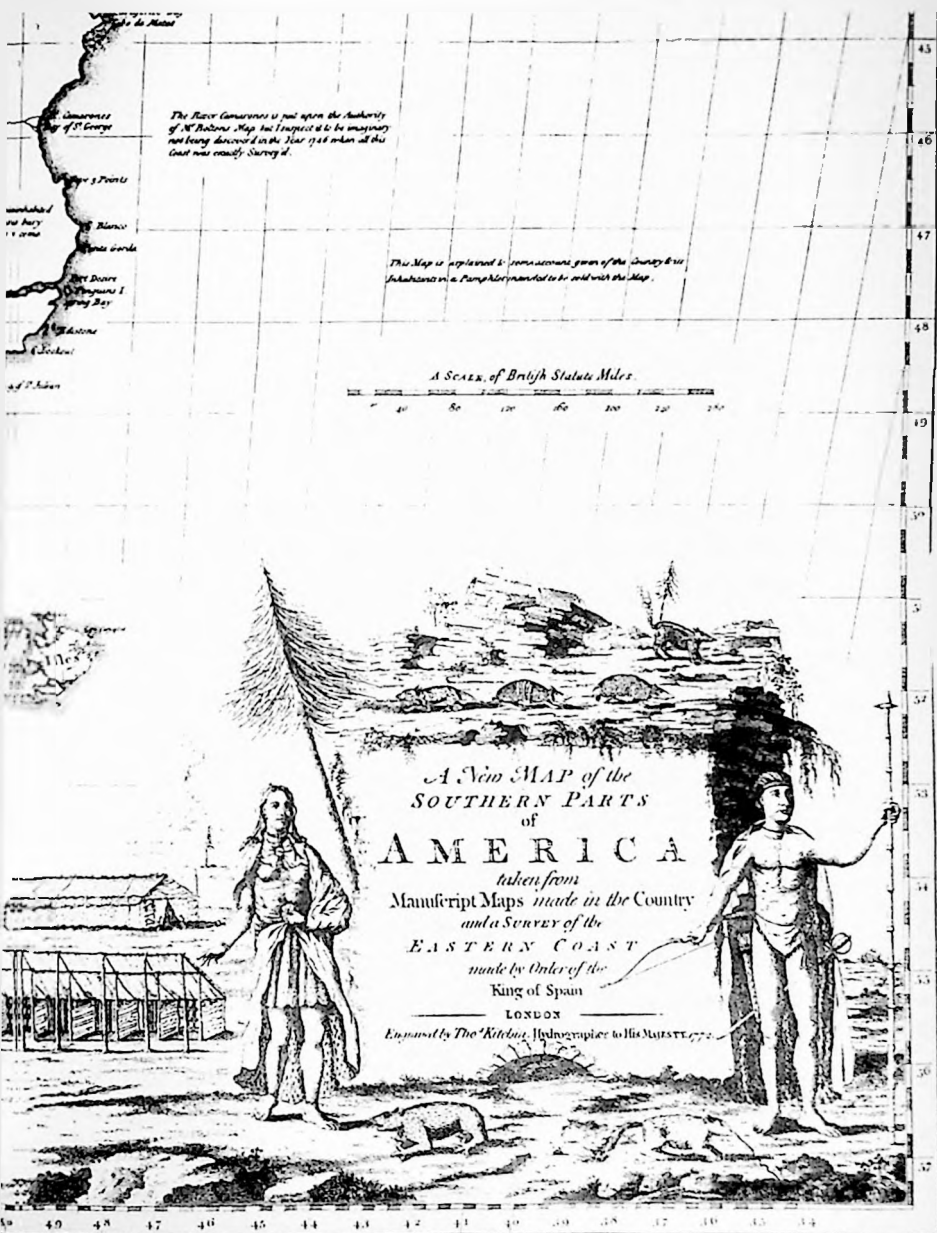
Las colonias en las islas Malvinas, en la Florida y en el río Misisipí pueden considerarse ni más ni menos que como para precavernos contra las intenciones que se dejan ver tan claramente en el Pacto de familia y contra los preparativos bélicos de la corte de España. Si se tratase a la nación inglesa y a su comercio con la consideración que merece como amiga y según la importancia que debería acordársele si se tuviesen en cuenta los verdaderos intereses de la monarquía española, podrían en ese caso los españoles contar con que no sólo el gobierno sino también el pueblo de la Gran Bretaña vendrían a formar sentimientos de recíproca benevolencia; mientras que nuestro poder naval, que ahora no sirve más que para dar motivo a alarmas y desconfianzas se convertiría en agente protector del vasto imperio de la América española.

Inglaterra, en ciertas ocasiones, se ha empeñado en guerras y ha gastado millones de esterlinas en obsequio de un altruismo heroico; pero en este caso nadie duda de que nuestros valientes compatriotas habrían de prodigar esfuerzos de valor en pro de una nación desde que con esa alianza y ese comercio podrían proporcionarse grandes ventajas a perpetuidad.











INTRODUCCIÓN

De la parte más austral de América que se contiene en el mapa

No es mi propósito describir el reino de Chile por cuanto ya lo ha hecho el padre Ovalle;¹ por lo tanto me limitaré a aquello que yo mismo he visto y que es menos conocido en Europa.

El perfil de la costa en mi mapa, se funda en el de D'Anville de la América del Sur, mejorado por Bolton; el de las islas Malvinas responde a los últimos descubrimientos; y el del estrecho de Magallanes se ha levantado sobre el de Bernetti, capellán que fue de la armada de Bougainville.

Algunas modificaciones he introducido yo en la costa oriental, que visité el año 1746, como también en la región del cabo de San Antonio, donde estuve viviendo algunos años. En la descripción que hago del interior, por lo general me he ajustado a las propias observaciones, porque lo he recorrido en gran parte, estableciendo así la ubicación de los lugares, las distancias que los se-

¹ En *Histórica relación del reyno de Chile*, obra traducida al inglés y publicada por Churchill.

paran, y los ríos, las montañas y las selvas que contienen. Donde no me ha sido dable penetrar me he valido de las relaciones de los indios naturales y de cautivos españoles que habían vivido años entre ellos y posteriormente habían sido rescatados. Entre los tantos que me sirvieron de informantes estaba el hijo del capitán Mansilla, de Buenos Aires, quien vivió prisionero seis años entre los Tehuelhets, y que había recorrido la mayor parte de la región de aquellos indios; y también el gran cacique Cangapol, que vivía en Huichin, sobre las márgenes del río Negro. He tratado de dibujar su retrato por lo que me acuerdo de él. Su persona y su traje están representados en el mapa, como también los de su mujer Huenec. Este caudillo, llamado el cacique Bravo por los españoles, era alto y bien proporcionado. Debió de medir unos siete pies y pulgadas de alto, porque parado yo en puntas de pies no podía alcanzar a la corona de la cabeza. Lo traté mucho e íntimamente e hice algunos viajes con él. No me acuerdo haber visto indio alguno que aventajase a Cangapol en más de una o dos pulgadas, y Sausimian, su hermano, no pasaba de los seis pies de alto. Los Patagones o Puelches son gente corpulenta; mas nunca tuve noticias de esa nación de gigantes tan mentada por otros, y esto que he visto individuos de todas las tribus de los indios australes.

Según mis propias observaciones, y las informaciones que me han proporcionado otras personas, me veo obligado a darle al país más extensión de este a oeste que la que se le asigna en el mapa de D'Anville; porque no me es posible conciliar lo que en él consta con las relaciones de los indios, ni con lo que yo mismo pude observar en cuanto a las distancias entre los lugares. En tierra misma de españoles, me parece que se incurre en error, visto que se cuentan entre Córdoba y Santa Fe 40 leguas menos que las que hay en realidad. El camino cruza un llano sin inte-

A
D E S C R I P T I O N
O F
P A T A G O N I A,
AND THE
Adjoining Parts of SOUTH AMERICA:
CONTAINING AN
Account of the Soil, Produce, Animals, Vales, Mountains,
Rivers, Lakes, &c. of those Countries;
THE
Religion, Government, Policy, Customs, Drefs, Arms, and
Language of the INDIAN Inhabitants;
AND SOME
Particulars relating to FALKLAND's ISLANDS.

By THOMAS FALKNER,
Who refided near Forty Years in thofe PARTS.

ILLUSTRATED WITH
A New Map of the Southern Parts of AMERICA,
Engraved by Mr. KITCHIN, HYDROGRAPHER to His MAJESTY.

H E R E F O R D :
Printed by C. PUGH ; and fold by T. LEWIS, Ruffell-Street, Covent-Garden, London,

M.DCC.LXXIV.

rupción, sin un solo montículo que se diga entre ambas ciudades; y no obstante esto, no hay postillón que se anime a andarlo en menos de cuatro o cinco días, con ser que los postillones en aquella tierra se andan sus 20 leguas y más diarias.

El viaje entre estas dos ciudades, lo tengo yo hecho cuatro veces, como también entre las dos y Buenos Aires.

No me parece que persona competente haya jamás observado la longitud en estos lugares, de suerte que pueda uno fundarse en ella para fijar los respectivos meridianos de los diferentes puntos en el hemisferio austral. Los errores de los geógrafos, al presentar esta tierra como más estrecha que lo que en realidad es, pueden atribuirse a la dificultad de hacer observaciones exactas al circunnavegar el cabo de Hornos, debido a la velocidad y variedad de las corrientes: véase la relación detallada de todo esto en la traducción inglesa del *Viaje de Ulloa en la América del Sud*, volumen II, libro III, capítulo 2.

DEL SUELO Y PRODUCTOS DE LA PARTE
MÁS AUSTRAL DE AMÉRICA

La jurisdicción de la ciudad de Santiago del Estero, en la provincia de Tucumán, es llana, seca y medanosa. Su mayor parte está cubierta de bosques espesos que empiezan desde unas 50 leguas hacia la parte del sur y se extienden hasta la jurisdicción de Tucumán, que está a 30 leguas al norte de Santiago; se extienden al naciente del río Dulce unas 20 millas y hacia el oeste hasta el Chaco, unas 60 millas o más.¹

En esta jurisdicción pocos son los sitios despejados, y los que se hallan en estas condiciones están tan expuestos a las frecuentes inundaciones de los ríos Dulce y Salado (así llamados por la calidad de sus aguas), que los habitantes se ven obligados a desmontar para conseguir así terreno para sus chacras. Atrás de los bosques, hacia el este,² en dirección a las sierras de La Rioja y del valle de Catamarca, se extienden inmensas llanuras, donde el pasto abunda, pero falta en absoluto el agua potable, no sien-

¹ Aquí sin duda ha habido un error de transcripción; porque el Chaco está al este de Santiago, así que habrá que invertir los rumbos para que quede bien.

² Otra vez equivocada la dirección. Catamarca y La Rioja están al oeste.

do la que se embalsa en lagunas (¿represas?) durante la época de las lluvias; y cuando éstas se agotan, peligra morir de sed quien por ellas se expone a viajar. Las numerosas cruces que por esas llanuras se ven sirven para hacernos conocer cuántos han caído víctimas de su osadía al querer acometer tan arriesgada travesía.³ Esta vasta región se extiende unas 80 leguas desde las sierras de Córdoba hasta las del valle de Catamarca, y dásese el nombre de travesía de Quilino y Ambargasta.⁴

A pesar de estos inconvenientes el suelo no deja de tener su fertilidad, si se cultiva como corresponde,⁵ y produce sandías y melones de tamaño increíble, y los mejores que se dan en estas provincias. Mayores de tamaño son los que se consiguen en Tucumán, pero más desabridos. Maíz⁶ también se cosecha aquí en grandes cantidades y se exporta a Córdoba y Buenos Aires. El algodón se da bien, y el añil se cosechaba antes con mucha abundancia; por el descuido empero de los criollos se ha perdido del todo. Pequeñas cantidades de cochinilla⁷ se recogen de una especie de opuncia petisa y espinuda,⁸ que se extiende por el suelo, y se cría silvestre en los matorrales; y podría ser mucho mayor la cosecha si se cultivase y prepara-

³ Esta descripción concuerda con la realidad hasta que la línea férrea resolvió el problema.

⁴ También se solía llamar travesía de las Salinas de Córdoba. Cuando llovía y se inundaban el agua era más amarga que la del mar.

⁵ Mediante el riego.

⁶ *Corn* tanto puede ser maíz como trigo, aunque aquél se diría *Indian corn*; pero más probable es que esté hablando de maíz.

⁷ Llamada *grana*, muy usada para teñir esos ponchos descoloridos que en un tiempo eran uno de los productos principales de Santiago del Estero.

⁸ Especie de penca, parecida a la que produce los higos de tuna.

se tal como se hace en Quito y otras partes del Perú.⁹ La tierra, si se cultiva como es debido, produce también duraznos,¹⁰ higos y dátiles.¹¹

Las frutas silvestres son: la algarroba,¹² el mistol,¹³ el chañar¹⁴ y el molle,¹⁵ con más algunas otras de menor importancia.

El algarrobo de esta tierra es un árbol grande que casi iguala a un roble de regular tamaño; su madera es fuerte, durable y de hebra gruesa. Las hojas son pequeñas, muy recortadas, y muchas reunidas sobre un pedúnculo común, próximas y opuestas unas a otras, así que diez o veinte de ellas parece que componen una sola hoja, como en el abeto. Las flores son pequeñas, de un color blanquizco y reunidas en pequeños racimos, como en el grosellero, pero más pequeñas y más tupidas. De éstas nacen unas vainas grandes y largas, como las de guisantes, pero no tan anchas. Las hay de dos clases, negra y blanca, siendo aquélla más angosta pero algo más dulce: Antes de la madurez completa es verde, y muy astringente, que deja áspera la lengua de una manera muy rara; pero ya madura se pone sumamente dulce y adquiere un olor fuerte, desagradable, parecido al de las chinches. Este árbol¹⁶ se cría con gran abundancia, y viene a ser una especie de

⁹ Es decir, con riego.

¹⁰ No tan buenos.

¹¹ No tan abundantes.

¹² Diferentes clases de *Prosopis*.

¹³ *Zisypus mistol* Gr.

¹⁴ *Gurliea decorticans*.

¹⁵ De muchas clases.

¹⁶ Los indígenas de la región andina del norte llaman al algarrobo "árbol" por excelencia, como equivalencia de *Tacu*.

acacia dulce, parecida a la acacia arábiga. La gente del país cosecha este fruto en gran cantidad, como que forma la parte principal de su alimentación.¹⁷ La reducen a forma de harina y a veces la mezclan con harina de maíz, y así mezclada en agua fría la llaman *añapa*.¹⁸ La harina sola, que es bastante melosa y pegajosa, la comprimen en panes o ladrillos, y así la guardan para su alimento, a que dan el nombre de *patai*. De las vainas molidas hacen una bebida muy fuerte, o *chicha*,¹⁹ dejándola fermentar por 12 o 24 horas en cantidad suficiente de agua fría; en este tiempo se pone fuerte y mareadora, de suerte que produce borrachera pesada. De la *chicha* podría sacarse buena cantidad de aguardiente puro,²⁰ pero a los criollos les falta habilidad para aprovecharse de esta industria.²¹ Más hacia el sur, este árbol no alcanza las mismas dimensiones, y en el país de los Tehuelhets se reduce al tamaño de un arbusto que no alcanza a un metro de alto. He visto dar el fruto de este árbol a los enfermos de consunción que padecían de sudores copiosos, y a los éticos, en forma de *patai* o de *chicha*, y con muy buenos resultados; y se nota que dichas enfermedades no son comunes entre la gente que usa estos alimentos.²²

Hay otra especie de este árbol, que para mí es la verdadera acacia de los árabes. Las hojas se parecen a las

¹⁷ Porque la comen en vaina, como harina, amasada en forma de *patai*, y la beben fermentada con el nombre de *aloja*.

¹⁸ La harina de Algarroba es dulce, y así hace las veces de azúcar para endulzar la de maíz.

¹⁹ O *aloja*, como la llaman en el norte y noroeste.

²⁰ Pero que necesita mucha rectificación.

²¹ Los extranjeros han tratado de implantarla, pero sin éxito.

²² Aun en la actualidad hay enfermos que hacen uso del *patai* como remedio contra la tisis.

del algarrobo, mas las flores y el fruto son muy diferentes. Las flores son de un color amarillo muy brillante, muy pequeñas, y se crían reunidas en una pelotilla, de un olor muy aromático. Las vainas son más gruesas, con semillas como lentejas, pero más duras: son gomosas, de gusto fuerte y astringente, y con alcaparrosa hacen tinta negra y sirven para teñir de negro los hilos de la lana y de lino, que es el uso que de ello hacen los criollos de esos lugares. La madera es muy firme y su color de un rojo más subido que los del algarrobo, y su lloro es idéntico al de la goma arábica.

Hay una tercera clase que no es tan elevada y su vaina es de un rojo menos subido, más inclinado al chocolate; no es ni astringente ni dulce, pero los criollos la emplean para hacer una chicha que toman para curarse de la *lúes venérea*. Su acción es la de un sudorífico, y he sido testigo de curaciones con este remedio que en Inglaterra hubiesen exigido un tratamiento por salivación.

He visto también una cuarta clase de estas vainas, procedente del Chaco, mayores en tamaño y más fuertes y su color rojo más encendido que el de las anteriores. Eran muy astringentes y balsámicas, de olor muy pronunciado, como el de los cipreses: eran, según me aseguró el misionero que me las trajo, el fruto de un árbol grande, espinudo, que no tenía hojas. Creo que tienen propiedades balsámicas y astringentes propias para heridas, y podrían tener importancia en la medicina, al menos para aplicaciones externas.

El mistol es en este país un árbol bajo, nudoso y torcido; en países más cálidos crece más alto y más derecho; en climas más fríos, como al sur de Santiago, ya no se cría. Los indios usan esta madera para lanzas, porque es pesada y de buena hebra. La fruta es de color rojo del tamaño de una castaña, con corteza muy delgada y con

un carozo grande y duro en el centro. Los criollos comen la corteza con la poca parte blanda que encierra, y también la utilizan para hacer chicha, que sale muy dulce.

El chañar, en las partes más calientes, es un árbol alto y grueso, aunque de menores dimensiones que los de más acá hacia el sur. Las ramas son muy torcidas y espinudas. El tronco se conserva siempre verde, y se le cría una corteza delgada, parecida al pergamino, que se seca, se desprende y es reemplazada por otra nueva. Sirve para leña y para carbón. La madera es dura y de buena hebra y de un color amarillento. Los indios la usan principalmente para estribos; pero, según parece, sirve para otras cosas también, como, por ejemplo, en la edificación, etc. Las hojas son pequeñas y ovaladas; la fruta se parece a la del mistol, aunque menor en tamaño y menos dulce y de un rojo no tan subido. Se emplea tal como el mistol.

El molle es un árbol grande que no se encuentra al sur de la provincia de Tucumán. La madera de este árbol es de una hebra muy fina y de gran belleza, pero de poca duración, por estar muy expuesta a la carcoma. Dos son sus variedades: la una que tiene una hoja como la del laurel en tamaño y semejanza; la otra se le parece exactamente, pero más pequeña. Las dos son siemprevivas, y las hojas molidas sirven para curtir la mejor clase de cueros de cabra que se preparan en el país.²³ Los troncos lloran una buena cantidad de goma, que sirve de incienso porque es muy aromática.²⁴ El molle de las hojas grandes produce buena cantidad de fruta negra, que bien madura tiene su hollejo de un color celeste muy claro, casi blanco: el ta-

²³ Uso que aún no se ha perdido en algunas partes, como por ejemplo, en las regiones andinas del noroeste de la República.

²⁴ También persiste este uso.

maño es de la grosella menor, y muchas veces se cría en racimos como los de cerezas; son más dulces que la algarroba; puestas a hervir con agua dan un arrope, o sea un almíbar muy dulce y picante al paladar; si se hace fermentar con agua sale una chicha²⁵ mucho más fuerte que la de algarroba, en olor y sabor; la borrachera que produce dura por lo general dos o tres días, y se ponen de mirada brava y feroz los que se exceden con esta bebida; prueba la fuerza y cantidad del alcohol que contiene.

Hay muchos árboles muy útiles y hermosos, de colosal altura, que se crían en los profundos valles y quebradas de los cerros, entre los que figuran el quebracho blanco y colorado, el viraró, el lapacho, el cedro, el timbó, el nogal silvestre, juntamente con el laurel y el sauce: estos últimos se crían allí muy altos y gruesos, pero no sirven para mayor cosa.²⁶

El quebracho blanco y colorado, así llamado (quebra-hacha) por su extremada dureza, crece en la selva de la parte llana, al norte de Córdoba. En Santiago se crían de ocho a diez yardas de alto, muy derechos y gruesos en proporción. El quebracho blanco tiene hojas parecidas a nuestro boj, si bien algo más grandes, de una punta aguda con espina: la madera también se parece a la del boj, pero de color rojo en el corazón: es excelente, muy compacta, pero quebradiza, dura de labrar y muy pesada. El colorado es un árbol totalmente distinto: sus hojas crecen a la manera de la del tejo; es más alto y más pesado que el blanco, y su madera es del color de sangre y sólo puede

²⁵ A estas *chichas* en muchas partes del interior les dan el nombre de *alojas*, reservando aquel otro para las que son de maíz.

²⁶ Sin embargo, el sauce bajo de techo dura muchos años y se usa en la edificación en las provincias del interior.

labrarse cuando está recién cortada, porque después de algún tiempo de cortada se pone tan dura, que no hay herramienta que la pueda labrar. En color y en dureza tanto se parece al mármol rojo que fácil es que se confundan.

El viraró produce madera de un color blanco, como la del olmo nuestro, y la usan para tirantes y cosas parecidas. Es muy durable y se labra con facilidad.

El lapacho es de los árboles de esta tierra que mejor madera dan. Nunca lo vi en su propia naturaleza, pero sí grandes trozos de este palo de ocho y nueve yardas de largo que se exportaban a España para trapiches de moler aceitunas. La madera es de un color oscuro verdoso, bien graneada, sin ser tan quebradiza como la del quebracho, pero es muy dura y pesada.

Los cedros son como los nuestros.²⁷ El timbó es una especie de cedro ordinario que se cría en las márgenes de los ríos.

Los nogales silvestres son altos y muy grandes. He visto algunos que habían sido traídos de Tucumán troceados y labrados que medían doce yardas de largo. No dan fruto,²⁸ pero la hoja es como la de nuestros nogales, si bien algo más grande. En ciertos valles profundos de las sierras he visto cedros y nogales que yo calculé medirían de 15 a 20 yardas de alto y como un huso de derechos. Todos éstos con muchos otros se crían en las selvas y proporcionan madera de la mejor clase y en su mayor parte son espinudos; entre éstos no está de más hacer mención del palo de lanza, porque es del que se sirven los criollos para hacer sus lanzas y azagallas. Este árbol es de color

²⁷ *Cedrela brasiliensis*, St. Hil. "Como los nuestros", en cuanto a la madera, será, y nada más.

²⁸ Sí dan, pero son las nueces empedernidas y difíciles de cascar.

amarillo, muy derecho, de madera excelente, y sin igual para ejes de coches y carretas.

Los criollos cultivan muchos árboles frutales que se crían silvestres en el Paraguay como, por ejemplo, naranjos y limoneros, dulces y agrios. Duraznos cultivados y silvestres abundan mucho. En Córdoba y Mendoza se producen manzanas y peras de muchas clases, granadas, damascos, ciruelas y cerezas. En algunas partes los higos casi son silvestres, o al menos se dan sin cuidado mayor, y lo mismo los higos de tuna.²⁹ En algunas partes de este país se da bien la vid, y en Mendoza, La Rioja y San Juan está muy desarrollado su cultivo, como lo mismo en el valle de Catamarca, donde hay algunos viñedos, pero pocos. El vino que se produce, en parte es para uso particular y en parte para exportarlo a Tucumán, Salta, Jujuy, etc. Este producto a veces se vende muy barato y lo estaría más aún si no fuere por los crecidos impuestos que paga en las ciudades adonde se remite.

El trigo, y casi todos los demás cereales, se cultivan y prosperan en Córdoba, Santiago y La Rioja, donde hay riego; y también en Buenos Aires y Santa Fe en los años que no son de seca. Esta mies podría ser muy abundante, y más al sur se produciría en gran cantidad, mas el caso es que los indios no siembran. Los Moluches, y sólo ellos, limpian algún tanto sus rastros, sin ararlos, y labran hasta donde lo pueden hacer con sus cuchillos. En Tucumán llueve demasiado, de suerte que no se presta para trigo; pero los criollos levantan grandes cosechas de maíz o "trigo de los indios", que lo cambian por trigo con los de Santiago.

Los principales artículos de comercio en Santiago son la cera y las mieles, de las que hay gran abundancia

²⁹ Higos chumbos.

en las inmensas selvas del otro lado del río Salado. Grandes cantidades de estos dos artículos se extraen de los huecos en los árboles podridos, y se venden por todas partes en las provincias vecinas. Hay también una clase de miel llamada *Allpamiscua*,³⁰ trabajada por una abeja muy pequeña. La depositan en agujeros bajo tierra, en los pedregales; su gusto es agridulce; un excelente diurético y bueno para mal de piedra o cálculos en la vejiga.

Otro muy importante producto de esta tierra (y que casi no se conoce por ahora) es el salitre, que podría recogerse en grandes cantidades si se estableciese la industria, porque hay una vasta extensión de este territorio salitroso, como de 200 a 250 leguas de largo por 40 a 50 de ancho: éste empieza a unas 12 leguas al norte de la sierra del Vuulcan y en el ancho se extiende hasta el cabo de San Antonio: incluye toda la jurisdicción de Buenos Aires, y las costas del sur y oeste del Río de la Plata; y, dejando Córdoba a la parte del oeste, atraviesa todo el territorio de Santa Fe hasta llegar a la ciudad de Corrientes, en las juntas de los famosos ríos Paraguay y Paraná. La anchura que por aquí tiene es tan considerable que abarca toda aquella parte de la jurisdicción de Santiago que se halla situada al oeste del río Dulce, y toda la parte llana de La Rioja hasta los límites del valle de Catamarca: esto está de manifiesto desde que todos los arroyos y ríos que pasan por estos terrenos salitrosos adquieren un gusto salobre, y sus aguas no son potables sino recién cuando se mezclan con las del Paraná. Todos los ojos de agua en esta gran extensión de tierra son manantiales más o menos salados; mientras tanto los ríos que bajan de las sierras de Córdoba, Tuc-

³⁰ *Allpamisqui*. Dulce de la tierra, de *misqui*, cosa dulce, y *allpa*, tierra, en lengua del Cuzco.

mán, Choromoros y Aconquija son de aguas inmejorables donde nacen, y así se conservan por muchas leguas, hasta que las descargan en el Paraná o se pierden en las lagunas saladas.

En la Asunción del Paraguay se saca cantidad de sal de la tierra para uso doméstico; pero donde más abunda ésta es en las cercanías de La Rioja y de Santiago. Después de un aguacero el suelo se emblanquece con el salitre y produce gran frío en los pies; y en tales ocasiones, valiéndose uno de una escobilla o pluma, puede recogerse en gran cantidad y sin mucha tierra, y del mismo modo si se toma el agua llovida que se junta en los charcos. Los criollos se limitan a lo que necesitan para la fabricación de la pólvora, que por lo general sólo emplean para sus fiestas.³¹ Muchas veces la he comprado yo en pequeñas cantidades como de 20 libras, pero mal refinada y en pequeños cristales cilíndricos, con falta absoluta de cubos, lo que prueba que no va mezclada con sal gema, la que no suele faltar en el salitre nuestro. Este descubrimiento podría ser de gran utilidad si se dedicasen a esta industria, porque el salitre podría ser conducido en botes a Santa Fe por el río Salado, y de ahí por el Paraná a Buenos Aires.

El comercio principal del país es la ganadería. En todas partes tienen grandes majadas de ovejas; y cuando yo recién llegué era tanto el ganado vacuno que, fuera de los rodeos de hacienda mansa, en inmensa cantidad, alzado y sin dueño, se extendía por todos los llanos a una y otra parte de los ríos Paraná, Uruguay y aun del mismo Río de la Plata y poblaban todas las pampas de Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe y Córdoba. La codicia empero y el

³¹ Costumbre que ha perdurado hasta muy avanzada la segunda mitad del siglo XIX. Esta pólvora se usaba mucho en las minas.

descuido de los españoles han destruido a tal grado este ganado alzado, que a no ser por el hecho providencial de alguna gente algo más previsora, ya la carne se hubiese puesto carísima en aquellas regiones. En los primeros tiempos no pasaba año sin que zarpasen de seis a ocho buques de Buenos Aires cargados de cueros en su mayor parte. Grandes eran las matanzas que se hacían sin que se aprovechase más que los cueros, la gordura y el sebo; pero la carne se tiraba al campo para que se pudriese. El consumo anual de ganado que se carneaba sólo en esta forma, en la jurisdicción de esta ciudad de Santa Fe, que no era más que una de tantas, no dejaba de alcanzar a algunos cientos de miles; y la costumbre aún no se ha dejado del todo. Esto no obstante, el ganado se conserva barato, y aun en Córdoba, los novillos se venden a dos pesos cabeza; mas es el caso que antiguamente no hubiesen alcanzado a la mitad del precio actual.³²

Hay también gran copia de caballos mansos, y un número increíble de baguales. El precio de un potrillo de dos a tres años es un medio peso, o sea dos chelines y cuatro peniques; el caballo de servicio vale dos pesos, y la yegua, tres reales, y hasta dos a veces. Los caballos alzados no tienen dueño, y andan disparando en grandes manadas por aquellas vastas llanuras que delimitan, hacia el este con la provincia de Buenos Aires y el mar océano hasta llegar al río Colorado; al oeste con las cordilleras de Chile y el Primer Desaguadero; al norte con las sierras de Córdoba, Yacanto y La Rioja; y al sur con los bosques que son los límites entre los Tehuelhets y Dihuihets. Andan de un lugar a otro contra el viento y en un viaje que hice al inte-

³² Hasta mediados del siglo XIX seguía perdiéndose gran parte de la carne.

rior, el año 1744, hallándome en estas llanuras durante unas tres semanas, era su número tan excesivo que durante quince días me rodearon por completo. Algunas veces pasaron por donde yo estaba en grandes tropillas a todo escape durante dos o tres horas sin cortarse; y durante todo este tiempo, a duras penas pudimos yo y los cuatro indios que entonces me acompañaban librarnos de que nos atropellasen e hiciesen mil pedazos. Otras veces he transitado por toda esta misma región sin ver uno solo de ellos.

A la gran abundancia de caballos y ganado vacuno se atribuye el que los españoles e indios no cultiven sus tierras con ese cuidado y diligencia que se requiere y que la ociosidad haya cundido tanto entre todos ellos. Lo más sencillo es que cualquiera de ellos pueda tener o amansar una tropilla de caballos; mientras que armado con su cuchillo y su lazo está ya habilitado para proporcionarse mantención: vacas y terneros abundan y lejos de la vista de los dueños; así es que fácil es carnearlos sin que se aperciban, y ésta es la práctica general.

Mucho se han empeñado en descubrir minas en este país; pero siempre con malos resultados. Muestras de mina de oro se han encontrado en jurisdicción de la provincia de Córdoba y valle de la Punilla; pero después de muchos y costosos trabajos la cantidad de oro que se obtuvo fue insignificante, y los empresarios se arruinaron. Igual suerte cupo a otros explotadores de minas de oro descubiertas en la boca del Plata, en las sierras de Maldonado, que al fin abandonaron el trabajo por la misma razón que los anteriores. Hará cosa de diez años metieron gran ruido unas minas de plata cerca del cerro de Aconquija, y al principio se consiguió sacar alguna cantidad de barra. Entusiasmado con este resultado, el gobernador de la provincia se interesó en ello, se dio parte del descubrimiento al rey de España, y muchos gastaron toda su ha-

cienda en esta empresa; mas, después de dos años de trabajos sin éxito alguno, se hizo abandono de todo, como en los dos casos anteriores.³³

Pocos años ha se hizo otro descubrimiento de minas de plata en Mendoza, al pie de la cordillera, que después de algunas exploraciones produjeron una gran cantidad de metales. Los empresarios gastaron ingentes sumas en maquinarias y demás instalaciones indispensables para este género de trabajos; antes de salir yo del país, empero, se habían recibido ciertos informes no tan favorables de estas minas, así que no me es dado decir si han prosperado o no. Las mismas famosas minas de Potosí han decaído bastante en importancia. Los metales que se exportan no pasan de una tercera parte de lo que antes se producía, y los indios que las servían casi se han extinguido por falta de buena policía; aparte de que muchas de las minas están inundadas, de suerte que no se pueden explotar con provecho.

Es más que probable que haya minas de oro y de plata en tierra de indios Moluches, aquende la cordillera, así como las ha habido del otro lado; mas es el caso que los indios no se preocupan de estas cosas, y los españoles les tienen recelo al cruzar las sierras éstas en sus catas, porque están expuestos a ser atacados por ellos.

También se encuentran en estas regiones varias drogas, que podrían resultar de gran provecho, si los naturales del país se propusiesen utilizarlas.

³³ Curioso dato que sin duda alguna se refiere a ese misterioso ingenio en ruinas existente en la falda occidental de la cordillera de Aconquija, que perteneció, en parte al menos, al fundador del mayorazgo de Huasán, don Luis Díaz de la Peña, a mediados del siglo XVIII, y lugar de Andalgala, jurisdicción de Catamarca. Los restos que se conservan han sido causa de muchas especulaciones e ilusiones posteriores.

En la jurisdicción del Tucumán,³⁴ y de la ciudad de las Siete Corrientes hay gran cantidad de *guayacum*, o palo santo,³⁵ y de sangre de dragón;³⁶ este último, que es un producto de gran valor, fluye del árbol cuando se le hace una incisión, y luego que se espesa toma toda la apariencia de sangre verdadera, tanto en color cuanto en consistencia. Se endurece si la hacen hervir, o si la guardan por algún tiempo, adquiriendo así la consistencia de una resina: toma el color de los hígados, mucho más subido que nuestra sangre de dragón oficial, como que es también más astringente.

El bálsamo de *caaci*³⁷ mana de los tajos que se dan a cierto árbol, y se obtiene también haciendo hervir (en agua) los gajos bien molidos. Es una goma dura, parecida a la trementina, de color blanco si se saca por hervor, pero que por otro procedimiento resulta amarilla y transparente. Es un remedio excelente para hacer criar carne en las heridas, y un medicamento muy eficaz por vía bucal.

Dos indios en distintas ocasiones fueron heridos por una lanza angosta en la región epigástrica, precisamente bajo del cartílago xifoides; las puntas del arma salían de un lado del espinazo, un poco más arriba en el uno que en el otro; lo que bebían se les salía en seguida por las heridas; los dolores que sentían eran agudos, les sobrevenían desmayos frecuentes y sudores fríos y viscosos. Yo solía aplicar este bálsamo exteriormente disuelto en grasa de ciervo y tuétano; mas en los casos presentes las heridas se habían ya cerrado, así que se los administré

³⁴ La provincia colonial de este nombre.

³⁵ *Bulnesia sarmienti* Lor.

³⁶ *Croton succirubrus* Par.

³⁷ *Schinus bonplandianus* L. Moch (?).

por vía bucal: tomaban una pequeña dosis, como del tamaño de una avellana, tres veces al día, y a veces con más frecuencia pero en menor cantidad. En esos desiertos no tenía yo otros remedios que poderles dar con probabilidad de buen resultado. Lo cierto es que ambos sanaron y quedaron fuertes y robustos, el uno en seis semanas, el otro por ahí en tres meses.

Menciono estos dos casos como muy especiales, porque el estómago había sido perforado en dos partes a traspaso, heridas que en la facultad de medicina son tenidas por mortales. La razón de la rapidez de estas dos curas me la explico yo así: que las heridas eran unas perforaciones sumamente estrechas, como que procedían de la hoja angosta de una tizona o espadín que habían utilizado para punta de lanza.

El bálsamo, o mejor dicho extracto, dicho *aguari-bay*,³⁸ se obtiene de una planta o especie de arbusto del género lentisco, por medio del hervor. Aplicado por vía bucal es un buen purgante y digestivo, y ayuda a la buena cicatrización. Es muy eficaz, como toma, para las hemorragias, disenterías y catarros; porque es a la vez aglutinante, astringente y balsámico.

La goma *isica*³⁹ se saca de un árbol que crece en el Paraguay; se llama también trementina; parece que es una goma elemí, pero más cáustica, y si se aplica pura levanta ampollas. La principal aplicación que tiene en el país es para emplastos contra la ciática, remedio eficaz las más de las veces. Terciado con igual cantidad de cera o sebo forma un linimento muy bueno de *arceus*; sirve también para [dolores de cabeza], si se aplica con *oxycroceum* a los pies,

³⁸ *Schinus molle* L.

³⁹ *Protium icicariba* L. March.

con lo que se conservan calientes: los indios y criollos en general se sirven mucho de esto, por cuanto sufren mucho de afecciones al hígado debidas a la costumbre de las bebidas refrescantes; y estas dolencias vienen acompañadas de gran frialdad en los pies.

La raíz de la *contrahierba*⁴⁰ abunda mucho. En algunas partes de las sierras de Córdoba y de Yacanto las raíces de *valeriana*⁴¹ y de *meum*⁴² se dan en gran abundancia y de un tamaño muy superior al que notamos en Europa, y más fuerte el olor que despiden; algunas de las raíces de la valeriana son tan gruesas como el brazo de un hombre; el olor que despiden se parece al de las nuestras, pero como se observó ya, mucho más fuerte. Las hojas del *meum* son muy grandes y se crían del alto de una yarda. Las flores son blancas y en racimos de forma cónica de cuatro a cinco pulgadas de medida. Su uso es muy conocido para afecciones nerviosas y epilepsias.

De los Guaraníes traen dos clases de raíces de una planta o junco a la que los indígenas dan el nombre de *schynant*; aunque las dos clases tienen el mismo nombre mucho se diferencian entre sí. La una⁴³ se parece en casi todo al *calamus aromaticus*, aunque de olor y gusto más fuerte, pero sin alcanzar las dimensiones de éste. La otra⁴⁴ tiene raíces pequeñas y redondas como de media pulgada de largo, fáciles de ser remolidas y del mismo color de la contrahierba; tiene un gusto muy picante, aromático, parecido al de las especias y tomado como

⁴⁰ *Dorstenia contrajera* L.

⁴¹ *Valeriana dinorrhiza* Gr.

⁴² *Carum pansil* (Dc.) Gr.

⁴³ *Gyperus odoratus* Vahl.

⁴⁴ *Kyllingia odorata* Vahl.

bebida es remedio para todas las afecciones frías del cerebro y de los nervios.

El ginger⁴⁵ también se da en estos lugares; pero lo que podría llegar a ser de la mayor importancia, siempre que se diese con la manera conveniente de prepararla, es esa especie de té que descubrí yo unos dos años antes de mi retirada del país: la semejanza es completa entre ésta y la hierba así llamada que nos viene de la China; porque al meter hojas de las dos clases en agua en punto de ebullición, se extendieron en igual sentido sin que pudiese yo darme cuenta de diferencia alguna en cuanto a su forma o disposición de sus partes venosas y fibrosas. Encontré esta planta de té en gran cantidad en los varios valles; al pie de las sierras de Córdoba y Yacanto, cerca de la sierra de Achala y en los valles de Calamochita; he sido también informado que en Tucumán, Salta, etc., que están más cerca del Perú, se produce en aun mayor abundancia.

Es un arbusto que se cría de una a dos yardas de alto; su tronco rara vez excede de una pulgada de grueso, y por lo general tiene menos; no le suelen nacer retoños del pie, pero sí muchas ramas largas del tronco. Las hojas son triples como las del trébol, de un verde muy hermoso y muy lisas: produce una espiga larga de flores azules, parecidas a las del espliego, aunque no tan largas ni tan aromáticas. De cada una de estas flores resulta una vainilla, cada cual con su semilla que no alcanza a medir la tercera parte de una lenteja, pero con forma de judía.⁴⁶ Seca la hoja, si se hace la infusión por agua, le participa a ésta el color que adquiere con té perla: en gusto y sabor son exactamente iguales lo que sí algo más cargado sin ser as-

⁴⁵ *Zingiber officinale*.

⁴⁶ *Psoralea higuierilla* Gill.

tringente; pero esta diferencia acaso se deba al hecho de que está más fresco este té que el otro, cuando no resulte del modo diferente de prepararlo, o porque no se seca sobre planchas de cobre, como se acostumbra en la China. Al secarlo no me fue posible conseguir que se enroscase y arrugase, como sucede con el té de Oriente.

Hallé también una especie menor de esta misma planta, no sólo en cuanto a su alto, sino también en lo que respecta al tamaño de las hojas.

Hay aún otra especie más de esta planta que se da en Chile, produce una semilla redonda, pero sin vaina; las flores son amarillas y no forman espiga; la hoja es menos lisa que la anterior y de un verde más claro. La infusión es de un tinte más subido, con sabor más o menos como el anterior, sin ser tan grato al paladar, por su gusto algo desabrido. El nombre que le dan los indios es *culem*.⁴⁷ Los criollos de Córdoba llaman al de ellos *albahaca del campo*;⁴⁸ mas es éste un nombre que se da al azar a una planta que en nada se parece a la albahaca ni del campo ni de jardín, porque es la albahaca hierba y no arbusto.

Como yo y varios de mis amigos recogimos bastantes bolsas de este té, y lo repartimos entre muchas personas, tuve ocasión de observar sus efectos, y de ello me resultó que daba apetito y que ayudaba a la digestión, siendo remedio contra jaquecas, aepsias crónicas (falta de apetito), y anorexias (mala digestión) que se habían resistido a todos los demás remedios; cualidades en que supera y con mucho al té de China. Es de notar que en los lugares en que se da esta planta de té se encuentra también el material del que se hace la porcelana de la China.

⁴⁷ *Psoralea glandulosa* L., ¡pero sus flores no son amarillas!

⁴⁸ *Psoralea hiquerilla* Gill.



II

LA DESCRIPCIÓN DEL PAÍS DE LOS INDIOS, Y DE SUS VALLES, SERRANÍAS, RÍOS, ETC.; EL GRAN RÍO DE LA PLATA, CON SUS AFLUENTES, PECES Y PUERTOS

Aquella parte de la jurisdicción de Córdoba que se halla al sur del río Segundo, fue antiguamente el asiento de una parte considerable de los Puelches septentrionales,¹ y se extiende por más de cincuenta leguas hasta entrar en la jurisdicción de Buenos Aires más allá de la Cruz Alta. La primera vez que entré por aquellos lugares di con alguna gente de estos indios que aún se mantenía poblada en las márgenes de los ríos Segundo y Tercero; y otros pocos de ellos por los ríos Cuarto y Quinto. La distancia que media entre los ríos Segundo y Tercero es como de doce leguas, y lo más poblado de arboledas, que empiezan a ralear antes de llegar al Tercero.

Los ríos que riegan esta región bajan todos de las sierras altas de Yacanto, Champaquín y Achala; que en cuanto a su elevación poco les falta para alcanzar a la de los Andes de Chile, y vienen a ser como espolones de las del Perú.

Todos estos ríos, con excepción del río Tercero, después de romper por las abras de las sierras de Córdoba y

¹ Para ver bien lo que aquí entiende Falkner por "Puelches septentrionales", será bueno leer lo que el autor dice a comienzos del cap. IV, págs. 128 y 129. (*N. de los E.*, 1957)

largarse por los llanos, a las pocas leguas dejan de ser potables, porque se hacen salobres; poco a poco van perdiendo su caudal de agua, que se insume en aquellos médanos sedientos, y por fin van a desaguar en alguna laguna.

El río Tercero, que es el más considerable de todos ellos, antes de dejar atrás las sierras de Córdoba (por las que se descuelga con gran diferencia de nivel) se aumenta y mucho con las aguas de los ríos Champaquín, González, del Medio, Quillimsa, Cachu-Corat, La Cruz, Luti y del Sauce; mas al caer a lo llano, que en partes es muy medanoso, en tiempo de seca desaparece bajo de tierra, y resurge más abajo. En la época de las lluvias crece muchísimo y acarrea en su rápida corriente gran cantidad de madera: da muchas vueltas que dejan encerrados grandes rastros. Las márgenes están llenas de sauces por más de veinte leguas después que se larga de las sierras. Los campos por donde pasa son buenos criaderos para ganado, porque el suelo se presta para el pastoreo y para la labranza; en algunas partes produce meliloto, una especie de zarzaparrilla. A las veinte leguas se vuelve el agua salada, pero no tanto que no sirva para beber. De esta manera corre hasta llegar a la Cruz Alta, donde ya se llama Carcarañá, por las muchas vueltas que da, y sigue adelante de nornoroeste a sudsudeste hasta que entra en el Paraná, en el Rincón de Caboto, como a unas dieciocho leguas de Santa Fe.

Los ríos Cuarto y Quinto nada de particular presentan; lo que producen es más o menos lo dicho ya de los otros, no siendo que hay que advertir que pasan por regiones menos provistas de bosques. Sus campos están llenos de ganados y son aptos para labrados. El río Quinto, cuando se desborda, se comunica por cañadones con el río Saladillo, que a su vez desagua en el Río de la Plata.

Entre esta región y los llanos de San Juan y Mendoza (en que vive la segunda división de los Puelches del norte o

Taluhets), se levantan las sierras de Córdoba y Yacanto. Constan éstas de un cordón seguido con pasos muy malos, que atraviesan por portezuelos y trepan por alturas y cumbres muy escarpadas, inaptas para el tránsito de rodados. Los filos de estas cumbres se distancian unas dieciséis a veinte leguas unas de otras: la región intermedia consta de muchos valles espaciosos y fértiles, regados por arroyos y arroyuelos, embellecidos por sus cuchillas y colinas. Estos valles producen muchas clases de árboles frutales, como, por ejemplo, durazneros, manzanos, cerezos, ciruelos, y también trigo donde se cultiva el suelo: pero lo que más fama les da es la cría de ganado, ovejas y caballos, y muy especialmente mulas. La mayor parte de éstas, que se exportan anualmente al Perú, se producen en esta tierra, y constituyen su principal riqueza, porque por ella les entra la plata y el oro de las minas de Potosí, Lipes y Perú entero.

Al poniente, en las faldas de la sierra de Yacanto o Sacanto, hay muchas haciendas pertenecientes a los españoles llevados a poblar allí por la feracidad del suelo, que se prestaba para toda clase de labranza con el abundante riego que les proporcionan los arroyuelos que bajan de la sierra; y también porque es bueno para la cría de ganado, como que no hay mucho bosque, escasamente lo suficiente para leña y la edificación. Otra ventaja más puede invocarse y es la seguridad contra el peligro de indios, desde que éstos molestan sólo a los que viven más al sur.

Todo el resto de la tierra aquella en dirección al oeste, que se extiende entre estas sierras y el Primer Desaguadero,² consta de llanuras sin más agua que la que les proporcionan unos pocos arroyuelos. Son campos de mucho

² Es el Desaguadero actual, que separa la provincia de Mendoza de la de San Luis. (N. de los E., 1957)

pasto, pero despoblados: de vez en cuando los Taluhets y Picunches, en corto número, suelen acudir allá con el propósito de correr yeguas alzadas y descaminar a los viajeros y tropas de carretas que marchan de Buenos Aires a San Juan y Mendoza.

El país entero poco produce que pueda exportarse a Europa, no siendo cueros de toros y vacas, con algún tabaco que se da muy bien en el Paraguay; para los españoles, empero, es de la mayor importancia, porque todas las muladas que se emplean en el Perú, o la mayor parte de ellas, salen de Buenos Aires y Córdoba, con algunas pocas de Mendoza, sin éstas no sería posible el tráfico ni la comunicación con los países vecinos, desde que las altas y escabrosas serranías del Perú son intransitables no siendo por medio de mulas que no se pueden criar en aquellas alturas;³ y las que se importan viven poco tiempo, no sólo por el duro trabajo, sino también por los malos caminos y falta de forrajes;⁴ de suerte que la pérdida de este país (que describo) traería aparejada también la de Chile y del Perú.

El camino de Buenos Aires a Salta es apto para rodados; mas las mulas que se arrean de aquel punto y de Córdoba, después de un viaje tan largo, tienen por necesidad que descansar un año en Salta,⁵ antes de poder pasar a Potosí, Lipes o el Cuzco.

La gente de estos países no son gran cosa como soldados⁶, y tan descontentos se hallan con el gobierno español, mal estado de los negocios, carestía de todo lo que

³ Este tráfico recién empezó a declinar a mediados del siglo pasado.

⁴ Era exacto.

⁵ Así se enriqueció la provincia de Salta, hasta que los ferrocarriles encaminaron las corrientes comerciales por otros rumbos.

⁶ Error de apreciación por parte del autor.

son mercaderías de ultramar, y lo que es peor, impuestos exorbitantes, etcétera, que de buen grado se verían súbditos de cualquier otra nación que los libertara de la opresión en que se hallan sumidos.⁷ Y, todo esto no obstante, el país entero está sin más defensa que una poca tropa veterana en Buenos Aires y Montevideo; y bastaría tomar estas dos plazas para que todo el país se sometiera con sólo hacer un paseo militar por él;⁸ porque los criollos se harían unos con el enemigo, cualquiera que fuese.

La pérdida de estas dos plazas despojaría a España de los únicos puertos que posee en estos mares para socorrer a las embarcaciones que han de pasar por el cabo de Hornos al mar del Sur. Antes de la expulsión de los jesuitas de las misiones del Paraguay, podían haber sido auxiliados eficazmente por los indios Guaraníes, armados y bien disciplinados como estaban, y que habían ayudado a vencer a los insurgentes rebelados del Paraguay y a expulsar a los portugueses de la Colonia del Sacramento, y así constituían la defensa más poderosa con que contaba este tan importante país.⁹

La parte de la cordillera que se halla al oeste de Mendoza es de una altura descomunal y está siempre tapada de nieve, razón por la cual esta cadena de montañas se denominó por los indios *Psen Mahuisau* o Cerro Nevado; o de no, *Liu* o *Lio Mahuisau*, i. e., Cerro Blanco.¹⁰ Por algunas leguas se atraviesan valles muy ame-

⁷ Porque ansiaban la emancipación.

⁸ La experiencia más tarde demostró que no era tal, como, por ejemplo, cuando las invasiones inglesas.

⁹ En esto tiene mucha y muchísima razón el autor.

¹⁰ El nombre es araucano, aunque deficientemente transcrita. (N. de los E., 1957)

nos, rodeados por cerros altos antes de llegar a la cumbre principal, que es altísima y muy empinada, llena de profundísimos y horrorosos despeñaderos; y en partes se presenta el camino tan estrecho y peligroso, por causa de los peñascos enormes que lo estorban, que casi no da paso a la mula cargada.

A las depresiones nunca les falta la nieve, ni aun en el verano, y en el invierno se expone uno a morir helado: muchos han perecido por atreverse a atropellar la cordillera antes de empezar el deshielo. Al pie de estos despeñaderos corren muchos ríos y arroyos, todos ellos así como encajonados dentro de esos bordes a pique y de gran altura; y tan estrecho suele ser el espacio que los separa que podría uno salvarlos de un salto; pero el descenso por ellos sería cosa imposible.

Estos ríos y arroyos corren caracoleando por entre colinas y despeñaderos hasta largarse por lo llano, donde van a aumentar el caudal de los ríos principales. Para subir y salvar la altura mayor se necesita por lo general un día entero por las cordilleras de Mendoza y de Coquimbo, y más o menos el mismo tiempo en las otras partes, según los informes que he podido recoger.

Estos cerros producen pinos muy grandes y altos, que se crían como los de Europa, aunque la madera es más compacta y dura que la nuestra; es muy blanca y apétisima para mástiles y demás que se necesita para construcciones navales, por ser muy durable; de suerte que, como asegura Ovalle, los navíos contruidos en los mares del Sur duran hasta cuarenta años. El fruto es de mayor tamaño como que las piñas son dos veces mayores que las que dan los pinos de España, y los piñones del tamaño de dátiles, con cáscara muy delgada. El fruto es largo y ancho, con cuatro ángulos romos, del tamaño de almendras. Estos carozos o piñones los hacen hervir y así preparan el

avío para sus viajes largos, o para conservarlos en sus casas. Esta preparación hace que se pongan harinosos, y que se parezcan a almendras hervidas, sin que sean tan aceitosos. Este árbol produce cantidad de trementina, que se endurece y forma una masa más dura y más seca que nuestra resina, aunque más clara y transparente, si bien no tan amarilla. Los españoles la llaman incienso y la usan como tal, erróneamente, porque el olor no es más que el de la resina, si acaso algo más delicado.

Los valles al pie de la cordillera, son en algunas partes muy feraces, regados por ríos y arroyos, y donde hay cultivo producen trigo y toda clase de frutas. Los manzanos son allí silvestres, y los indios hacen una especie de sidra, para tomarla en el día, porque no conocen el arte de conservarla.

Los volcanes de los que hay muchos aquende la cordillera, pueden rivalizar con el Vesubio, monte Gibello o cualquier otro de los que conocemos en Europa, ya sea por su tamaño, ya por sus furiosas erupciones. Hallándome yo en Vuulcan, más abajo del cabo San Antonio, fui testigo presencial de una inmensa nube de cenizas que corría con los vientos y oscurecía todo el cielo: se extendió por toda la jurisdicción de Buenos Aires, atravesó el Río de la Plata y derramó su contenido en ambas bandas del río, de suerte que el pasto en los campos quedó cubierto con la ceniza. La causa de todo esto fue la erupción de un volcán cerca de Mendoza, y los vientos que hicieron volar esas cenizas livianas a la increíble distancia de trescientas y más leguas.

La provincia de Buenos Aires, paradero antiguo de los Chechehets, se halla situada en la banda austral del Río de la Plata. La costa en esta parte es baja y húmeda, con muchos pantanos y bañados. La parte inmediata a las aguadas está llena de bosques que sirven para leña. Los

esteros estos alcanzan desde los bordes hasta llegar a los altos, que también son pantanosos en partes; porque, por lo general, el suelo es de greda, con muy poca tierra vegetal encima, hasta no meterse algo más al interior, porque allí este humus es algo más profundo. La campaña es llana en todas partes, con sus pequeñas lomadas; y es de admirar que en toda esta vasta jurisdicción, como en la de Santa Fe, y también de Santiago del Estero, no se halla una piedra, siendo que esto es lo que más abunda en todo el país, y lo que se repite hasta la sierra del Tandil, Vuulcan y Cayru, hacia el sudeste de Buenos Aires.

El territorio que se extiende entre Buenos Aires y el río Saladillo (término y límite de los dominios españoles por la parte del sur de esta provincia)¹¹ es una llanura seguida sin un solo árbol ni una sola loma hasta llegar a las orillas de este río, que se halla como a veintitrés leguas de las poblaciones de los españoles. Esta región tiene como veinte leguas de ancho de noroeste a sudoeste y son sus linderos las aldeas poco concentradas de Matanzas y Magdalena. Al norte del Saladillo hay muchas lagunas grandes, algunos bañados y cañadones. Las lagunas que yo conozco son: la Reducción, Sauce, Vitel, Chascomús, Cerrillos y Lobos. Hacia el sudeste hay una laguna larga de agua dulce (cosa rara en este país) que está cerca del río Borombón; se halla como a unas ocho leguas de la población más inmediata de españoles. Unas seis leguas más allá está el gran río, o mejor dicho, laguna de Borombón, formada por los derrames de las lagunas de la Reducción, Sauce, Vitel y Chascomús, cuando están crecidas a causa de las lluvias. A veces suele medir hasta una milla de ancho; no tiene bordes ni caída, y su fondo es ancho y a ni-

¹¹ No deja de ser curiosa esta frase del autor.

vel; en los aumentos no pasa de una brazada en el centro; en la mayor parte del año está completamente seca. Después de correr unas doce leguas desde la laguna de Chascomús desagua en el Río de la Plata, un poco más arriba de la Punta de Piedra.

De este río al Saladillo se cuentan unas doce leguas, caminando al sudeste: la campiña entre los dos ríos es baja y llana como todo lo demás, y en algunas partes es muy pastosa, muy particularmente en las inmediaciones de las orillas del Saladillo. Cuando apura la seca y el pasto escasea en la costa del Río de la Plata, los españoles de las estancias de Buenos Aires arrean sus ganados a las orillas del Saladillo; porque allí el pasto se conserva por más tiempo, en razón de la mayor profundidad de la tierra vegetal.

Estas llanuras se extienden hacia el oeste hasta el Desaguadero, o territorio de Mendoza; carecen de agua, no siendo la que les cae del cielo, y se junta en las lagunas, y los tres ríos Desaguadero, Hueyguey y Saladillo. Esta tierra está despoblada y sin cultivo, pues no la habitan ni indios ni españoles; está llena de ganado vacuno, caballadas alzadas, venados, avestruces, armadillos, perdices, patos silvestres y otra caza.

El río Saladillo, por ser sus aguas tan salobres, sólo sirve para que beba la hacienda. Casi todo el año corre con tan poca agua, que en un lugar llamado Calligón, a ocho leguas de su desembocadura, punto en que se ensancha mucho, casi no alcanza a los tobillos; y en la misma boca, un bote cargado por pequeño que fuese, no podría entrar: todo esto no obstante, así a principios de octubre lo he visto crecer a tal punto que en veinticuatro horas quedaba parejo con los bordes, midiendo allí el agua como una brazada y con una anchura como de un cuarto de milla; y todo ello sin que hubiese llovido en

cantidad apreciable por aquella parte. Los aumentos generalmente duran dos o tres meses y recién empiezan a amainar. El Saladillo nace allí donde el río Quinto (que pasa por San Luis) se pierde en una laguna; ésta, aumentada con las lluvias y nieves derretidas de las serranías, se desborda y es causa de las crecientes del río aquel. Su cauce corre por la región de Buenos Aires, más tarde dobla hacia el sur, arrimándose hacia la primera cadena de montañas y de allí hacia el norte, y vuelta otra vez hacia el este, recibiendo en su carrera el agua de muchas y muy grandes lagunas que se desbordan con las copiosas lluvias; faltándole estos aumentos, el río queda casi del todo seco. En las márgenes de este río, hasta las ocho leguas de su embocadura, crece un árbol que allí llaman tala, que sólo sirve para leña y para cercos. El último de estos montes, que se llama la isla Larga, llega hasta las tres leguas antes de la desembocadura en el Río de la Plata.

El Río de la Plata es uno de los ríos más grandes de toda la América y se larga al mar por un estuario que mide casi setenta millas de ancho: algunos las limitan a sólo sesenta, mientras que otros las aumentan a ochenta. Le corresponde este nombre desde el punto en que le entra el Uruguay; aguas arriba ya el brazo principal llámase Paraná, del cual son afluentes los grandes ríos Bermejo, Pilcomayo (que pasa por Chuquisaca), y Paraguay (que da nombre a esa provincia): pasa éste por la ciudad de Paraguay o Asunción, se comunica por medio de brazos navegables con las minas de oro de los portugueses en Cuyabá y Mattogrosso, como también con el Perú; tal y como el Paraná se comunica con las minas del Brasil y las sierras de San Paulo.

En los bordes del río Carcarañá, o Tercero, como a unas tres o cuatro leguas antes de su desagüe en el Paraná, se encuentra gran cantidad de huesos, de tamaño desco-

munal, y que a lo que parece son humanos: unos hay que son de mayores y otros de menores dimensiones, como si correspondiesen a individuos de diferentes edades. He visto fémures, costillas, esternones y fragmentos de cráneos, como también dientes, y en especial algunos molares, que alcanzaban a tres pulgadas de diámetro en la base. He oído decir que se hallan huesos como éstos en las orillas de los ríos Paraná y Paraguay, como lo mismo en el Perú. El historiador indígena Garcilaso de la Vega Inga hace mención de estos huesos en el Perú, y nos cuenta que, según la tradición de los indios, unos gigantes habitaban antiguamente estos países, y que fueron destruidos por Dios por el delito de sodomía.

Yo en persona descubrí la coraza de un animal que constaba de unos huesecillos hexágonos, cada uno de ellos del diámetro de una pulgada cuando menos; y la concha entera tenía más de tres yardas de una punta a la otra. En todo sentido, no siendo por su tamaño, parecía como si fuese la parte superior de la armadura de un armadillo; que en la actualidad no mide mucho más que un jeme de largo. Algunos de mis compañeros también hallaron en las inmediaciones del río Paraná el esqueleto entero de un yacaré monstruoso: algunas de las vértebras las alcancé a ver yo, y cada una de sus articulaciones era de casi cuatro pulgadas de grueso y como de seis de ancho. Al hacer el examen anatómico de los huesos me convencí, casi fuera de toda duda, que este incremento inusitado no procedía de la acreción de materias extrañas, porque encontré que las fibras óseas aumentaban en tamaño en la misma proporción que los huesos. Las bases de los dientes estaban enteras, aunque las raíces habían desaparecido y se parecían en un todo a las bases de la dentadura humana, y no de otro animal cualquiera que haya yo jamás visto. Estas cosas son bien sabidas y conocidas por todos

los que viven en estos países; de lo contrario, no me hubiese yo atrevido a mencionarlas.

El río Paraná tiene la propiedad extraordinaria de convertir varias substancias en piedra de la más dura. Cuando primero se descubrió era navegable en barcos de poco calado hasta la ciudad de la Asunción; pero de entonces acá el acarreo de limo ha sido tan considerable que aun los buques mercantes de tamaño menor no pueden subir aguas arriba de Buenos Aires: los navíos de calado mayor y los navíos de guerra se ven obligados a descargar en Montevideo. Mucho se necesita tener buenos prácticos para este río, para salvarse de embicar en uno de los dos bancos, el banco Inglés y el banco Ortiz, o de estrellarse contra la Punta de las Piedras, que corre muchas leguas debajo del agua y bandea todo el río. El canal del norte es más angosto y de más agua; el del sur, más ancho y menos hondo; enfrente del banco Ortiz, no tiene tres brazadas con fondo duro de piedra.

Este río tiene sus dos crecientes anuales, una mayor y otra menor, y ambas resultan de las grandes lluvias en los vastos territorios donde nacen los ríos Paraná y Paraguay: la menor se produce entre fines de junio y fines de julio, y se llama la creciente de los pejerreyes, que suele inundar todas las islas del Paraná; la mayor empieza en el mes de diciembre y dura hasta enero, y a veces hasta febrero, y el aumento es tal, que ha sucedido se cubran con cinco a seis yardas de agua y a veces más; de suerte que sobre el nivel del agua sólo aparecen las cimas de los árboles más altos, que abundan en las islas de este río. En estas épocas los leones, tigres, venados y aguará-guazú, abandonan las islas y se mudan a nado a la tierra firme. En crecientes extraordinarias que han tenido lugar en este río, los vecinos de Santa Fe más de una vez han pensado en abandonar la ciudad temerosos de una catástrofe; y sin embargo, cuando

esta descomunal creciente baja y entra al Río de la Plata, apenas si cubre las partes bajas de sus orillas.

Algunas de las islas del Paraná miden dos a tres millas de largo; están llenas de arboledas y sirven de albergue a crecido número de leones,¹² tigres,¹³ venados,¹⁴ capivaras¹⁵ o sea chanchos del río, lobos del río (que para mí son de la misma especie que las nutrias de Inglaterra),¹⁶ aguará-guazú¹⁷ y muchos caimanes.¹⁸ El aguará-guazú es un zorro muy grande con cola muy peluda; *aguará* (en lengua del Paraguay) significa zorro, y *guasú*, grande: al zorro común lo llaman allí *aguarachay*.

Este río abunda en peces de muchas clases, con escamas o sin ellas, de los que algunos son de los conocidos en Europa y otros no. Los escamosos son: el dorado,¹⁹ pacú,²⁰ corvina,²¹ salmón,²² pejerrey,²³ lisa,²⁴ boga,²⁵ sábalo,²⁶ dentado,²⁷ y otros de menor tamaño. Los que no tie-

¹² *Felis (Uncia) puma* Molina.

¹³ *Felis (Leopardus)*, *onza* Lin.

¹⁴ *Blastocerus paladosus* Desmarest.

¹⁵ *Hydrochoerus capyraba* Lin.

¹⁶ *Lutra paranensis* Rengger.

¹⁷ *Canis jubatus* Desmarest.

¹⁸ O *yacarés*, caimanes: hay dos especies, *latirostris* Daud, y *Sclerops*, Schneid.

¹⁹ *Salminus brevidens* Cuv.; *pletensis* Holm.

²⁰ *Myletes* sp.

²¹ *Micropogon* sp.

²² *Brycon orbignyanus* C. V.

²³ *Atherinichtys bonariensis* sp.

²⁴ *Mugil brasiliensis* Ag.; *platanus* Guth.

²⁵ *Leporinus obtusidens* Val.

²⁶ *Prochilodus platensis* Holmb.

²⁷ *Rhaeoboides* sp.

nen escamas son: el mangrullo,²⁸ zurubí,²⁹ patí,³⁰ armado,³¹ raya,³² erizo,³³ muchas tortugas del agua,³⁴ bagres,³⁵ etcétera.

El dorado es muy abundante en los más de los afluentes del Paraná: son muy grandes y algunos de ellos pesan hasta veinte y veinticinco libras cada uno; la carne es blanca y firme, y la cabeza la parte más estimada.

El pacú es el mejor y más sabroso de todos los pescados de este río, y sabe muy bien al paladar: es grueso y ancho, parecido al rodaballo, de un color oscuro mate con viso amarillento; el ancho será como dos tercios de largo; las escamas son diminutas y la cabeza pequeña en proporción al cuerpo: este pez es muy estimado, pero rara vez se lo pesca no siendo en la primavera y verano. Si se sala con cuidado puede conservarse por pocos meses; pero más no, porque como es muy gordo se pone rancio. Para mí, se parece algo a nuestra tenca, pero mucho más grande.

Otro pez muy estimado es la corvina, que sólo se encuentra cerca de la boca del Río de la Plata en la reunión de las aguas dulces y saladas. Es del tamaño de un bacalao mediano y se parece en su forma a nuestra carpa; las espinas son grandes y gruesas, y anchas las escamas. Es un buen pescado, ya sea fresco, ya salado, ya oreado. En la estación propicia se pesca en grandes cantidades, con an-

²⁸ *Manguruyú pseudopimelodus rumigaro* Humb.

²⁹ *Pseudoplatystoma coruscans* Ag.

³⁰ *Luciopimelodus pati* Val.

³¹ *Doras maculatus* Val.

³² *Potamotrygon* sp.

³³ Erizo de agua, especie *doras* o *rhinodoras*.

³⁴ *Hydraspis Hilarii* D. et B.

³⁵ *Rhandia* sp.

zuelo, cerca de Maldonado y Montevideo, que se expenden en Buenos Aires, Córdoba, etcétera.

El salmón no se parece en nada al nuestro; es seco, de mal gusto y no tiene aceptación.

El pejerrey, como lo llaman los españoles, es una especie de *smelt or sparling*, que en color, forma y sabor se parece a los nuestros, aunque la cabeza de éste sea muy grande y la boca muy ancha: en tamaño son como el escombro;³⁶ no se encuentran en el agua salada, pero abundan en el Río de la Plata. En el tiempo en que el Paraná aumenta sus aguas, que es en el mes de julio, suben por ese río en cardumen inmenso hasta más arriba de Santa Fe, para desovar en los ríos menores que desaguan en el Paraná. Los pescadores los cogen con anzuelos en grandes cantidades, los abren, secan y venden en las ciudades circunvecinas: saben muy bien, y la carne es blanca sin gordura alguna; estando frescos son un manjar muy apetecido. Hay que secarlos sin sal, porque ésta los consume en seguida; si les toca lluvia o humedad cuando los ponen a secar, se pudren al momento. Son tan apreciados como el pacú y la corvina.

La lisa,³⁷ en su forma, tamaño y sabor, se parece al escombro, pero muy inferior en su color, sin la cintura en el arranque de la cola, y de escamas más grandes. Este pez no pasa aguas arriba del Río de la Plata, en cuya desembocadura se encuentra en enorme cardumen cuando las mareas repuntan. Con la luna nueva y la luna llena entran al riachuelo Saladillo en tales cantidades que en una sola noche con dos o tres pasadas con la red barredera yo y mis compañeros nos proporcionábamos el pescado suficiente para toda la cuaresma.

³⁶ Escombro, *Scomber scomber* L. (nombre vulgar: Maquereau).

³⁷ *Mugil brasiliensis* Ag.

El sábalo³⁸ y la boga³⁹ se parecen a la carpa nuestra; en el Paraná y Río de la Plata pesan de tres a cuatro libras. Todos los ríos de estas provincias producen grandes cantidades de pescado, así que se vende a ínfimo precio, y la gente del país prepara gran provisión de ellos salados o secados al sol. Para comer estos pescados debe uno cuidarse mucho, porque tienen espinas muy menudas. La boga fresca se considera mejor que el sábalo, aunque aquélla sea más grande y más ancha. El modo de pescarlos es con red.

El dentado,⁴⁰ que así se llama porque tiene unos dientes muy largos y agudos, es algo inferior al último nombrado: por lo general pesará como libra y media, pero, no obstante saber bien poco se come, porque está lleno de unas espinas muy peligrosas: es el pescado más espinudo que jamás haya visto yo.

Fuera de todos éstos hay un pescado pequeño, ancho y chato, llamado palometa;⁴¹ es espinudo, pero sabe bien: tiene unas aletas muy feas y afiladas con las que hierre a los incautos que lo manosean. La herida que estas aletas infieren es muy dolorosa, arde, se encona e inflama a tal grado que muchas veces produce fiebre, convulsiones y tétano así que hasta acaba a veces por matar.

Peces sin escamas

El mangrullo es el pez más grande que se saca de este río; algunos hay que pesan un quintal⁴² y miden dos yardas

³⁸ Sábalo. *Prochilodus platensis* Holmb.

³⁹ *Leporinus obtusidens* Val.

⁴⁰ *Rhaeoboides (bobariensis* Stud?).

⁴¹ Palometa, *Pygocentrus piraya* (Cuv.).

⁴² Mangrullo: Manguruyú, *Pseudopimelodus zunigaro* Humb.

de largo. El pellejo es liso, color ceniza, medio amarillento, cabeza huesuda, encías ásperas y tragadero amplio. La carne es de un rojo claro y muy sólida; en el agua tiene mucha fuerza y gran peso y la línea ha de ser fuerte y firme, que resista, para poderlo capturar.

El zurubí⁴³ en su tamaño es el que se sigue del mangrullo, al que es poco inferior; la cabeza ocupa más o menos la tercera parte de todo el largo, y no tiene más que hueso; la boca es muy ancha y chata y amplísimo el tragadero; el pellejo es liso, de un color cenizo blanquizco, overo como el tigre con manchas negras, grandes y redondas: la carne es blanca, sana, sólida, y sabe bien; es de lejos el mejor de todos estos peces sin escamas.

El patí⁴⁴ no es mucho menor en tamaño que el anterior, pero su cabeza es más pequeña, más carnudo, el tragadero más angosto: el color de este pescado es el del mangrullo, su carne de un blanco amarillento, y para la mesa iguala al zurubí.

El armado⁴⁵ es un pez de cuerpo grueso, corto y de mucha fuerza, con el lomo, costado y aletas armado todo de fuertes y agudas púas; cuando lo cogen se le oye gruñir y trata de herir a los que lo rodean, razón por la cual conviene darle en la cabeza con un garrote para poder acercársele sin peligro. Este pescado, por lo general, pesa de cuatro a seis libras; la carne es blanca, firme y sólida.

Las rayas⁴⁶ son tan abundantes en el Paraná, que los bancos de arena casi a flor de agua están del todo cubiertos con estos peces: tienen forma ovalada y casi tres cuartos de yarda de largo; el lomo es de color oscuro y la

⁴³ Zurubí, *Pseudoplatystoma coruscans* Humb.

⁴⁴ Patí, *Luciopimelodus pati* Val.

⁴⁵ Armado, *Doras maculatus* Val.

⁴⁶ Raya, *Potamotrygon*. Las hay de varias especies.

barriga blanca. Son aplastadas como las nuestras y la boca está en medio de la barriga, que casi puede reputarse como la parte principal de este pez; las orillas que la rodean son tan angostas, que no pasan de tres pulgadas de ancho, siendo mucho más delgadas que las propias de las nuestras; por lo tanto, como que es la única parte comible, poco caso se hace de este pescado. La cola es larga y angosta; a la raíz de la misma y pegada al lomo nace una púa afilada y puntiaguda, con dos filos ásperos como de un serrucho de diente fino, y con ésta hiere a los que se le acercan o la pisan.

Las heridas ocasionadas por estas púas a veces suelen tener consecuencias fatales; porque acontece que la púa se troncha y queda en la herida, así que no se puede extraer sin hacer cortes, cosa que no es tan fácil entre los tendones de esa parte del pie. La herida se hace en extremo dolorosa, sobreviene fiebre con convulsiones y acaba por sobrevenir el tétano, que produce la muerte.

El erizo⁴⁷ se parece mucho al armado, pero no tan grande; a más de estar provisto con las mismas púas tiene un pellejo muy áspero cubierto de puntas cortas y muy agudas: la carne no sabe tan bien como la del armado.

La vieja⁴⁸ se parece no sólo al armado, sino también al erizo: está armada de espinas, pero que ni son tantas ni tan fuertes como las de los susodichos pescados. El pellejo, que es de un color gris abigarrado, parece como si estuviese lleno de arrugas, gruñe como el armado cuando lo pescan y su carne sabe bien: rara vez alcanzan a dos libras en el peso, y en los ríos y arroyuelos ni a eso, pues no pasan de media libra.

⁴⁷ Erizo, éste es de identificación dudosa.

⁴⁸ Vieja, *Loricaria vetula* (Val.).

Los bagres,⁴⁹ en todo sentido menos en el de su tamaño, son como los patíes; rara vez alcanzan a pesar libra y media, y por lo general mucho menos. Tienen una púa fuerte y aguda en cada una de las aletas de la cabeza, así que hay que guardarse bien al manosearlos después de pescados, porque viven largo tiempo fuera del agua. La carne es blanda, pero sabe bien. Los pescan con red o con anzuelo.

Aquí me toca hacer relación de un animal anfibio muy curioso, que habita las aguas del río Paraná, cuya descripción aún no se conoce en Europa y que ni ha sido nombrado por los autores que han escrito relaciones de estos países. Lo que aquí se apunta lo supe de boca de los indios y de los españoles que han desempeñado cargos en este río, y entre todos ellos había conformidad en sus relaciones: a más de esto, yo en persona, que pasé unos cuatro años cerca de las orillas del mismo, vi uno muy a la ligera; así que no me queda duda alguna acerca de la existencia real de un animal como éste.

En mi primer viaje aguas arriba del Paraná, el año 1752, con el objeto de cortar madera, cuando me hallaba cerca del borde, gritaron los indios: *Yaguarú*, y al dirigir yo la mirada vi un animal descomunal, en el mismo instante que se largaba del borde al río; mas no me alcanzó el tiempo para poder examinarlo con detención.

Se llama yaguarú o yaguaruigh, que en la lengua de la tierra significa tigre del agua. Los indios dicen que es tan grande como un burro, y en su forma se parece a un lobo del río o nutria descomunal, con garras afiladas y colmillos de gran fuerza; las patas, cortas y gruesas; cerda larga y áspera, y la cola, larga, de mayor a menor.

⁴⁹ Bagre, *Rhamdia sapo* (Val.), una de tantas especies.

Los españoles lo pintan de otra manera, en parte; dicen que tiene cabeza larga, nariz afilada, como la de un lobo, y orejas paradas y duras. Esta diferencia en el modo de describirlo puede resultar del hecho de su rareza, y de que cuando se alcanza a ver desaparece en seguida: puede acaecer también que dos sean las especies de este animal. Para mí esta segunda relación es la más auténtica, porque la obtuve de personas que me merecen fe, y que me aseguraron haber visto este tigre del agua en varias ocasiones. Siempre lo encuentran en las inmediaciones del río, echado sobre el borde, desde donde al menor ruido en seguida se lanza al agua.

Perjudica mucho al ganado que pasa de una banda a la otra del Paraná; son muchas las haciendas que lo hacen anualmente, y sucede que la tal bestia aprovecha de alguna de las reses: una vez que se haya asido de la presa desaparece, y los pulmones y entrañas en seguida se ve que flotan sobre el agua.

Vive en la parte más honda, muy particularmente en los remolinos producidos por la confluencia de dos corrientes, y duerme en las cavernas profundas que suele haber en las barrancas del río.

Puertos en el Río de la Plata

Los puertos para embarcaciones que hay en este río son: Buenos Aires, la Colonia del Sacramento, la bahía de Barragán, la ensenada de Montevideo y el puerto de Maldonado: muchos otros hay, como para naves menores, principalmente en las bocas de los varios ríos que en él desaguan.

Buenos Aires (si hemos de hablar la verdad) no tiene puerto, y sólo sí un río abierto, expuesto a todos los

vientos; y tanto más es así, desde que la poca agua en la costa obliga a las embarcaciones a fondear a tres leguas de la tierra. Los vientos en este lugar, sobre todo si corren del sur, son muy violentos; y las naves se ven obligadas a proveerse de fuertes cables y anclas como para tal surgidero.

El puerto de la Colonia del Sacramento le lleva alguna ventaja, por el amparo que le proporciona la isla de San Gabriel y la tierra que es más elevada, como también porque las naves pueden acercarse más a la costa; no obstante todo esto, es demasiado abierto y expuesto a los vientos, y no faltan peñascos y bajíos, y para poder entrar con seguridad hay que valerse de un práctico.

La bahía de Barragán, que se halla a doce leguas al sudeste de Buenos Aires, también es anchurosa y muy abierta, y la tierra que la rodea muy baja, mientras que los navíos de mayor calado sólo pueden llegar a unas tres leguas de la costa. La única protección con que cuentan (s tal nombre les corresponde) son unos bancos sumergidos que rompen la fuerza de la marejada, pero que a la vez sirven de estorbo serio para la entrada y salida; en los grandes temporales no impide que las naves corten las amarras y naufraguen sobre ellos.

Montevideo es el mejor, y para el caso el único puerto bueno de este río. Parece que los españoles se han hecho cargo de la importancia de este lugar, por el mucho empeño que han manifestado en fortificarlo; pues es plaza mucho más fuerte que la de Buenos Aires.

La entrada a este puerto es angosta y pasa por un estrecho entre dos puntas de la tierra.⁵⁰ Hacia la parte del

⁵⁰ A fines del siglo pasado (XIX) se emprendió el trabajo de mejorar el puerto natural, que hoy es ya otra cosa, con grandes ventajas para la navegación del Río de la Plata.

oeste se levanta un cerro que se divisa desde doce leguas, y aun desde dieciséis, y es el que da nombre a este lugar.

Las proximidades del cabo del oeste son peligrosas, en razón de los peñascos que las aguas cubren; pero la entrada por el lado del este es más honda y más segura. Más allá de la punta del oeste hay una batería cuadrada levantada en la misma orilla del agua; cuando yo la vi era sólo de piedra y barro, mas después, según yo creo, la han vuelto a rehacer en cal. La bahía desde la entrada tiene una legua y media de fondo y es casi redonda: dentro de ella, hacia la parte del este, está un islote lleno de conejos al que los españoles dan el nombre de la isla de los Conejos.⁵¹ La tierra que rodea el puerto es tan elevada que no hay tormenta que lo afecte⁵² (y eso que son formidables las que corren por este río), pues el agua se conserva siempre calma como en un charco,⁵³ y hay agua como para naves de superior calado.⁵⁴ Una de éstas vi yo aquí que antes perteneciera a los Estados de Holanda (y que a la sazón era propiedad del marqués de Casa Madrid), había tomado puerto para descargar. El fondo es de fango puro.

Atrás de la batería se halla la pequeña ciudad de Montevideo, que ocupa toda esa parte del promontorio que forma la punta oriental de la bahía. Las fortificaciones siguen al norte y son un trabajo ajustado a las reglas modernas de la arquitectura militar, a saber, una línea ti-

⁵¹ En el siglo XIX llevaba otro más disonante: isla de Ratas.

⁵² No tal; los pamperos y sudestadas en el siglo pasado han sido causa de muchos siniestros marítimos: el *Gorgon*, buque de guerra inglés, en la quinta década del siglo pasado, se fue a la playa entre el Miguelete y Arroyo Seco.

⁵³ Sería cierto en el siglo XVIII, pero es otra cosa en el XIX.

⁵⁴ Pero del siglo XVIII.

rada de mar a mar, desde el fondo de la ensenada hasta dar con el río principal, encerrando así todo el promontorio; un cubo o baluarte en el medio que da frente al campo y está bien provisto de artillería; y un castillo bastante fuerte con cuartel para los soldados, todo de bóveda. Hacia la ciudad sólo se extiende la muralla con zanja a uno y otro lado. Este lugar tiene su gobernador y una guarnición de cuatrocientos a quinientos hombres, gente veterana.

El otro costado de la bahía carece en absoluto de toda fortificación, y sobre el alto cerro no se ha levantado ni siquiera una triste atalaya, no obstante que ese cerro, ocupado por un enemigo, podría molestar, y mucho, a la batería, ciudad y guarnición por causa de su mucha altura, no obstante que median unas cuatro o cinco millas entre una y otras.

El último puerto es el de Maldonado. Es una ensenada abierta del lado norte de la entrada al Plata, protegida del viento sudoeste por una pequeña isla que lleva el mismo nombre.⁵⁵ Los españoles tienen aquí una pequeña fortaleza guardada por un destacamento de soldados. Es cuanto conozco de este puerto, que jamás he visitado.

La banda septentrional del Río de la Plata es tierra muy accidentada con cerrilladas bastante altas, y hasta cordones de montañas; la riegan muchos ríos y arroyos, de los que algunos son muy considerables; los más grandes de éstos son: el Santa Lucía, el Uruguay y el río Negro, que desagua en el Uruguay como a las diez leguas de su embocadura. Es país muy fértil, produce toda clase de cereales, si se cultiva como es debido, y abundan en él muchas clases de excelentes maderas. Todos los ríos y arroyos son de agua dulce. Allí están pobladas muchas

⁵⁵ Llámase isla de Gorriti.

estancias de españoles; pero el interior, al norte de Montevideo, se halla en poder de los infieles Minuanes.⁵⁶

Los Charonas⁵⁷ y Garoes⁵⁸ son dos naciones que en otro tiempo fueron muy numerosas, pero que han sido completamente destruidas por los españoles.⁵⁹ En este territorio hubo antiguamente una cantidad inmensa de ganado manso y alzado; y aquí aumentan más que en la banda austral del Río de la Plata. Aun hoy hay grandes majadas de ovejas y rodeos de ganado vacuno, pero poco caballar. Cerca de Montevideo se halla mucha cantidad de contrahierba, y podrían darse allí todos los productos de la Europa.

El territorio español tiene por límite hacia la parte del norte el río Grande, que lo separa de las poblaciones portuguesas en el Brasil.

⁵⁶ Interesante dato etnográfico, que confirma lo conocido de esta región.

⁵⁷ Charonas por *Charrúas*.

⁵⁸ Garoes por *Yaroes*.

⁵⁹ En cuanto a los Charrúas, esto sucedió recién en la primera mitad del siglo XIX y durante las campañas de Frutos y Bernabé Rivera.

III

SIGUE LA DESCRIPCIÓN DEL PAÍS DE LOS INDIOS, CON SUS VALLES, SERRANÍAS, RÍOS, ETC.; TIERRA DEL FUEGO E ISLAS MALVINAS

Al sur del pueblo de la Concepción (en la banda austral del Río de la Plata) está el cerro de las Víboras, y allí se divisan dos bosques casi redondos, muy tupidos, separados por un espacio. Unas cuatro leguas al sur de éste está el monte del Tordillo, que consta de muchas islas de monte de mayor o menor extensión, todas ellas situadas sobre lomas rodeadas de depresiones; los árboles son los mismos que se ven en los bosques del Saladillo. Toda esta parte es llana, de pastos altos y aguachentos (*watery*), de muchos armadillos, venados, avestruces y caballadas alzadas; en los bosques hay tigres y leones. Algunos de estos montes se acercan hasta las dos leguas de la costa del mar, la que es muy baja y tan pantanosa que no da paso, y estos fangales tienen como una milla de ancho y son muy profundos.

En todo el espacio que se interpone desde el Saladillo hasta las primeras montañas no corre ni río ni arroyo, ni más agua que la que se reúne en las lagunas cuando llueve; y en épocas de seca estas mismas se agotan.

Como a 15 o 20 leguas esteseudeste o al sudeste de los bosques o montes del Tordillo, está el gran promon-

torio o cabo de San Antonio, que forma la punta austral del Río de la Plata. Este cabo es redondo y no puntiagudo, como lo suelen pintar en los mapas; forma parte de una península, cuya entrada hacia la parte del oeste pasa por una canaleta o laguna ancha y muy pantanosa que le entra del mar o del agua salada del Río de la Plata. En su mayor parte consta de arcilla con algo de tierra vegetal y en el invierno lo riegan varios arroyuelos de aguas salobres, que en el verano por lo general desaparecen. Ni los pastaderos son tan buenos, ni los pastos tan crecidos como los del Tordillo y Saladillo. Del lado del sur del promontorio le entra un brazo del océano que le queda al oeste y forma una bahía que termina en laguna. Ignórase si esta bahía puede servir de puerto, porque en ella no se han practicado sondajes, y las embarcaciones se apartan lo más posible del cabo, temerosas de los grandes bancos de arena a que dan el nombre de Arenas Gordas. He alcanzado a dar la vuelta a parte de estas lagunas, y he vadeado los canales que comunican a otras de ellas con la bahía, no sin gran peligro, no sólo de pantanos, sino también y muy especialmente de los tigres que allí abundan como no he visto en otra parte alguna. Los bordes de estas lagunas están muy poblados de islas de talas y saúcos que sirven de guarida a estos feroces animales, cuyo principal alimento es el pescado.

A la parte de la costa se extienden tres bordes de arena: el más inmediato al mar es muy alto y suelto y se mueve con los vientos; a la distancia tiene toda la apariencia de una cerrillada. El que se sigue de éste dista de él como media milla y no tiene la misma elevación. El tercero está más lejos, y es muy largo y angosto, pues la arena no alcanza a dos pies de alto. El suelo entre estos bordes de arena es del todo estéril y no produce vegetación de ninguna clase. Esta península está llena de caballadas alza-

das, que se supone hayan entrado allí de los campos vecinos, quedando encerradas por no poder hallar la salida; razón por la cual es muy frecuentado aquel lugar por partidas de indios cazadores. Este pequeño territorio llámase por los españoles el Rincón del Tuyú, por llamarse así toda aquella región hasta las cuarenta leguas hacia el oeste. Tuyú, en lengua de indios guaraníes, quiere decir barro o arcilla, de que se compone el suelo de todo aquel país y sigue hacia el sur hasta unas diez leguas antes de llegar a las primeras montañas.

Los bordes de arena ya citados llegan hasta las tres leguas del cabo de Lobos: al oeste tienen unos bajos pantanosos de más de dos leguas de ancho, que se extienden a lo largo de la costa hasta llegar a los altos del Tuyú, que empiezan no muy lejos de los bosques del Tordillo. En esta región hay muchas cuchillitas que corren de este a oeste y en distancias de dos o tres leguas unas de otras. Por lo general son dobles y al pie de cada una de ellas tienen una laguna de una, dos y hasta tres millas de largo, de las que las más conocidas son: la Brava, Palantalen, Lobos, Cerrillos, etc. Estos cerrillos, por lo general, se presentan con barrancas altas hacia la parte de las lagunas, que sin contar con arroyos ni ríos, ni manantiales que las surtan, rara vez carecen de agua, no siendo en épocas de seca extraordinaria.

Los españoles los llaman los Cerrillos, y se extienden algunos de ellos hasta el otro lado del Saladillo.

En esta región, en ciertas estaciones del año, hormigean innumerables manadas de caballos alzados, razón por la cual los Tehuelhets, Chechehets, y a veces todas las tribus de los Puelches¹ y Moluches, se reúnen allí para ha-

¹ Obsérvese aquí cómo el autor distingue entre los Moluches o Araucanos y los demás indios de la Pampa.

cerse de provisiones. Se extienden con sus tolditos portátiles por todos aquellos cerrillos ya citados, hacen sus correrías diarias hasta llenar sus necesidades, volviéndose en seguida a sus respectivas tierras.

Cerca de la orilla del mar y muy inmediata a los bordes de arena, está una gran laguna a que dan el nombre de Mar Chiquita; dista como cinco leguas del cabo de Lobos y tendrá otras tantas de largo, aunque su ancho no pasa de dos a tres millas: es de agua salobre y se comunica con el mar por un río que atraviesa los bordes de arena. Hay también tres o cuatro arroyuelos que nacen de la falda boreal de los cerros del Vuulcan y Tandil, y que al cruzar la llanura de oeste a este forman esteros y ciénagas, que desaguan en esta laguna. Estos ríos son de agua dulce, y en ellos hay algunos bagres y muchas nutrias, como ya se dijo: el más importante es el que nace en el Tandil y descarga sus aguas en el extremo norte de la laguna.

Al norte de estos ríos el piso mejora mucho, el pasto es alto y muy verde y así continúa hasta el pie de los cerros; pero faltan los bosques, aun los árboles aislados. Los cerros, y eso que no son muy elevados, se ven en día claro desde las veinte leguas, por causa de que los campos intermedios son llanos y a nivel.

Los cerros estos no forman un solo cordón sistemático sino que se presentan ya aislados, ya separados por anchurosos y amenos valles que los entrecortan: empiezan a levantarse como a las seis leguas de la costa y se extienden hasta las cuarenta leguas más o menos hacia la parte del oeste, elevándose de la parte llana muy ex abrupto, pero cubiertos de pasto hasta unas diez yardas de la cumbre, en que asoman las piedras en gran cantidad y allí yacen como si fuese muralla que cerca la montaña, menos por la parte por donde baja en plano inclinado. Este declive corre formando altos y bajos con arroyuelos

que se juntan al pie y acaban haciéndose un solo río. En la cima se extiende una vasta campaña llena de peñascos, cañadones y lomadas; arroyos profundos corren a través de los frecuentes portezuelos que separan las lomadas de menor altura; hay también pequeñas islas de un monte espinudo, muy apto para leña. Este género de paisaje suele ser de dos a tres leguas de largo y una de ancho y a veces más, muy especialmente por el costado donde está la bajada en declive.

Al pie de estos cerros nacen muchos manantiales que se dejan caer a valles y forman allí arroyos. Los senderos de subida son muy pocos y muy estrechos, los indios los cierran para asegurar los caballos baguales, etc., que reúnen en el Tuyú y largan en la cumbre, de donde no hay más salida que por estos senderos, cerrados los cuales quedan aquéllos como en corral.

Medianero entre estos montes se extiende un espacio como de dos a tres leguas de ancho de un campo llano y nivelado, sin perjuicio de algunas pequeñas elevaciones, regadas por riachos que o corren por el centro o las rodean. Éstos nacen de los manantiales en las montañas. Los valles son fertilísimos, la tierra es negra y profunda, sin arcilla, y siempre está cubierta de tan buen pasto y en tal abundancia, que las haciendas que por allí pastan engordan en muy poco tiempo: por lo general, estos valles están casi encerrados por las montañas en un extremo, o por algún morro que se levanta en el medio, pero se abren hacia el norte o noroeste y desde esa elevación presentan a la vista un hermoso y ameno paisaje hasta muy lejos, puesto que todos estos valles, que encierran los montes, se hallan a mayor elevación que las llanuras de la parte del norte. En toda la región de Buenos Aires no he visto otra tierra que más se preste al aprovechamiento. El único inconveniente que podría

objetarse es el de la escasez de madera apta para la construcción de casas; esta falta empero, podría remediarse en pocos años y sin mucho trabajo y con más razón desde que no faltan materiales para construcciones provisorias con techos de juncos, que podrían suplir esa falta, hasta poderse agenciar algo mejor.

Los arroyos o riachos, que bajan de los cerros a veces desaguan en lagunas o sirven para formarlas, algunas de éstas alcanzan a medir más de una legua de largo. Una hay que tiene forma ovalada y alcanza de un cerro a otro, y cuando sopla temporal se pone muy agitada. Otra hay que se llama la laguna de las Cabrillas, y se parece a la cifra 7, es tan larga, pero no tan ancha, como la anterior. En esta laguna abundan los patos de varios colores y clases, y son algunos de ellos casi como gansos; en una punta de la laguna vi tal cantidad de estos patos reunidos, que no se alcanzaba a distinguir cuál era el agua, no obstante que la anchura era considerable. De un lado de la laguna se levanta una cerrillada y del otro lado una barranca alta y accidentada. En una de las puntas le entra un riacho que baja de los cerros, mas como carece de salida o desagüe visible, corre subterráneamente y vuelve a reaparecer a distancia de una legua entre la laguna y la costa.

Esa parte de las montañas que cae al naciente y se halla más inmediata al mar, llámase por los españoles del *Volcán*, por error o corruptela del nombre indio Vuulcan o Voolcan; porque existe un abra para la parte del sur y la palabra Vuulcan en la lengua de los Moluches² significa esto mismo: un abra. Volcanes no hay, pero la voz castellana hace creer que los hubiese en la tierra aquella. La parte del medio llámase Tandil, y deriva su nombre de un cerro que se levanta a mayor altura que los demás. La últi-

² Es decir, en araucano. (N. de los E., 1957)

ma punta de este cordón de cerros, hacia la parte del oeste, se designa con el nombre de Cayru.

Al este del Vuulcan, hacia el océano, el campo es accidentado por unas dos leguas, después de las cuales corre llano con arroyuelos y aguadas. Hay algunos bosques espesos y hasta casi impenetrables, no sólo en los altos, sino también en los bajos, y abundan los saúcos, que aquí alcanzan mucho cuerpo y se elevan hasta seis y siete yardas. El fruto se parece al nuestro y sabe bien, pues es de un agridulce muy agradable al paladar. En otras provincias, las de más al norte, como, por ejemplo, Buenos Aires, Córdoba, etc., este fruto es de un gusto amargo, nauseabundo, y es un árbol que no se cría tanto. Cerca de la costa, como a tres millas del mar, hay una zona más elevada, que sigue la línea de la costa por unas cuatro leguas y es muy fértil, con excelentes pastos, de muy buen engorde para las haciendas.

Cerca de la playa, por este punto, se encuentran dos lomas pequeñas y redondas, que llaman cerros de los Lobos. La playa misma consta de rocas escarpadas y peñones grandes. Abundan aquí grandes majadas de lobos y leones marinos (de aquellos que describe lord Anson en su viaje), que duermen sobre las rocas y en las grandes cavernas crían sus cachorros. En los bosques hay muchos leones, pero pocos tigres.

Más abajo, hacia el sur, hasta llegar a la boca del río Colorado, o Primer Desaguadero, consta la costa toda de barrancas a pique, y de una altura tal que causan vértigo al que se asoma por ellas; pero éstas terminan en médanos y bancos de arena. A lo largo de toda esta costa corren muchos arroyuelos y riachos, que entran en el mar después de atravesar la llanura que se extiende desde las ceñilladas ya nombradas.

La tierra toda entre las primeras montañas y el Ca-

suhati es una extensa llanura, que los indios, por lo general, cruzan en cuatro días, cuando marchan sin toldos.

Los Chechehets que viajan al río Colorado, van directamente al Vuulcan, aproximándose más hacia la costa, y pasan entre el Casuhati y el mar, unas 15 leguas al este de aquel cerro, y otras tantas al oeste del mar; porque así evitan un gran desierto medanoso, que llaman Huecuvu Mapu o el *País del Diablo*, en que podrían perecer ellos y sus familias si llegase a levantarse una tempestad de viento y los tomase en la travesía.

El Casuhati³ es el comienzo de una gran cadena de montañas que forman una especie de triángulo, siendo aquél uno de sus vértices; de aquí parte uno de los costados de dicho triángulo y llega hasta la cordillera de Chile, mientras que el otro alcanza hasta el estrecho de Magallanes sin perjuicios de que por trechos se interrumpa por valles y cadenas continuas de montañas que corren de norte a sur con sus muchas sinuosidades. La parte que forma el Casuhati es de lejos la más elevada. En el centro de ciertas cerrilladas que no tienen la misma altura se yergue un excelso monte; rivaliza con la cordillera, siempre está cubierto de nieve; y rara vez se atreve un indio a treparlo. De este monte elevado deriva su nombre toda aquella región; porque Casu, en lengua de Puel,⁴ significa cerro o montaña, y Hati, alto. Los Moluches lo llaman Vuta Calel o Bulto Grande. Hay riachos y arroyos que se descuelgan de la parte austral de esta montaña a través de profundas quebradas cubiertas de sauzales, de que se sirven los indios para encerrar sus haciendas: después de co-

³ Sierra de la Ventana.

⁴ Aquí no especifica Falkner la "lengua de Puel" a qué se refiere. Pero es poco menos que seguro que se trata de la lengua de los antiguos *Pampas*. (N. de los E., 1957)

rrer por alguna distancia más hacia el sur, se juntan formando así un pequeño río, que, después de correr hacia el sudeste le entra al Hueyque Leuvu o riacho de los Sauces, a cierta distancia de la desembocadura de éste.⁵ Los cerros del Casuhati, después de correr unas tres o cuatro leguas hacia el oeste, presentan un abra de como 300 yardas de ancho, que tienen que pasar los que toman por este camino, dejando el que gira entre el Casuhati y el río Colorado: llámase ésta el Guamini que tiene cerros muy altos a uno y otro lado. Todo el país que rodea a estos cerros es abierto y ameno con muchos pastaderos. Los excelentes encerraderos que los cerros y arroyos proporcionan para seguridad de las haciendas, y la mucha caza de las llanuras, hacia el oeste, son causa de que siempre se halla aquella región habitada por diferentes naciones de indios, que se suceden unas a otras por la ley del más fuerte, como que las débiles siempre se ven obligadas a desalojar.

Al oeste del vasto territorio del Tuyú hasta que se llega a los bosques que van a dar al Casuhati está la tierra de los Dihuihets, que lindan por el sur con estos bosques; por el norte, con los Taluhets y la jurisdicción de Córdoba, y por el oeste, con los Pehuenches. Esta parte de la tierra que cae hacia el oriente es despejada y llana, con escasos bosques, islas de montes; sin embargo, en partes se halla expuesta a inundaciones frecuentes, debidas a las abundantes lluvias y a los desbordes de las extensas lagunas; algunas de éstas, que se hallan hacia el oeste y sur de la tierra, producen una sal tan fina y cristalina como la de San Lúcar. Los españoles de Buenos Aires viajan todos los años a estas lagunas, con escolta armada que defienda sus

⁵ El "riacho" de referencia ha de ser el Sauce Grande. Aunque es bueno recordar que éste desagua directamente en el mar. (N. de los E., 1957)

personas y hacienda de los indios, y pueden cargar de 200 a 300 carretas con esta mercancía tan indispensable. La distancia que media entre Buenos Aires y estas salinas es como de 150 leguas. Son muy extensas y muy anchas, y algunas de ellas rodeadas de bosques hasta una distancia considerable. Los bordes se presentan blanqueando de sal, y ésta no necesita más preparación que la de ser extendida al sol para que se seque.

Más al poniente corre un río en medio de barrancas muy altas y escarpadas, razón por la que los españoles le llaman río de las Barrancas; pero para los indios es el Hueyque Leuvu o río de los Sauces, por los muchos de estos árboles que crecen en sus orillas.⁶ Este río es bastante grande, pero muy inferior a los ríos Colorado y Negro. Por lo general es de poca agua y vadeable; sin embargo, suele crecer mucho en tiempo de lluvias y de deshielos. Nace en la llanura que se interpone entre las montañas de Achala, Yacanto y el Primer Desaguadero o río Colorado, y tiene su origen en un gran número de riachos que se descuelgan de esos cerros; corre desde allí con rumbo al sur y al sudeste hasta que pasa a unas doce o catorce leguas al este del Casuhati y desagua en el océano, después de su confluencia con otro riachuelo que le entra de esta montaña. Por lo que los indios me contaban, abrigo mis dudas de si este río se comunica directamente con el océano, o si no lo hace más bien con el río Colorado a corta distancia de su desembocadura. Toda esta campiña está llena de manadas alzadas, muy especialmente en la parte oriental, que es la más inmediata al Tuyú y a la Serranía.

⁶ Anda desacertado Falkner en la descripción de toda esa parte del país, que él no conoció de visu. El Hueyque Leuvu o "río del Sauce" es el río Negro. (*N. de los E.*, 1957)

Todo el campo entre Hueyque Leuvu y el río Colorado participa de la misma naturaleza, pero con mayor copia de lagunas y esteros mezclados con islas de monte.

El Primer Desaguadero, o río Colorado, es uno de los más grandes que riegan esta tierra. Deriva su origen de un gran número de arroyos que arrancan del costado occidental de la cordillera, casi a la altura de Chuapa, el pueblo más boreal de Chile: corre casi recto de norte a sur, recibe las aguas de casi todos los ríos de este lado de la cordillera, y más, la inmensa cantidad que producen los deshielos: con corriente profunda y rápida pasa como a diez leguas de San Juan y Mendoza, y en las inmediaciones de esta última ciudad recibe las aguas del gran río Tunuyán, y de otro llamado del Portillo que se le junta, para en seguida ser absorbidos en las lagunas de Guanacache.

Estas lagunas tienen fama por la cantidad de truchas que de ellas se extraen, y aún más por absorber en su seno un río tan caudaloso; porque allí parece que se pierde en una serie de cañadas y esteros; mas es el caso que a las pocas leguas vuelve a nacer y forma una infinidad de riachos, que reunidos más tarde en un solo cauce llámanlo los Picunches, Huaranca Leuvu, esto es, los Mil Ríos; ya porque sean tantos los riachos que lo componen, ya porque es tan excesivamente ancho; pues desde este punto corre ancho y playo hasta entrar en el océano. Los Pehuenches llaman a este río Cum Leuvu o río Colorado, porque tal es el color de sus bordes.

Durante el invierno, y cuando el suelo está duro con las heladas, los indios y otros transitan por esos esteros sin inconveniente alguno; pero cuando ya calienta el sol, y la nieve se derrite en la cordillera, el Desaguadero aumenta sus aguas a tal punto que produce desbordes en las lagunas y esteros, de suerte que tanto éstos como el río Colorado, se ponen intransitables, no siendo para los más

expertos nadadores, habilidad que por cierto no es propia ni de Pehuenches ni de Picunches.

Este río, desde el punto en que le entra el riacho, corre hacia el sudeste hasta llegar como a un día de camino del Segundo Desaguadero, o sea, el río Negro; desde allí dobla hacia el este clavado por unas 50 leguas hasta cerca del Casuhati, desde donde vuelve a correr hacia el sudeste, y así continúa hasta desaguar en el océano. La boca de este río forma una gran bahía o ensenada, pero de muy poca agua, porque está llena de fango y bancos de arena.

En cierto año de este siglo un navío español naufragó en la bahía Anegada de la boca del río; la tripulación se salvó en uno de los botes, y navegando por el mismo río llegó a Mendoza. Más o menos por el año 1734 aún se podían distinguir los mástiles y parte del casco; como que los vieron los españoles que por aquel tiempo hicieron una expedición tierra adentro con el mariscal de campo don Juan de San Martín, y de boca de éstos lo supe yo. Así, pues, no cabe duda alguna acerca del curso que lleva este río.

Los Tehuelhets del río Negro, como los Huilliches, cuando viajan al Casuhati, vadean este río en los dos puntos donde varía de rumbo hacia el este y sudeste. Alcanza a tener unas 150 yardas de ancho en estos lugares, pero no es tan hondo que no pueda vadearse; no siendo que haya aumento de agua con motivo de las lluvias o del deshielo de las nieves; porque cuando tal sucede se pone tan hondo que las mujeres que conducen los toldos no lo pueden pasar, y sólo se atreven los hombres que saben nadar con los caballos. Los Chechehets, cuando hacen sus viajes entre los territorios de los españoles, lo vadean cerca de su desembocadura.

Todo el país que se extiende entre este río y el río Sanquel (que desagua en el Segundo Desaguadero) está

cuajado de esteros y matorrales de ese junco espinudo, grueso y áspero, a que los Pehuenches dan el nombre de Sanquel; así que no da paso, no siendo en las inmediaciones de la misma cordillera y nacimientos del río, donde arranca de aquellas montañas.

A doce leguas al oeste del Casuhati y como a seis u ocho del Guamini corre el susodicho Hueyque Leuvu. El camino para llegar a este río consta de altos y bajos cerros pedregosos y muchos bosques. Estos bosques son tan tupidos que sólo dan paso por dos estrechas picadas, que conducen al río Colorado: la una se dirige al oeste, y la otra hacia el sur. Estos bosques se extienden unas veinte leguas río arriba del Colorado y por la parte del sur hasta el Segundo Desaguadero, pero por esta parte algo más raros; mientras que hacia el oeste alcanzan hasta el río Sanquel, más allá del cual ya se hacen menos espesos. Unas cinco o seis leguas al oeste del río Hueyque hay un gran charco salado, en medio de la selva, y otro más a las cinco o seis leguas de la primera; otros dos también existen, uno al sur y otro al norte de aquéllas, en las que hay gran copia de la mejor y más pura sal; la recogen los indios en abundancia cuando por allí viajan. Otra salina más y muy grande se halla no muy lejos de la costa entre el Primer y Segundo Desaguadero.

Del río Hueyque al Primer Desaguadero, o río Colorado, se cuentan cuatro, cuando no cinco jornadas, pero sin carga de toldos; y en esa parte por donde dobla hacia el sur, separa sus bosques espesos pero bajos. Desde allí, caminando siempre hacia el oeste por las orillas del río, dejando los bosques al norte, unas cinco o seis jornadas más, se llega a un punto donde el río entra del norte y dobla hacia el este, y por aquí se vadea. Desde aquí se camina una larga jornada recta al sur, por tierra escabrosa y llena de matorrales, sin punto posible de descanso, y des-

de aquí se divisa el río Negro, o Segundo Desaguadero; porque esos cerros son muy altos, y el río corre por un profundo y ancho valle que mide unas dos leguas de un lado al otro del río.

Este río, que es el mayor de todos los de Patagonia, desagua en el océano occidental⁷ y se nombra de diferentes modos, como ser: el Segundo Desaguadero, el Desaguadero Nahuelhuapi; los españoles lo llaman el gran río de los Sauces; algunos de los indios, el Cholehechel; los Puelches, Leuvu Camo, o el río, por antonomasia; y los Huilliches y Pehuenches, Cusu-Leuvu, esto es, río Negro. Donde se cruza del Primer al Segundo Desaguadero se llama Cholehechel.

La fuente verdadera de este río apenas si se conoce, pero es creencia general que nace no muy lejos del comienzo del río Sanquel. Muchos son los arroyos y riachos que lo forman, y al correr se oculta entre altos y escarpados peñascos, porque estrechado y encerrado se descuelga a través de un profundo y angosto cañón, hasta que por fin se larga de manifiesto con corriente ancha, honda y rápida, algo más arriba del paralelo de Valdivia cordillera por medio. A corta distancia de donde ya se deja ver le entran muchos ríos, de los que algunos son de consideración y bajan de la cordillera entrándole por lo general del lado del norte.

Un cacique Tehuel o del sur me pintó sobre una mesa unos 16 de estos ríos, con nombres todos, mas como no tenía a la mano recado de escribir, no me fue posible apuntarlos, y ya me los he olvidado. Agregó también que no tenía conocimiento de parte alguna del río, ni aun antes de las confluencias de estos ríos menores, que no fuese muy ancha y muy honda. Ignoraba cuál pudiese ser

⁷ Debió decir oriental.

su origen, pero le constaba que se hallaba hacia la parte del norte. Era él hermano del cacique Cacapol y, a lo que parecía, de más de setenta años de edad, y toda su vida se lo había pasado en las orillas de este río.

De los ríos que le entran por la banda del norte, hay uno que es grande, ancho y hondo, que sale de un enorme lago de casi 12 leguas de largo, y casi redondo, que se llama Huechun Lavquen, o sea el Lago de la Frontera. Este lago se halla a unas dos jornadas de Valdivia, y lo forman varios arroyos, manantiales y ríos que nacen de la cordillera.

A más del río que despide hacia el este y sur, y que forma parte del río grande, acaso despida otro hacia el oeste, que probablemente se comuniqué con el mar del Sur en las inmediaciones de Valdivia; mas esto no lo puedo asegurar, porque no me fue dado examinarlo con más detención.

De la parte del norte baja también otro pequeño río, que viene del pie de la cordillera, un poco más arriba, y que corre por la tierra de noroeste a sudeste: éste descarga sus aguas en el Desaguadero, como jornada y media al este de Huichin, territorio que es del cacique Cangapol: se llama Pichi Picuntu Leuvu, esto es, el río Chico del Norte, para distinguirlo del Sanquel, que también le entra al Segundo Desaguadero; porque los indios llaman a uno y otro el río del Norte. La boca de este río se halla como a cuatro o cinco jornadas de la del Sanquel.

El río Sanquel es uno de los mayores de esta tierra, y podría reputarse como otro desaguadero más de las sierras nevadas de la cordillera. Viene del norte, y gran distancia corre entre montañas por profundas quebradas y precipicios con gran aumento de su caudal por los muchos riachos que le entran. El lugar donde se deja ver por primera vez llámase el Diamante, y por eso los españoles

le han puesto el nombre de río del Diamante. A poca distancia de su nacimiento le entran varios arroyos con bastante agua que bajan del pie de la cordillera más hacia el norte; y más al sur recibe en su seno al río Lolgen: este río es tan considerable que los indios del río Negro tan luego lo llaman Sanquel Leuvu como Lolgen. Desde el primer momento que se deja ver ya corre ancho y rápido, aumentando sus aguas con la de los arroyos y riachos que le entran de las montañas, y la de los esteros que atraviesa por más de 300 millas, en línea recta de norte a sudeste hasta que le entra al Segundo Desaguadero o río Negro, por una boca muy ancha y abierta.

En la confluencia de estos dos ríos hay un remolino muy grande, lo que no quita que por allí mismo lo pasen los indios a nado con sus caballos. La corriente del Sanquel es muy fuerte en toda su extensión, muy particularmente cuando está crecido. Los bordes están cubiertos de juncos y sauces muy altos.

De la parte del sur del Desaguadero Grande o Segundo sólo le entran dos ríos de alguna consideración: a uno de ellos lo llaman los indios Lime Leuvu, y los españoles, el Desaguadero de Nahuelhuapi o Nauwelwapi. La gente de Chile aplica este mismo nombre a todo el río Grande, en lo que yerran, porque ignoran cuáles sean sus brazos, de los que éste es uno de tantos, y ni tan grande como el Sanquel, pero mucho menos que el brazo principal, aun en el momento en que se larga de la cordillera para ser visto.

Este río baja con corriente grande y fuerte desde el lago Nahuelhuapi casi recto al norte, atravesando valles y esteros, y sigue curso por unas treinta leguas, recibiendo en la travesía muchos arroyos que le entran de las cerrilladas inmediatas, hasta que se hace uno con el Segundo Desaguadero algo más abajo del otro que le baja del Hue-

chun⁸ Lavquen, o Lago de la Frontera. Los indios le han puesto el nombre de Lime Leuvu,⁹ porque en los valles y esteros por donde pasa hay mucha garrapata y sanguijuela, que en lengua de los Huilliches se llaman *lime*; y por eso a la tierra la llaman Lime Mapu, y a la gente Limeche "país y nación de la garrapata".

El lago de Nahuelhuapi es uno de los más grandes que forman las aguas de la cordillera; según lo que nos cuentan los misioneros chilenos, mide unas 15 leguas de largo. De un lado, no muy distante del borde, está una isla baja que se llama Nahuelhuapi, o isla de los Tigres; porque Nahuel significa tigre, y Huapi, isla. Se halla en medio de una gran llanura, rodeada de cerros, peñascos y montañas, de las que recibe muchos arroyos y manantiales, como también las aguas de las nieves derretidas. De la parte del sur le entra un pequeño río, que baja del país de los Chonos, es decir, la tierra firme que se halla frente a frente con Chiloé.

El otro río, que le entra al Segundo Desaguadero del lado del sur, es insignificante, y los indios lo llaman Machi Leuvu o río de los Hechiceros, sin que yo me dé cuenta por qué. Llega del país de los Huilliches y corre de sur a norte; descara sus aguas en las del río principal, un poco más abajo del Lime Leuvu.

Desde este punto el Segundo Desaguadero corre hacia el este, con un corto desvío hacia el norte al llegar a Cholehechel, donde pasa a diez o doce leguas de distancia del Primer Desaguadero; desde allí dobla para abajo, hacia el sudeste, hasta dar con el océano.

A una corta distancia aguas abajo de esta última

⁸ Huechun, fin o remate de cualquier cosa: véase Febrés *in voce*.

⁹ Actualmente, Limay. (N. de los E., 1957)

vuelta corre haciendo un rodeo o círculo, que acaba por formar una península, cuyo istmo mide unas tres millas de ancho, mientras que la península es de unas seis leguas a todos vientos, puesto que es casi redonda: llámase Potrero el rodeo de los Tehuelhets o Tehuel-Malal. El río, hasta que llega a este rodeo (o potrero), tiene cerros y montañas a uno y otro costado pero se hallan tan distantes los dos cordones, que entre ellos y el río se extienden llanuras de dos a tres millas de ancho, muy abundantes de pasto; pero nunca se labran. En otras partes el río baña el pie de las colinas. Los bordes están cubiertos de sauces, y en el río no deja de haber sus islotes aquí y allí: uno hay que es de mucha extensión, en tierras del cacique Cacapol, donde este caudillo y sus vasallos aseguran sus caballos, para que no se los roben los Pehuenches. No me consta que haya en este río salto alguno, ni que se pueda vadear: es muy rápido y las corrientes descomunales, cuando las lluvias y las nieves derretidas descargan sus aguas por la parte occidental (así) de la Cordillera; pues es el caso que comprende todas las que caen entre los 35° y 44° grados de latitud sur y la cadena de montañas tiene de largo unas 720 millas. Son tan repentinas las crecidas del río, cuyo estrepitoso ruido se oye desde muy larga distancia, que casi no les da tiempo a las chinas de desarmar los toldos y poner en salvo los aduare, ni a los indios de asegurar sus ganados cerro arriba, y eso que el oleaje baja bramando al batir contra los peñascos. Muchas son las desgracias que a veces acontecen a causa de estas grandes avenidas: se inunda todo el valle, y el descomunal torrente impetuoso arrastra toldos, ganados, y hasta mujeres y niños.

La boca del río que desagua en el océano Atlántico, según me parece, nunca ha sido explorada como se debe: se llama la bahía Sin Fondo, ignoro si porque no lo tiene,

ya por mucha, ya por poca agua (como quieren algunos), aunque yo me inclino a la primera opinión; porque me cuesta creer que un río de tanta corriente, que atraviesa más de 300 leguas desde el pie de la Cordillera, a través de peñascos y pedregales, pudiese acarrear tanta copia de arena; y aun dado el caso de haberse producido el fenómeno, imposible fuera tanta acumulación de arena en la boca, dado el poder dinámico de corriente tan veloz. Los españoles la llaman la bahía de San Matías, y la colocan a los 40 grados y 42 minutos de latitud sur: si bien en el mapa del señor D'Anville figura unos dos grados más inmediatos a la línea equinoccial. No me es posible admitir que haya tanta distancia entre el Primer y Segundo Desaguadero, en razón de que los indios aseguran que los dos ríos le entran al mar no muy lejos uno de otro; y es por esto que yo en mi mapa los meto en una distancia, de término medio. En una expedición que partió el año 1746, con el objeto de explorar la costa marítima, etc., que se extiende entre el Río de la Plata y el estrecho de Magallanes, hicieron caso omiso de la desembocadura de este río, no obstante que el capitán de navío llevaba especial encargo de poner todo cuidado en este descubrimiento; mas él se descuidó de hacer el asiento al llegar a las cercanías de esta latitud. Explicó él la tal omisión de este modo: "que su mandato se limitaba a descubrir algún puerto apto para una colonia, que se hallase, cuando no inmediata, a lo menos no muy lejos de la entrada del estrecho, y que pudiese servir para abastecer las embarcaciones que viajan al mar del Sur; que había examinado toda la costa desde el Puerto Gallegos, sin hallar punto alguno capaz de servir para una colonia por ser la tierra estéril y carecer de toda provisión de leña y agua; que había cumplido con cuanto interesaba a las alarmas del rey de España, y sus recelos de que a cualquiera de las naciones del norte de Europa

pudiese antojársele la insensatez de poblar en semejante región, en que forzosamente tendrían que perecer todos; que la bahía Sin Fondo se hallaba a tal distancia del Cabo de Hornos que de ninguna manera podría alcanzarle el límite dado en sus instrucciones; que la provisión de agua fresca que le quedaba apenas era bastante para poder llegar al Río de la Plata; y que no tenía seguridad de poderse proveer de ella en el río de los Sauces”.

Una colonia en la boca de este río sería mucho más conveniente para las naos que navegan hacia el mar del Sur, que la de Buenos Aires, porque en este puerto un navío puede estar detenido quince días, y hasta un mes, sin poder salir a causa de los vientos contrarios, y aun así sólo cuando el agua es tanta que le permita salvar los bajíos de los bancos; y salvados todos estos inconvenientes aún le queda viaje de una semana hasta ponerse a la altura de la bahía Sin Fondo siendo que en el mismo tiempo un navío podría salir de esta bahía, doblando el cabo de Hornos, y entrar en el mar del Sur.

Si a una nación cualquiera se le antojase poblar esta tierra sería asunto de tener a los españoles en continua alarma, porque desde el tal puerto se podrían despachar expediciones al mar del Sur para destruirles los puertos de aquella banda, mucho antes de que el propósito o intención pudiese llegar a conocimiento de la España, o aun de los de Buenos Aires. Más aún: hasta podría descubrirse una vía más corta por medio de la navegación del río hasta cerca de Valdivia en chatas. Muchas tropillas de los indios del río, que son los más fuertes de todas estas naciones, se enrolarían por amor al botín; y de este modo sería fácil tomar la guarnición de Valdivia, que llevaría como consecuencia lógica la caída de Valparaíso, fortaleza de mucho menos importancia: la posesión de estas dos plazas aseguraría la conquista del fértil reino de Chile.

Una colonia en este lugar sería mucho más practicable que en las islas Malvinas, o en los puertos Deseado y San Julián; porque hay cantidad de leña y agua, y campo bueno para la agricultura, capaz de sostener bien a sus pobladores. Las comodidades en el Corral de los Tehuelhets son muy grandes; porque está defendido por este río caudaloso y rápido, que le sirve de foso natural, y encierra un rincón de dieciocho millas de diámetro en tierra toda de provecho, de muchos pastos, llena de liebres,¹⁰ conejos, aves, venados, etc.; y del río se sacaría toda clase de pescado en abundancia.

Es también una consideración que no carece de peso, el que los colonos tendrían de donde proveerse de hacienda, como ser vacas, caballos, etc., en el propio lugar y muy acomodados. Podría también establecerse comercio con los indios; porque con rescates de cuentas de vidrio azul celeste, cascabeles de latón amarillo, sables anchos, puntas de lanza, hachas, se conseguiría ganado para uso de los colonos y pieles finas que embarcar para Europa. Y tan inusitada cosa es que se topen los navíos en estos mares, que todo esto se podría hacer con el mayor sigilo; así que el lugar podría poblarse y ocuparse por años, sin que se advirtiesen de ellos los españoles. Por ejemplo: los franceses se establecieron y permanecieron muchos años en aquellas islas del sur, sin que las naciones de Europa se diesen cuenta del hecho.¹¹

Los bosques de por acá constan de los mismos árboles ya descriptos, con una sola excepción, y es el árbol sagrado de los indios, que ellos nunca queman para leña.

¹⁰ Liebre, la patagónica se entiende.

¹¹ No hay duda de que todas estas consideraciones tenían forzosamente que despertar los recelos de la Corona de España. (*N. de los E.*, 1957)

Produce una resina, de la consistencia y color de la cera virgen: al quemarse emite un olor muy aromático, pero que no se parece a las gomas nuestras de uso general. Nunca vi yo este árbol, pero, a estar a lo que los indios me contaron, no pasa de ser un arbusto. He tenido en mis manos cantidades pequeñas de tal goma, que mezclada con cera servía para hacer velitas.

Toda la costa marítima, desde unas veinte leguas al sur del Segundo Desaguadero, es tierra seca y desierta, de poco pasto, sin gente ni ganado, a no ser unos pocos guanacos que suelen bajar de las faldas de los cerros que están hacia el oeste. Carece de agua en la mayor parte del año, y la que se encuentra sólo es la que se junta en lagunas después de las grandes lluvias. En aquella estación bajan los indios a la tierra para enterrar sus muertos y visitar las sepulturas, como también para hacerse de sal en la bahía de San Julián o en la costa del mar. Aquí y allí no deja de haber sus cerrillos pedregosos, y en algunos de ellos, en el puerto Deseado, se encontró una especie de metal parecido al cobre.

Del viaje realizado el año 1746, resultó que no había río alguno en toda esta costa, a pesar de que por todas partes (sobre todo en los puertos que constan en los mapas antiguos) desembarcaron los españoles y también misioneros, que viajaron por toda aquella comarca. Fue así como se convencieron del error en que habían estado, y que sin duda fue motivado por los grandes remolinos debidos al refluo en las mareas bajas.

Por lo que respecta al río Camarones, apuntado por el señor D'Anville en su mapa, y que desagua en el fondo de la bahía de San Jorge por tres bocas (y no en la bahía de Camarones, según se ve en los otros mapas), yo lo he colocado en mi mapa de acuerdo con lo que él apunta; mas cumplo con el deber de advertir que en el viaje aludi-

do no se descubrió el tal río, ni cosa parecida, aunque entramos en esta anchurosa bahía. Cierto es que la distancia que mediaba entre la nave y la costa era tal que no permitía hacer cierta clase de observaciones; pero si bien los indios hablan de un río en tierras de Chulilaco, no pude yo averiguar ni de dónde venía, ni dónde desaguaba, ni tampoco si, por ser tan insignificante, no se perdía en esos desiertos, como sucede con tantos otros ríos aun de mayor tamaño que entran en mi mapa.

En la bahía de los Leones los españoles desembarcaron sin dar con río alguno. En la bahía de Camarones nada había que llamase la atención, a no ser unos grandes peñascos que tenían toda la apariencia de una ciudad sumergida. Al fondo era esta bahía de tan poca agua en la marea baja que la fragata encalló en las piedras y tuvo que esperar que repuntase la marea para poder zarpar. En la bahía de Gallegos también desembarcaron, mas hubieron de reembarcarse antes de averiguar bien si había o no río alguno.

El territorio de los Tehuelhets y otras naciones de la Patagonia colinda con la parte occidental de esta tierra incapaz de ser poblada: según la relación de ciertos españoles, cautivos, que yo rescaté de su cautiverio entre los indios (uno de ellos hacía años que vivía allí), toda esta región consta de valles encerrados por colinas bajas y regadas por manantiales y arroyuelos, que van a morir en lagunillas o aguadas, que en verano desaparecen; de suerte que muchos de los habitantes, cuando llega la estación ya dicha, se mudan al Segundo Desaguadero con mujeres, familias, aduares y todo; algunos de los cuales alcanzan a llegar hasta el Casuhati, el Vuulcan y el Tandil.

Estos valles son muy abundantes de pastos, y tienen sus bosquecillos de buena leña. Hay muchos guanacos en esta región, y en algunos lugares se valen de estas

pieles para tapar los toldos. Hay también gran cantidad de antas,¹² cuyos cueros los Tehuelhets venden a los Puelches, para que con ellos se hagan sus armas de defensa.¹³

El anta es una especie de venado sin cuernos, cuyo cuerpo es del tamaño de un asno grande; la cabeza es larga de mayor a menor y acaba en hocico; la caja del cuerpo es muy desarrollada y anchos los hombros y ancas; las piernas y canillas son largas, y más gruesas que las de un venado, con las patas hendidas como las de éste, pero algo mayores, y la cola corta como la del venado. La fuerza de esta gran bestia es algo de admirar, como que puede llevarse a la rastra dos caballos, siendo que uno basta para dar cuenta de una vaca o de un toro. Cuando lo corren se abre camino por los montes y matorrales más espesos, derribando cuanto se le pone por delante. Ignoro que haya habido conato alguno de domesticar la tal bestia, porque de ninguna manera puede considerarse feroz, y si algún daño hace sólo será a las chacras y labranzas; podría ser de gran utilidad por su gran fuerza, si acaso pudiese reducirse al yugo.

En esta tierra faltan los caballos alzados, pero los mansos son inmejorables, y superiores, por lindos y fuertes, a todos los de la América del Sur; soportan largas jornadas, sin más mantenimiento que el que se proporcionan andando, y en cuanto a valientes y ligeros están a la par de los mejores. Hay también mucha caza menor, y con ella se mantienen por lo general los indios, que son numerosos. También se obtiene gran copia del bezoar occidental, que se saca, no sólo del estómago de los guanacos y vicuñas, sino también del anta, aunque el de estos

¹² *Tapirus americanus* Briss.

¹³ No se han podido obtener noticias modernas que confirmen lo que el autor dice acerca de la existencia de antas en esta región.

animales es más ordinario. Si se aplica en cantidad bastante, es muy eficaz para producir diaforesis.¹⁴ Casi siempre me ha resultado un pronto alivio instantáneo en casos de carraspera, desmayos, etc., siendo la dosis una dracma, o dos escrúpulos, tomados en cualquier bebida, aunque podría darse aún mayor cantidad con toda seguridad. Yo he hallado que en muchos casos es preferible a nuestros polvos testáceos y a las sustancias minerales. He tenido en mi poder algunas de estas piedras, que pesaban hasta dieciocho onzas.

Hay muchas especies de aves, como ser: tórtolas, patos, faisanes,¹⁵ perdices,¹⁶ etc., que enumero porque son comestibles, pero no porque las utilicen los indios. También hay aves de rapiña, como por ejemplo: buitres, milanos o gavilanes, lechuzas y halcones.¹⁷ Lo que sí, tan al sur como está esto, sólo en la cordillera se hallan leones y tigres.

En tierra de Huilliches, lindera con el Tehuel Mapu,¹⁸ y al sur de Valdivia, al decir de los misioneros, toda la región es muy pobre, y carece de cuanto se precisa para el sostenimiento de la vida; y por el estilo es toda la costa que se extiende desde el sur de Chile hasta el estrecho de Magallanes. La gente de la costa vive casi exclusivamente de pescado, y se distinguen con los nombres de Chonos, Poy-yus y Key-yus.¹⁹ De estas dos últimas naciones, la

¹⁴ Como médico que era el autor, hace uso de términos técnicos para decir que sirve como especie de sudorífico.

¹⁵ Sin duda se llama así a pavas del monte.

¹⁶ También de varias especies.

¹⁷ De varias especies.

¹⁸ *Tehuel Mapu*, país de los Tehuel.

¹⁹ Poy-yus y Key-yus, son indios no muy bien determinados que habitaban los archipiélagos.

que se halla más retirada de la costa, cazan a pie, y son grandes corredores, como que desde la más tierna edad se crían en ese ejercicio. En Chiloe, lo más del bastimento para los misioneros, y para la guarnición de soldados españoles, se les envía de Valdivia u otros puertos de Chile. En dicha isla está fundada una pequeña ciudad, o, mejor dicho, aldea, que se llama Castro, residencia que es de un capitán o teniente de gobernador español.

Las montañas de los Huilliches son mucho más bajas que las que caen más al norte, de suerte que dan paso en todas las estaciones del año, y también son muchos los portillos que en cualquier parte se presentan: están cubiertas de bosque y hay buena madera. Una especie de árbol se encuentra que es propio de esta tierra, y es el que los indios llaman *call lahual* y los españoles "alerce". No me pudieron dar las señas con mucha exactitud, pero sospecho que sea una especie de pino. Se distingue sobre los demás por esta particularidad, que con toda facilidad se hiende para sacar tablazón, pues por su misma naturaleza está el tronco señalado de arriba abajo con líneas rectas; así que con meterle cuñas y rajarlo se parte en tablas lisas y derechas, mejores y más afinadas que si las sacasen con sierra, y del grueso que se quiera. Según me cuentan, son estos árboles muy grandes; pero no me hallo autorizado a dar el diámetro general de ellos.

Si se trajesen plantas o semillas de este árbol a Inglaterra, es muy presumible que prosperarían bien aquí, porque este clima es tan frío como el del país en que se crían: allí se considera que es la madera más valiosa que la tierra produce, no sólo por su belleza, sino también por su duración. No está de más que aquí se haga notar que, valiéndose de los ríos Nahuelhuapi, Sanquel y Lolgen, grandes cantidades de esta madera, palos de pino, etc., podrían conducirse en forma de jangadas hasta el río

Grande de los Sauces, y de allí hasta la bahía de San Matías, con destino a la edificación, astilleros, etc.

Los Huilliches tienen a más una especie de tabaco que machacan cuando aun está verde, y lo arman en rollos cilíndricos, cortos pero gruesos. Es de color verde oscuro, y al servirse de él para pitar desarrolla un olor fuerte y desagradable que se diferencia algo del tabaco de Virginia. Muy fuerte es y al punto emborracha; así, pues, pasan la pipa de boca en boca, y cada cual hace su fumada una sola vez cada turno porque de continuar seguido, sería para perder los sentidos.

El país de los Tehuelhets, que viven más cerca del estrecho y en las riberas del mismo, como por ejemplo, los Sehuaucunnees y los Yacanacunnees es más o menos como el de los otros Tehuelhets. En la tierra adentro tienen algunos bosques altos, y un arbusto bajo que da una fruta parecida a las frutillas winberry inglesas, pero más picante: saben bien, y son aparentes para el clima aquel.

La Tierra del Fuego se compone de un número crecido de islas: las que caen al oeste son pequeñas, bajas y llenas de pantanos y esteros, que en los más de los casos no se prestan a ser habitadas por ser anegadizas; las que caen al este, empero son de mayor extensión y más elevadas, con montañas y selvas, y sus habitantes son indios de la nación Yacana-cunnee:²⁰ éstos se han comunicado frecuentemente con los franceses y españoles que allí acudían de las islas Malvinas a proveerse de madera. No me animaría a asegurar que en las islas estas de mayor tamaño haya piezas de caza que no sean aves; pero es de suponer con toda probabilidad que los indios que allí habitan no se sustentan de sólo pescado, cosa que no es tan senci-

²⁰ Indios que, como se verá después, corresponden a los que hoy se llaman Onas.

llo de procurarse en el invierno y en tierra tan helada como lo es ésta.

En el año 1765 o 1766 (pues no me acuerdo cuál era), una nave española que pasaba cargada de mercaderías para el Perú embicó en aquella costa y se hizo pedazos en la isla del Fuego, unas catorce leguas (según calculaban) de la boca del estrecho. Como se hubiese salvado la tripulación, procedieron a construir una embarcación de capacidad bastante que alcanzase para conducirlos a ellos y a todo lo que tenían hasta Buenos Aires; allí hicieron relación ante el gobernador, don Pedro de Cevallos, de cómo aquellos indios, naturales de dicha isla, eran muy mansos y hospitalarios, que los habían ayudado a bajar muchos árboles de gran peso, que habían derribado para ocuparlos en la construcción del barco; y que habían sido auxiliados por ellos en todos sentidos. Agregaron también que habían usado de mucha liberalidad para con los indios, ocupando para ello parte del cargamento que llevaban; y notaron que lo que los indios menos apreciaban era todo aquello que tenía más valor, como pedrerías, rasos, brocados, etc.; mientras que, por lo que más se interesaban era por los tejidos con que poderse abrigar; que en los primeros momentos bajaron muchos reunidos con sus armas, que eran arcos y flechas, y que su modo de hacer conocer que venían de paz, y como amigos, era el de inclinarse para tender las armas en el suelo, después de lo cual de un salto se ponían, de pie y se frotaban la barriga o le daban de golpes con las manos. El gobernador encaminó dicha relación a la corte de España, con pretensiones de plantear una colonia en dicha isla; mas era la ocasión en que Francia intrigaba con la corte de España acerca de la compra de las islas Malvinas; fracasó, pues, la iniciativa del gobernador, quien fue llamado a España.

Tamu, el cacique de los Yacana-cunnees, me infor-

mó que se valen de una como boya con que a veces cruzan el estrecho y así se comunican con los otros de su misma nación, de lo que se deduce que en este lugar hay toda comodidad de madera, agua y suelo; y si se tiene la suerte de dar con un puerto medianamente bueno, resultaría un sitio mucho más conveniente para ubicar en él alguna colonia, y más eficaz para dominar el paso al mar del Sur, que las islas Malvinas.

Las islas Malvinas son muy numerosas y algunas de ellas pequeñísimas; pero hay algunas que son de buen tamaño. Lo que de ellas contaré se deriva de las relaciones que obtuve de varios de los oficiales españoles que pasaron a recibir las islas del poder de los franceses, y condujeron allá a los españoles de Buenos Aires, como también a la vez sacaron de allí a los habitantes franceses; y no sólo de aquéllos me informé, sino también de un cabo de cañón francés que fue mi compañero de viaje desde el Río de la Plata hasta el puerto de Cádiz, quien había vivido en aquellas islas durante varios años: testigos todos irreprochables.

Estas islas son tan bajas y pantanosas, que cuando llueve no hay cómo salir de casa sin andar hasta las rodillas en el barro. Las casas se levantan de terrón, y como la humedad es tanta, se cubren por dentro y fuera de moho verde: no hay cómo quemar ladrillos, porque falta la leña. Los colonos sembraron semillas de varias clases, trigo, cebada, guisantes, frejoles, etc., pero es la tierra tan estéril que todo se va en vicio y no da fruto. Los franceses, durante años, con toda su industria no lograron cosechar más que unas cuantas lechugas, y esto gracias a que se valieron de todo el estiércol de sus animales: vacas, cerdos y caballos. La fauna propia de estas islas se limita a pingüinos (pájaros-niño) y avutardas, y éstas las únicas que son comestibles: no son gran cosa que digamos, y hay que

matarlas a bala; luego se hicieron tan ariscas que ya salían muy caras. Suele tomarse algún pescado, mas no como para llenar las necesidades de los habitantes.

Es tal la pobreza de la tierra aquella que el gobernador español de Buenos Aires tenía que costear expediciones cada tres o cuatro meses con mantenimientos para los pobladores y soldados, y sin esperanzas de recuperar lo gastado; pues no obstante que allá se han introducido cerdos, vacas y caballos en pie, es la tierra aquella tan fría, tan húmeda, tan sin reparo,²¹ que jamás aumentan;²² de suerte que estos gastos tienen que correr no más sin alivio todo el tiempo que dure el asiento.

Madera no hay,²³ ni cosa que sirva para leña, no siendo un arbustito parecido al brezo, y hasta de éste en muy corta cantidad: es por esto que los habitantes se ven obligados a mandar sus barquillos a Tierra del Fuego en busca de madera. El agua es casi el único elemento de primera necesidad que la tierra proporciona, si incluimos la comodidad de un buen puerto; aunque, según parece, ni éste responde a los fines que se propusieron cuando se formó la colonia, porque como la bahía de la Soledad se abre hacia el norte o noroeste, ha de correr el viento de esta parte si es que ha de poder entrar la nave; mas como éste es el viento más favorable para salvar el cabo de Hor-

²¹ El tiempo les ha enseñado a remediar estos inconvenientes.

²² A mediados del siglo pasado, don Samuel F. Lafone, vecino de Montevideo formó una compañía que dio muy buenos resultados, en la crianza de ovejas, etc.

²³ Un niño, nacido y criado en las Malvinas a mediados del siglo pasado, llegó a Montevideo y quiso disparar de miedo al ver un árbol por primera vez. Caso curioso: esta traducción se hace con el ejemplar que perteneció a dicho niño, comprado muchos años después en Inglaterra.

nos, una embarcación no tendría para qué meterse en tal bahía, perdiendo así un buen viento que la podría conducir recta al mar del Sur; ni es esto todo, desde que, sólo con un viento contrario al reinante, podría volver a salir del encierro, a esperar nuevamente el noroeste que habría de llevarla al cabo de Hornos: y todo ello, tratándose de un lugar en que no hay más recurso que el del agua para beber.

Los franceses enviaron navíos a estas islas, durante la última guerra, con el propósito de asegurar un puerto que favoreciese a sus expediciones provenientes de las Indias por el mar del Sur; derrotero éste que se veían obligados a seguir para evitar el encuentro con los corsarios ingleses; una vez terminada la guerra, cansados ya de una colonia tan pobre, que tanto gasto les ocasionaba, y que ya no respondía a necesidad alguna, se resolvieron a abandonarla; mas como tenían la pretensión, si posible fuese, de recuperar el caudal que les había costado, supieron ponderar de tal suerte a la corte de España las ventajas de su nueva adquisición, que el rey de España convino en pagarles quinientos mil pesos (algunos dicen que fueron ochocientos mil y otros aumentan hasta el millón) por la devolución de las islas a España: de este valor, una parte sería para el rey de Francia y otra para el señor Bougainville, el propietario; y fuera de esto se les permitía expender en Buenos Aires cargamentos de mercaderías compradas con la misma plata en el Río de Janeiro. Todo esto se lo manifestó con bastante franqueza el capitán de la fragata española al entonces gobernador de Buenos Aires, y en presencia del señor Bougainville, y se quejaba del engaño con que se había procedido en perjuicio del rey de España, protestando que ninguna persona que tuviese comisión de recibir estas islas, pensaba cumplir con su deber como fiel vasallo de su majestad, y en conciencia de buen

cristiano, podía aceptar la entrega de ellas, con vista de ojos, sin primero dar cuenta de cómo eran a la corte de España; porque a todas luces se veía que habían sido groseramente engañados. El señor Bougainville no se atrevió a contradecir lo expuesto por el dicho capitán, quien no sólo era personalmente un testigo de vista, sino que, llegado el caso, podía haber corroborado su relación con el testimonio de unos cien individuos recién llegados con motivo de la traslación de los habitantes franceses.

Los españoles condujeron con los colonos dos frailes franciscanos, un gobernador y un vice, los que cuando vieron el asiento se abismaron de pena; y el gobernador, coronel Catani, al regresar los navíos a Buenos Aires, con lágrimas en los ojos se permitió declarar, que felices eran los que se alejaban de tan pobre país; y que se daría de parabienes si se le permitiese renunciar el puesto y volver a Buenos Aires, aunque más no fuese que en calidad de simple grumete.

IV

DESCRIPCIÓN DE LOS HABITANTES DE LA PARTE MÁS AUSTRAL DE LA AMÉRICA QUE FIGURA EN EL MAPA

Las naciones de indios que habitan estas tierras, se distinguen entre sí con los nombres generales de Moluches y Puelches.

Los Moluches son aquellos que los españoles llaman Aucaes y Araucanos.

El primero de estos nombres es un apodo, y término injurioso que equivale a rebelde, alzado, salvaje o bandido: la voz *aucani* significa rebelarse, alzarse, hacer motín, y se aplica tanto a los hombres como a los animales; así, pues, *auca cahual* es un caballo alzado; *aucatun* o *aucatun*, hacer alboroto.

Ellos entre sí vienen del Moluche, derivado de la voz *molun*, guerrear; así que *moluche* quiere decir guerreo. Se hallan ellos distribuidos por toda la tierra a uno y otro lado de la cordillera de Chile, desde los confines del Perú¹ hasta el estrecho de Magallanes, y constan de las tres distintas naciones de Picunches, Pehuenches y Hui-lliches.

Los Picunches son los de la parte más al norte de todas estas naciones, y se llaman así porque *picun* en su

¹ Téngase presente que el Perú, en 1750, incluía a Bolivia hasta el desierto de Atacama. Véase lo siguiente.

lengua significa norte, y *che*, hombres o gente. Ocupan las montañas desde Coquimbo hasta más abajo de Santiago de Chile. Éstos son los más valientes y los más corpulentos de todos los Moluches, muy particularmente los del oeste de la cordillera, entre los cuales figuran los de Penco, Tucapel y Arauco; y fue con motivo de éstos que los españoles dieron el nombre de Araucanos (equivocadamente) a todos los demás indios de Chile.² Los que caen a la parte oriental de la cordillera alcanzan hasta más abajo de Mendoza, y se llaman Puelches por los de aquella banda: *puel* equivale a este; pero los otros que les quedan al sur les dicen Picunches. Conocí a algunos de sus caciques, que se llamaban Tseucan-antu, Pilque-pangi, Caru-pangi y Caru-lonco.

Los Pehuenches tienen al norte a los Picunches y se extienden desde el paralelo de Valdivia hasta los 35 grados de latitud sur. El nombre se deriva de la palabra *pehuen*, que significa pino, como que su tierra es la de los pinares.³ Como caen al sur de los Picunches, éstos suelen tratarlos de Huilliches, o gente del sur, pero lo más general es que los llamen Pehuenches. Fueron caciques de ellos Colopichun, Amolepi, Nanquel, Nicolafquen, Gue-nulep, Cusu-huanque, Col-nancon, Ayalep y Antucule. El último era un cacique joven, a quien conocí muy bien.

Estas dos naciones fueron en un tiempo muy nu-

² El relato de Falkner, en toda esta parte, representa una indudable e indebida generalización de algunos datos obtenidos de fuente diversa. Por ejemplo, los lugares llamados *Penco*, *Tucapel* y *Arauco* se encuentran muy al sur de la ciudad de Santiago de Chile, y en pleno territorio atribuido a la siguiente subdivisión de "Moluches". (*N. de los E.*, 1957)

³ La "región de los pinares", hábitat de los primitivos *Pehuenches*, era estrictamente cordillerana. (*N. de los E.*, 1957)

merosas, que durante largos años tuvieron guerras sangrientas con los españoles, y muy cerca anduvieron de expulsarlos de Chile, como que destruyeron las ciudades de la Imperial, Osorno y Villarrica, y dieron muerte a dos de sus presidentes, Valdivia y don Martín de Loyola; más ahora han decaído tanto que apenas alcanzan a reunir 4000 hombres entre todos ellos. Esto en parte se debe a las continuas guerras con los españoles de Chile, Mendoza, Córdoba y Buenos Aires, y también a las de ellos entre sí; pero lo que más los ha aniquilado es el aguardiente que compran a los españoles, y el *pulcu*⁴ o *chicha*⁵ que ellos se proporcionan. Muchas veces sucede que empeñan y venden sus mujeres e hijos a los españoles por aguardiente, con que se emborrachan y se matan entre ellos; y rara vez se hace esperar mucho la venganza del que se llevó la peor parte en la reyerta.

La viruela también, que los europeos introdujeron a esta tierra, ha hecho más estrago entre ellos que la peste antigua misma, y es un flagelo que ha desolado pueblos enteros. Este mal es más funesto entre ellos que entre españoles o negros por su modo de ser, mala alimentación, falta de abrigo, remedios y el cuidado indispensable; porque los parientes inmediatos de los que caen enfermos huyen, para escapar del contagio, y los abandonan a perecer, aunque sea en un desierto. Hará cosa de 45 años que la numerosa nación de los Chechehets se contagió con este mal en las inmediaciones de Buenos Aires, y trató de huir de la peste retirándose hacia su tierra, que distaba

⁴ *Pulcu*, bebida fermentada en general, voz que dio origen a la palabra "pulpería", corruptela de la otra *pulquería*, lugar adonde se vendía pulque o *chicha*.

⁵ *Chicha*, aloja por lo general de maíz.

unas 200 leguas, a través de desiertos inmensos. Durante la jornada dejaban por el camino a los enfermos, sus parientes y amigos, abandonados, sin quien los cuidara, y sin más amparo que un cuero que les atajase el viento y una tinaja con agua; y así se ven tan reducidos en número que apenas cuentan con 300 hombres de pelea.

Los Huilliches o Moluches australes se extienden desde Valdivia hasta el estrecho de Magallanes. Se dividen en cuatro tribus o naciones distintas. La primera de éstas llega hasta el mar de Chiloe, y más allá del lago Nahuelhuapi: hablan la lengua de Chile. La segunda nación son los Chonos, que viven en el archipiélago de Chiloe y sus inmediaciones. La tercera nación se llama Poy-yus o Peyes, y ocupa la costa del mar desde los 48 hasta un poco más allá de los 51 grados de latitud sur; y desde ese paralelo hasta el estrecho se extiende la cuarta nación, que llaman de los Key-yus o Keyes. Estas últimas tres naciones se conocen con el nombre de Vuta Huilliches o Huilliches Grandes, porque son hombres de cuerpo más desarrollado que los de la primera, llamados Pichi-Huilliches o Huilliches Chicos.

Parece también que son gente de otra generación, porque el idioma que hablan es una mezcla de las lenguas Moluche y Tehuel. Los otros Huilliches y los Pehuenches hablan el mismo idioma, y sólo se diferencian de los Picunches en que hacen sonar una *s* en lugar de *r* y *d*, porque carecen de estas dos letras en su alfabeto; mientras que los Picunches, como les falta la *s*, la substituyen con la *r* y la *d*; y también la *t* donde los otros hacen sonar la *ch*; v. gr.: *Domo* por *somo*, mujer; *Huaranca* por *huasanca*, mil; *Vuta* por *Vucha*, grande.

Estas naciones son de mucha gente, muy especialmente los Vuta Huilliches. Los caciques de los primeros, es decir, los Pichi-Huilliches, eran Puelman, Painiacal, Te-

puanca, a los que vi yo, y muchos otros cuyos nombres se me escapan.

Los Puelches, o gente oriental (así llamados por los de Chile, porque vivían a la parte del este) lindan por el oeste con los Moluches hasta dar con el estrecho de Magallanes, que es su límite hacia el sur; por el norte parten términos con los españoles de Mendoza, San Juan, San Luis de la Punta, Córdoba y Buenos Aires, y por el este con el mar océano.

Se llaman de diferentes modos, según la colocación de sus tierras, o porque en su origen eran de generaciones diferentes. Los que se hallaban hacia el norte llevan el nombre de Taluhets; al sur y oeste de los dichos están los Dihuihets; al sudeste los Chechehets, y al sur de estos últimos está la tierra de los Tehuelhets, o sea en su propia lengua, Tehuel-Kunny, esto es, *gente austral*.

Los Taluhets tienen a los Picunches al oeste y ocupan la margen oriental del Primer Desaguadero (el Colorado), hasta dar con las lagunas de Guanacache en la jurisdicción de San Juan y de San Luis de la Punta, distribuidos en grupos pequeños, que poco paran en un solo lugar. Se hallan también algunos pocos en la jurisdicción de Córdoba, en las márgenes de los ríos Cuarto, Tercero y Segundo; pero la mayor parte de ellos ha perecido en sus guerras con otros Puelches o con los Mocovies, o si no porque se han refugiado entre los españoles. Antiguamente había gente de esta nación en el distrito de Buenos Aires, cerca de los ríos de Luján, de las Conchas y de la Matanza; pero ya han desaparecido. Sus caciques eran Mugelooop, Alcohoro, Galelián y Mayu.

De esta nación tan pocos son los que quedan en el día de hoy, que mucho será que alcancen a reunir 200 hombres de pelea, y se dedican a hacer una guerra de pillaje en corto número, no siendo cuando se juntan con

sus vecinos los Picunches, Pehuenches y Dihuihets; y ni aun así con esta ayuda y todo pueden presentarse con 500 hombres cuando más, porque no siempre son tantos. Esta nación y la de los Dihuihets son las que los españoles designan con el nombre de Pampas.⁶

Los Dihuihets confinan hacia el oeste con el país de los Pehuenches, desde los 35 hasta los 38 grados de latitud sur, y éstos se extienden siguiendo el curso de los ríos Sanquel, Colorado y Hueyque hasta unas 40 millas del Casuhati hacia la parte del este. Son nómades, como los Taluhets, y no mucho más numerosos, porque han sufrido pérdidas enormes en sus malones contra los españoles, a veces juntándose con los Taluhets, a veces con los Pehuenches, y las más haciendo correrías por cuenta propia en toda la extensión de las fronteras de las sierras de Córdoba y de Buenos Aires, desde el río de Arrecifes al de Luján; a los hombres los matan, a las mujeres y niños se los llevan para esclavos y se arrean la hacienda toda. Los caciques de esta nación eran Concalcac, Pichivele, Yahati y Doenoyal.

Estas dos naciones por lo general comen carne de yegua, que cazan en pequeñas partidas de 30 o 40 indios en las pampas inmensas que separan a Mendoza de Buenos Aires; en éstas suele suceder que se topan con fuerzas de españoles que han salido expresamente a buscarlos, y éstos aplican la ley del talión con no menos crueldad. Y no es éste el único riesgo que corren; porque si la casualidad quiere que los Tehuelhets o los Chechehets estén alcanzando al Casuhati o al Vuulcan o Tandil, en el momento en que los Dihuihets y Taluhets están por retirarse con su botín, aquéllos les empiezan a picar la retaguardia

⁶ Importante dato que aclara muchos puntos del contradictorio relato. (*N. de los E.*, 1957)

(sobre todo cuando una jornada demasiado larga los obliga a hacer descansar la hacienda), matan a los que resisten, despojan a los demás de cuanto tienen y se adueñan del botín.

El país de los Chechehets, o gente del este,⁷ en realidad se extiende entre el río Hueyque y el Primer Desaguadero o río Colorado, y de allí hasta el Segundo Desaguadero o río Negro; están en perpetuo movimiento, mudan sus tolderías de acá para allá, y se separan por cualquier motivo, y muchas veces sin más razón que la natural gana de andar. En la tierra de ellos sólo abunda la caza menor, es a saber: liebres,⁸ armadillos,⁹ avestruces,¹⁰ etc.; guanacos, pocos o ninguno. Cuando la necesidad de caballos los obliga a correrlos en las inmediaciones de las sierras del Tandil y del Casuhati, son tan poco diestros para pillarlos que se vuelven sin haber logrado hacerse de uno solo, a no ser que sus vecinos los Tehuelhets se los den, o que les quepa en suerte sorprender alguna de las partidas de los Pehuenches, que por lo general vuelven bien provistos. Por lo demás, es una gente infeliz, mansa y bienintencionada, y menos ladrona que la Moluche o Tehuelhets. Son muy supersticiosos, dados a la hechicería y brujería, y los engañan fácilmente. Por lo general son altos y bien desarrollados, como sus vecinos los Tehuelhets, pero su idioma es diferente. Aunque estando en paz sean mansos y sumisos, en guerra son valientes y atrevidos, co-

⁷ No nos dice Falkner en qué lengua, *cheche* significa este. Pero es probable que fuera en la de los antiguos *Pampas*, a la que pertenece también la desinencia *het*, "gente". (N. de los E., 1957)

⁸ Liebres, *Dolichotis patagonica*.

⁹ Las llamadas "mulitas" y los quirquinchos del sur, *Zaedius minutus*.

¹⁰ *Rhea americana* y la *Darwinii*.

mo muy bien les consta a los escarmentados Taluhets y Dihuihets; mas en la actualidad quedan muy pocos, porque la viruela los ha exterminado. Los caciques sobrevivientes eran Sejechu y Daychaco.

Los Tehuelhets, conocidos en Europa con el nombre de Patagones, han sido llamados Tehuelchus por los que no entienden la lengua, pues *chu* significa *tierra* o *habitación*, y no *gente*, que se designaría con la palabra *het*, o si fuese más al sur, con la otra Kunnee o Kunny. Éstos y los Chechehets son los que los españoles llaman Serranos.¹¹ Se subdividen en muchas naciones, como por ejemplo, los Leuvuches o gente del río y los Calille-Het o gente de la sierra, entre los que figuran los Chulilau-cunnees, Sehauau-cunnees y Yacana-cunnees. Todos éstos, con excepción hecha de los del río, son los que los Moluches llaman Vucha-Huilliches.¹²

Los Leuvuches¹³ ocupan ambas márgenes del río Negro, o como lo llaman, del Cusu Leuvu.¹⁴ Hacia el norte se extiende un gran despoblado, lleno de selvas y lagos impenetrables, y de esteros en que abunda una especie de caña fuerte y espinuda a que dan el nombre de *Sanquel*.¹⁵ Resulta, pues, que por la parte del norte están incomunicados, no siendo que tomen al oeste por las faldas de la cordillera o al este por la costa del mar océano.

Esta generación parece que es una mezcla de Tehuelhets con Chechehets, pero el idioma que hablan es el

¹¹ Otro dato aclaratorio de la mayor importancia. El mismo nos señala que los *Chechehets* y parte de los *Tehuelhets* componían lo que actualmente conocemos como *Puelche-Guénaken*. (N. de los E., 1957)

¹² *Vuta-Huilliches*, "gente grande del sur" [en araucano].

¹³ *Leuvuches*, "gente del río" [en araucano].

¹⁴ *Cusu-Leuvu*, "río negro", *cusu* por *curu* [en araucano].

¹⁵ *Sanquel*=*Ranquel*, mediante la ecuación $S=R=D$.

de esta gente, algo mezclado con el tehuel. Por el este alcanzan hasta los Chechehets; por el oeste parten términos con los Pehuenches y Huilliches; por el norte, con los Dihuihets, y por el sur con los otros Tehuelhets. Dando vuelta al gran lago Huechun Lauquen llegan a Valdivia a los seis días de salir de Huichin. Esta nación parece que encabeza a los Chechehets y Tehuelhets, y sus caciques Cacapol y su hijo Cangapol hacen las veces de reyes de los demás. Cuando se declaran en guerra, al punto acuden los Chechehets, Tehuelhets y Huilliches, y también aquellos Pehuenches que viven al extremo sur, más abajo de Valdivia.

De ellos pocos son los que hay, pues mucho les cuesta reunir 300 hombres de pelea, desde que perdieron tanta gente con la viruela que diezmó a los Chechehets; fue el caso que habiéndose reunido con estos indios invadieron los campos de Buenos Aires con mucha gente y atacaron al famoso don Gregorio Mayu Pilqui-Ya, quien estaba cerca de la laguna de los Lobos con una fuerte partida de los Taluhets; a éstos los deshicieron sin dejar uno y después se retiraron al Vuulcan; mas su mala suerte quiso que se llevasen ciertas ropas, que poco antes se habían rescatado en Buenos Aires y llevaban el contagio de la viruela. También han sufrido muchas bajas en las guerras con sus vecinos del norte, los Picunches, Pehuenches y Taluhets; éstos a veces se reúnen y de improviso los sorprenden en las faldas de la cordillera. Cuando esto les sucede, se salvan del enemigo cruzando el río a nado, cosa que los otros no pueden hacer; los chicos, empero, que quedan rezagados en los apuros y confusión de la disparada, caen en manos del enemigo inhumano, que da muerte cruel a cuantos encuentran, sin que se libren ni los niños en las cunas.

Estos malones, empero, no siempre se llevan a cabo

con tanto sigilo que no lleguen a veces a sentirse, y en tal caso pocos son los que escapan de la furia de esta brava nación, como que el cacique Cacapol muestra a sus huéspedes montones grandes de huesos, calaveras, etc., de estos enemigos, a quienes se jacta de haber dado muerte.

Este cacique, por conveniencia está en paz con los españoles, porque así la gente de su nación puede hacer sus cacerías en las inmensas pampas de Buenos Aires, entre las fronteras de Matanza, Conchas, Magdalena y la sierra: por esta razón sucede que no permite que las otras tribus bajen más acá del Luján, porque así aseguran la frontera del sur. Es por esto que sus caciques y aliados, en los meses de julio, agosto y septiembre, disponen sus corridas de tal modo que les sea posible observar los movimientos de sus enemigos, a quienes no pocas veces atacan y deshacen. A esto se debe que estos indios jamás estuvieron en guerra con los españoles (no obstante lo mucho que les desconfiaban) antes de los años 1738 o 1740 más o menos; y los motivos del rompimiento fueron como sigue:

Los españoles, aturdidamente y faltando a los deberes de gratitud, obligaron a Mayu Pilqui-Ya, único cacique de los Taluhets que estaba en paz con ellos, a que se retirase lejos, con grave peligro de ser atacado por aquellos enemigos que se había hecho al defender los campos de los españoles contra los demás indios de su misma nación y de la de los Picunches, quedando así a tal distancia que se hacía imposible ser socorridos por sus malos aliados.

Después de muerto este cacique, una partida de Taluhets y Picunches, encabezados por Tseucunantu y Carulonco, atacó las estancias de los ríos Areco y Arrecifes.

Los españoles, con su maestro de campo don Juan de San Martín, como llegasen tarde para poder alcanzar a los ladrones, doblaron hacia el sur, con el objeto de no regresar con las manos vacías, y así dieron con los toldos del viejo

Caleliyán, quien con la mitad de su gente, ajeno a todo lo que pasaba, dormía sin sospecha de peligro alguno.

Los españoles, sin averiguar si éstos eran o no los culpables, les hicieron una descarga, así dormidos como estaban en sus toldos, y mataron a muchos con sus mujeres e hijos. Al despertar los demás y ver el espectáculo de la matanza de sus mujeres e hijos se dispusieron a no sobrevivirlos, y después de empuñar sus armas se pararon a morir peleando; por fin ellos y su cacique fueron todos pasados a cuchillo.

El joven Caleliyán por ese tiempo se hallaba ausente, pero avisado de lo que ocurría volvió después que se retiraron los españoles, y al ver los cadáveres de su padre, parientes y amigos, resolvió vengarse sin más demora; reunió, pues, 300 hombres entre paisanos y Picunches, invadió el pueblito de Luján, mató a un buen número de españoles, tomó algunos cautivos y arreó muchos miles de cabezas de ganado. En seguida los españoles juntaron unos 600 hombres de los vecinos, y un regimiento de militares a toda prisa, pero no tanta como requería un enemigo tan ligero. Como no los pudiesen alcanzar, doblaron por las lagunas Saladas y fueron a dar al Casuhati, donde por aquel entonces se hallaba el cacique Cangapol con unos cuantos indios que tuvieron la previsión de retirarse. Habiéndose chasqueado esta vez más regresaron por la costa del mar en dirección al Vuulcan, y allí se encontraron con una partida de Huilliches, quienes, como eran amigos y estaban en paz, salieron a recibirlos desarmados, porque no sospechaban que pudiese haber peligro de nada; por orden, empero, del maestro de campo fueron al punto rodeados y pasados a cuchillo, no obstante que el capitán de la tropa protestó contra lo que se hacía y se empeñó por ellos. Después de esta hazaña marcharon al Salado, a 40 leguas de la ciudad, y como a 20 de las estancias de Buenos

Aires, allí se hallaba el real de un cacique Tehuel, cuyo nombre era Tolmichi-ya, primo de Cacapol, amigo y aliado de los españoles, a quien mucho respetaban y que estaba bajo la protección del gobernador Salcedo, que lo era por aquel tiempo. Este cacique, con la carta del gobernador en la mano, mientras mostraba su salvoconducto recibió un balazo en la cabeza de mano del maestre de campo: todos los indios adultos fueron muertos y las mujeres y niños quedaron prisioneros, y con ellos el hijo menor del cacique, un niño como de 12 años de edad. Por fortuna el hijo mayor se había ausentado dos días antes a correr caballos alzados con una partida de indios.

Esta conducta cruel del maestre de campo enfureció de tal manera a todas las naciones de indios Puelches y Moluches que a una se levantaron en armas contra los españoles, los que en seguida se vieron atacados simultáneamente desde las fronteras de Córdoba y Santa Fe en todo el litoral del Río de la Plata, en una extensión de más de 100 leguas, y con tal furia que les era imposible acudir a la defensa, porque los indios, en partidas volantes de pocos individuos, se lanzaban sobre varios pueblos y estancias a la vez, y por lo general después de salida la luna, así que no era fácil saber cuántos eran los del malón; de lo que resultaba que mientras los españoles los perseguían con mucha gente por un lado, todo lo demás quedaba indefenso.

Cacapol, quien con sus Tehuelhets hasta aquel entonces había vivido en sana paz con los españoles, se alzó al ver lo que habían querido éstos hacer con su hijo, y la matanza de sus amigos los Huilliches, y el asesinato de su bien amado pariente y demás deudos, como también la manera indigna como fueron tratados los cadáveres de todos ellos; con tal motivo y no obstante los setenta años de edad que contaba, se puso en campaña a la cabeza de

1000 hombres (algunos los hacen ascender a 4000) entre Tehuelhets, Huilliches y Pehuenches, y juntos invadieron el partido de la Magdalena, unas cuatro leguas distante de Buenos Aires; y repartió su gente con tanto acierto que en un día y una noche pillaron y talaron más de 12 leguas de lo más poblado y rico de esa región. Mataron muchos españoles y se llevaron gran número de cautivos, mujeres y niños, con más de 20.000 cabezas de ganado vacuno, sin contar los caballos y demás. En esta expedición los Tehuelhets sólo perdieron un hombre, que por haberse separado de sus compañeros en busca de botín cayó en manos de los españoles. Cangapol, el hijo de Cacapol, fue perseguido y alcanzado, mas los españoles no se le animaron, con todo que en aquel momento contaban con doble número de gente, porque estaban rendidos ellos y sus caballos, después de una marcha forzada de 40 leguas sin un momento de descanso.

Los vecinos de Buenos Aires, que supieron con tiempo de esta inesperada invasión por los fugitivos, cayeron en la más terrible consternación; muchos de los oficiales de la guardia corrían por las calles en cabeza, y no sabían qué hacer, mientras que las iglesias y los conventos estaban atestados de gente que allí se refugiaba, como si ya hubiese entrado el enemigo en la ciudad. Los españoles, escarmentados con este golpe, despojaron de su mando al maestre de campo, nombraron a otro y en seguida levantaron un tercio como de 300 hombres, que marchó al Casuhati, no para hacer la guerra de nuevo, sino para pedir la paz. Un año entero había ya transcurrido desde su última batida y los indios, con su joven cacique Cangapol a la cabeza, habían hecho más gente de las diferentes naciones hasta el número de unos 4000 hombres, que hubiesen bastado para hacer pedazos a los españoles; y no obstante la ventaja que les llevaba, quiso

prestarse a las preguntas del nuevo maestre de campo, a quien tenían por amigo; y éste, temeroso de las consecuencias que resultarían de una nueva desinteligencia, ofreció, entre otras cosas, entregar todos los indios cautivos sin recompensa alguna, y rescatar los indios a los españoles. La ignominia de tales condiciones fue puesta de manifiesto por el misionero de la Compañía de Jesús, quien, con algunos de sus Chechehets y Tehuel convertidos, se hallaba con los españoles en su real, y tanto habían influido para que los indios no diesen cuenta del tercio español. Éste proponía que se canjeasen los prisioneros recíprocamente; pero era tal el recelo que mediaba de una nueva guerra, que no quisieron oírlo, y eso que muchos de los indios no deseaban mejor cosa. Algunos caciques Tehuel, que se habían traído los cautivos consigo los entregaron en seguida de hacer las paces, porque no se daban cuenta de que las propuestas del maestre de campo podían tener más alcance que la entrega de los prisioneros por una y otra parte. Los Moluches empero pasaron a Buenos Aires, y recuperaron todos los prisioneros de su nación, como también los de los Tehuelhets, sin la devolución de los cautivos que ellos se llevaran de los españoles. A contar de este tiempo, los Tehuelhets, inducidos por la tentación del botín han seguido haciendo sus invasiones cada año al territorio de Buenos Aires y se han llevado gran cantidad de hacienda. Éste fue empero el perjuicio mayor que ocasionaron hasta el año 1767, en que con motivo de cierta provocación se renovó la guerra y se llevaron muchos cautivos, y de dos comisiones de españoles que salieron a perseguirlos sólo diez escaparon. Un cuerpo mayor de gente con todos los vecinos feudatarios de Buenos Aires y algunas compañías de la guarnición con el coronel Catani a la cabeza los alcanzaron más tarde, y aun a éstos les pareció mejor dejarlos

escapar sin molestarlos, temerosos de que les pasase lo que a los anteriores compañeros.

Los Tehuelhets que parten términos de este a oeste con los del río de los Sauces, tienen al nordeste a los Chechets, al este un inmenso desierto que arranca desde las 40 leguas de la boca del río Negro hacia el sur y se extiende casi hasta el estrecho de Magallanes. Al oeste colindan con los Huilliches, que ocupan la costa de mar al frente de Chiloe, y alcanzan hasta los 44 grados de latitud sur. Su tierra toda es de sierra con valles profundos y sin ríos de importancia. Los criollos se proveen de agua de manantiales y arroyuelos que acaban en lagunas y les sirven para abreviar sus ganados. Cuando los veranos son secos las lagunas éstas quedan sin agua, en cuyo caso se ven obligados a ir a buscarla al río Negro u otra parte. Esta nación ni siembra ni planta, pero se mantiene exclusivamente de guanacos, liebres y avestruces, que abundan en la tierra de ellos y de la carne de yeguas cuando las consiguen.

La escasez de este alimento es la causa porque se andan sin tregua de un lugar a otro para proporcionárselo: así pues se dirigen con mucha gente, a veces al Casuhati, otras a las sierras del Vuulcan o Tandil y a las pampas de Buenos Aires, que distan 300 o 400 leguas de la tierra de ellos. Entre todas las naciones del mundo no hay otras de que se cuente que sean tan caminadoras, ni que tengan tanta predisposición a moverse de un lugar para otro. Son gente de mucha fuerza y esbelta, y no tan trigueños como los demás indios; algunas de sus mujeres hasta son tan blancas como las españolas. Son bien amanerados, serviciales y tratables, pero muy inconsecuentes, y no hay que dar mucha fe a sus promesas y compromisos. Son valientes guerreros y no temen a la muerte. Son lejos los más numerosos de todas las naciones de esta tierra y tantos cuantos todas las demás reunidas. De los Moluches son enemigos, y muy temidos

de ellos; de suerte que si hubiesen estado tan bien provistos de caballos como los Moluches, éstos, que son el terror de los españoles tiempo ha hubiesen sido destruidos por aquéllos y ni los Dihuihets ni Taluhets hubiesen podido contrarrestar el poderío de los Tehuelhets.

Al sur de éstos¹⁶ viven los Chulilan-cunnees y los Sehuau-cunnees, que son de los indios que andan a caballo los más australes. Sehuau es el nombre que se da en el dialecto Tehuel a una especie de conejo negro, más o menos del tamaño de un ratón del campo; y como hay muchos de estos animalejos en la tierra de ellos, muy bien puede ser que de éstos se derive el nombre; cunnee quiere decir "gente".¹⁷

Las últimas dos naciones parece que son de la misma generación que los demás Tehuelhets, y poco se diferencian en el idioma y esta corta diferencia acaso se deba al contacto con los Poy-yus y Key-yus que viven en la costa occidental y en el estrecho.

Todos los Tehuelhets hablan idioma diferente del de los otros Puelches¹⁸ y de los Moluches; y esta diferencia no sólo se encuentra en los vocabularios, sino también en sus declinaciones y conjugaciones, no obstante que algunas de las voces de ambos las tienen en común ambas naciones. Por ejemplo: los Tehuelhets por cerro dicen *ca-lille*; los Moluches *ca-el*; pero los Puelches lo llaman *casu*. El guanaco se llama *pichua* en Tehuel,¹⁹ que no se parece a

¹⁶ Es decir, de los mencionados Tehuelhets.

¹⁷ En lengua Puelche-Guénaken, que es la de los Patagones del norte. (N. de los E., 1957)

¹⁸ Las diferencias pueden ser más bien dialectales: con los Moluches ya es otra cosa; porque las lenguas araucanas y patagónicas de ninguna manera pueden llamarse dialectos entre sí.

¹⁹ Puelche-Guénaken.

luhuan²⁰ ni a *huanque* del idioma Molu; como tampoco *yagip*, agua, a *co*, ni *yagiu*, abrevadero, a *cohue*, ni *cunnee*, gente, a *che* o *het*. Yo me inclino a creer que estas naciones de los Tehuelhets sean las mismas a que los misioneros de Chile han llamado Poy-yus; porque ocupan el mismo lugar en que colocan a éstos; mas la verdad del caso es que los Poy-yus viven más cerca de la costa del mar.

La última nación de los Tehuel son los Yacana-cunnees,²¹ que quiere decir gente de a pie, porque siempre andan así, desde que faltan los caballos en su tierra. Por la parte del norte parten términos con los Sehuau-cunnees, al oeste con los Key-yus o Key-yuhues, cordillera por medio; al este los delimita el mar océano, y al sur está el archipiélago de Tierra del Fuego, o sea el mar del Sur. Estos indios viven a la orilla del mar a uno y otro lado del estrecho, y no pocas veces se hacen la guerra entre sí. Se sirven de unas boyas ligeras, como las de Chiloe, para vadear e estrecho. Suelen atacarlos los Huilliches y los otros Tehuelhets, que se los llevan para esclavos, como que lo único que tienen que perder es la libertad o la vida. Su alimento principal es pescado, que cogen ya zambullendo, ya ensartándolos con los dardos.²² Son muy ligeros de pies y así voltean guanacos y avestruces con sus boleadoras. Su talla es más o menos la de los otros Tehuelhets; rara vez excede de siete pies, aunque los hay a menudo de menos de seis. Es una gente inocente e inofensiva.

Cuando los franceses y los españoles pasan (como con frecuencia lo suelen hacer) a la Tierra del Fuego a hacer leña para sus poblaciones en las Malvinas, esta nación los ayuda en cuanto puede. Para llamarlos los que entran

²⁰ Araucano o Moluche.

²¹ Yacana-cunny, los Onas de la Tierra Firme, al norte del estrecho.

²² Es un error; los Onas no son ictiófagos. (*N. de los E.*, 1957)

izan siempre una bandera blanca, para darse a conocer; porque es tal el miedo que les han cobrado a los ingleses, que al punto disparan si ven una bandera roja. Los franceses y españoles lo explican de esta manera, diciendo que unos navíos ingleses hicieron descargas de artillería pesada, y el estampido asustó de tal modo a los indios que desde entonces no se han atrevido a asomar si llegan a divisar el trapo colorado. Esto será o no así, pero lo cierto es que los otros se han valido de muchas artimañas para impedir que estos indios se comunicasen con los ingleses. Un cacique de esta nación que vino con los otros Tehuelhets a visitarme me contó que había estado en una casa de madera que caminaba sobre el agua. Como esto me lo refería pocos años después que el almirante Anson pasara al mar del Sur, me pareció que podría ser alguno de los navíos de aquella armada.

Los Moluches llaman a todas estas naciones de los Tehuelhets Vucha-Huilliches, o gente grande del sur; los españoles los llaman Serranos, aunque ignoran su procedencia. En el resto de Europa son conocidos por el nombre de Patagones.²³

Como ya lo dije en la introducción, he visto caciques de todas las tribus de indios que habitan la parte austral de la América, y he observado que los Puelches o gente del este eran una generación de indios grandes, y varios de ellos hombres de casi siete y medio pies de alto; mas son éstos de una generación aparte, desde que he visto otros de la misma familia que no pasaban de seis pies.

Los Moluches, o indios del oeste, que viven en los cerros son más bien bajos, pero anchos y corpulentos. Los

²³ Los Patagones se dividen en dos grandes grupos: los del sur, o *Chónik*, y los del norte o Puelche-Guénaken. Falkner se refiere principalmente a los últimos. (N. de los E., 1957)

habitantes de las alturas brumosas de la cordillera con frecuencia se suicidan, crimen que rara vez se oye cometan los indios del este.

Los nombres de los caciques que he conocido son: Cacapol, Cangapol, Yampalco, Tolmichiya, Guelmen, Sau-simiyan, Yepelche, Marique, Chuyuentuya, Guerquen, Clusgell, Millarsuel y Tamu.

El cuento aquel de que existe una nación en esta tierra, de origen europeo y procedente de un naufragio, es a mi entender enteramente falso y sin fundamento, y sólo se debe a una mala inteligencia de las relaciones que dan los indios; porque si les preguntan en Chile de alguna colonia española en el interior, hacen la descripción de poblaciones y gente blanca, que se refiere a Buenos Aires, etc., y viceversa; porque no se imaginan que los moradores en estas dos regiones tan distantes una de otra puedan conocerse. Al hacerles a los indios ciertas preguntas al respecto, me convencí de que yo había discurrido bien; y cuando nombré a Chiloe, Valdivia, etc. (cosa que los sorprendió mucho); me confesaron que éstos eran los lugares que habían querido decir cuando hacían la relación de poblaciones de europeos.

Y lo que hace aún más increíble que haya existido tal ciudad de los Césares, es la imposibilidad absoluta que europeos, ni aun cuando fuese en número de 200 o 300, casi todos hombres, sin comunicación alguna con país civilizado, hubiesen podido penetrar a través de tan numerosas y tan guerreras naciones, mantenerse como república aparte en tierra que de suyo nada ofrece, en que los habitantes sólo viven de la caza, y aun más por el espacio de 200 años (según corre la leyenda), sin haber sido exterminados, ya porque los indios los mataran, ya porque los hubiesen reducido a la esclavitud, o sin perder su apariencia de europeos por el mestizaje con ellos. A más de

esto, no hay una vara de esta tierra que no la hayan andado estos nómades cada año; porque aun el desierto despoblado, que el océano Atlántico lava, lo recorren todos los años para enterrar los huesos de sus muertos y hacerse de sal. Los caciques de ellos y otros de la más reconocida veracidad entre ellos me han asegurado muchas veces, que no hay más gente blanca en sus tierras, que los que se conocen en toda la Europa, es a saber: los de Chile, Buenos Aires, Chiloe, Mendoza, etc.

RELIGIÓN, GOBIERNO, POLÍTICA
Y COSTUMBRES DE LOS MOLUCHES Y PUELCHES

Estos indios creen en dos seres sobrenaturales, el uno bueno, el otro malo. Al ser bueno llaman los Moluches Toquichen, que equivale a señor de la gente; los Taluhets y Dihuihets le dan el nombre de Soychu, que en su lengua significa el ser que manda en el país de la bebida fuerte; mientras que para los Tehuelhets es Guayava-cunnee, o sea señor de los muertos.

Se han imaginado una multitud de estos dioses, uno de los cuales creen que rige los destinos de cada estirpe o familia de indios, que se supone haya creado él. Los unos se dicen casta del tigre, los otros del león, algunos del guanaco, como otros del avestruz, etc. Se imaginan que cada uno de estos dioses tienen su morada aparte, en vastas cavernas subterráneas, bajo de algún lago, cerro u otra cosa, y que cuando muere algún indio, su alma se va a vivir con el dios que es el patrón de su propia familia, y gozar allí de la felicidad en una ebriedad perenne.

Creen ellos que sus dioses buenos formaron el mundo y que al principio crearon a los indios en sus cuevas, dándoles lanzas, arcos y flechas, y las boleadoras con que pelear y cazar y que en seguida los echaron a que se manejasen como pudiesen. Se imaginan que los dioses de los españoles hicieron otro tanto con ellos, pe-

ro que en lugar de lanzas, arcos y demás les dieron armas de fuego y espadas. Se sacan la cuenta que cuando fueron creados los animales, las aves y demás salvajinas menores, los más ágiles salieron al punto de sus cuevas, pero que los toros y las vacas, que estaban atrás de todos, con sus cuernos les infundieron tal miedo a los indios, que éstos cerraron la entrada a sus cuevas con grandes piedras. Con esta razón explican por qué no había ganado vacuno en tierra de ellos antes de que lo introdujeran los españoles, quienes con más cordura lo habían dejado salir de su cueva.

Se hacen la ilusión de que algunos de ellos después de muertos han de volver a estas cuevas misteriosas. También suponen que las estrellas son indios de antes, que la vía láctea es el cazadero en que los indios estos corren avestruces y que las dos nubes australes son las plumas de los avestruces que voltean. También aseguran que la creación aún no se ha completado y que no toda ella se ha manifestado ya a la luz del día en este nuestro mundo de la superficie.

Los brujos de ellos al son de sus cajas y de sus mates llenos de caracoles dicen que ven en el mundo subterráneo hombres, ganados, etc., con ventas de caña, aguardiente, cascabeles y muchas otras cosas más. Pero tengo fundados motivos de saber que no todos se prestan a creer en estas patrañas, porque el cacique Tehuel, Chehuentuya me vino una mañana con el cuento de que uno de sus hechiceros acababa de descubrir uno de estos lugares subterráneos y lo ubicaba precisamente abajo de donde ellos estaban; y al reírme yo, haciéndole ver su inocencia si se dejaba engañar con tales fábulas y desatinos, contestó con aire de desprecio: *Epueungeing'n*. Son cuentos de viejas.

El Espíritu Malo se llama entre los Moluches, Hue-

cuvoe, o Huecuvu,¹ esto es, el vago de afuera. Para los Tehuelhets y Chechehets es *Atskannakanatz* y para los demás Puelches, *Valichu*.

De estos demonios reconocen que hay un sinnúmero que andan por el mundo, y a ellos les acumulan cuanto mal acontece en él, ya sea al hombre o a las bestias; y a tal extremo llegan con éstas sus creencias, que para ellos son estos malhadados seres la causa del cansancio y del desfallecimiento que les sobreviene en sus largas jornadas o fatigas del trabajo. Según ellos, cada uno de sus hechiceros tiene dos de estos demonios continuamente a su lado que le suministran los medios de predecir lo que está por suceder, avisan lo que está aconteciendo en un momento dado, pero en otra parte, por distante que sea, y permiten curar a los enfermos, haciéndose ellos cargo de combatir, expulsar o ganarse a los otros demonios que son causa de su tormento. Creen también que las almas de sus hechiceros, después que mueren, pasan a formar en el número de estos demonios.

El culto de los indios se dirige exclusivamente al ser maligno, excepción hecha de algunas ceremonias con que reverencian a los muertos. Tratándose del culto se reúnen en el toldo del hechicero, quien se oculta en un rincón del mismo para que no lo vean los demás. En esta alcoba tiene él un pequeño tambor, uno o dos matecillos que contienen conchillas de mar, y algunas bolsitas de cuero cuadradas, todas pintadas, en que guarda sus amuletos. Empieza la ceremonia con ruidos extraños de tambor y de las sonajas; en seguida se hace el accidentado, o finge luchar con el diablo que se ha apoderado de él; con los ojos hacia arriba se le desfigura toda la

¹ *Huecuvu*, dice Febrés que es "cierta deidad, o ente de razón, que finge ser causa de sus muertes, enfermedades y trabajos".

cara, echa espuma por la boca, se le encogen todas las coyunturas y después de las más violentas convulsiones queda tieso y yerto cual un epiléptico. Pasado cierto tiempo vuelve en sí, como que ha vencido al demonio; en seguida y allá dentro de su tabernáculo finge que sale una voz débil, aguda, triste, como del espíritu maligno, quien por medio de esta voz lastimera se supone confesar su derrota; en seguida, y desde una especie de trípode, pasa a contestar cuanto se le pregunta. Poco significa que las respuestas salgan ciertas o no, porque si resulta falsa la culpa la tendrá el diablo. En todas estas consultas se paga bien al hechicero.

El puesto de hechicero es bien peligroso, no obstante lo mucho que a veces lo respetan, porque suele acontecer que cuando muere algún cacique de los indios matan también a algunos de los hechiceros, y con más razón si han tenido cuestión con el finado poco antes de su muerte, porque en este caso los indios atribuyen la pérdida de su cacique al hechicero y sus demonios. Cuando sobrevienen pestes o epidemias, en que tantísimos sucumben, mal les suele ir a los hechiceros. Con motivo de la viruela que apareció después de la muerte de Mayu Pilqui-ya y su gente y casi acabó con los Chechehets, Canga-pol ordenó que se diese muerte a todos los hechiceros, para ver si de este modo cesaba la peste.

Los hechiceros son de los dos sexos. Los hechiceros varones tienen que abandonar (por decirlo así) su sexo y vestirse de mujer y no se pueden casar, aunque a las hechiceras o brujas se les permite esto. La separación para este oficio se hace en la niñez, y siempre se da la preferencia a aquellos que en sus primeros años dan señales de un carácter afeminado. Desde muy temprana edad visten de mujer y se les entrega el tambor y las sonajas propias de la profesión que será la de ellos.

Los epilépticos y los atacados del mal de San Vito son desde luego seleccionados para ese destino, como designados por los demonios mismos, porque los creen poseídos por ellos, y a ellos atribuyen las convulsiones y retortijones tan comunes en los paroxismos de la epilepsia.

La inhumación de los muertos y la veneración supersticiosa con que honran la memoria de ellos son motivo de ceremonias serias. Cuando fallece algún indio, al punto se selecciona una mujer de las más principales entre ellas, con el objeto de que haga del cadáver un esqueleto, y esto se efectúa de la siguiente manera: empiezan por eliminar los intestinos, que se reducen a cenizas, y después separan las carnes de los huesos con la mayor prolijidad posible; en seguida los entierran en el suelo hasta que acaba de pudrirse todo lo que queda de las carnes, o hasta que llega el momento de trasladarlos (cosa que se ha de hacer antes de cumplirse el año del entierro aquel, cuando no antes de los dos meses) al enterratorio propio de los antepasados.

Esta costumbre se observa estrictamente por los Moluches, Taluhets y Dihuihets; mas los Chechehets y Tehuelhets o Patagones colocan los huesos en sitio elevado sobre cañizos o ramas entretrojadas, a fin de que se sequen y blanqueen con la acción del sol y de la lluvia.

Mientras dura la ceremonia de preparar el esqueleto, los indios, tapados con sus mantos de pieles y sus rostros ennegrecidos de hollín, se pasean a la vuelta del toldo con palos largos o lanzas en las manos, cantando con lúgubre voz y golpeando el suelo con el objeto de espantar los Valichus o espíritus malignos. Otros van a visitar y a consolar a la viuda o viudas y demás deudos del extinto; si hay algo que aprovechar, se entiende, porque nada hacen sin que medie el interés. Mientras dura esta visita de pésame lloran, gritan y cantan que da pena oírlos, lagri-

mean sin ganas y se punzan brazos y muslos con espinas agudas para sacarse sangre. En pago de estas manifestaciones de dolor, se les obsequia con abalorios de vidrio, cascabeles de metal amarillo y otras baratijas por el estilo, que tanta estimación tienen entre ellos. Al propio instante matan los caballos del finado, para que no le falte qué montar en el Alhue Mapu o País de los Muertos, y sólo se reservan unos cuantos con que honrar las últimas pompas fúnebres y para que carguen con los restos al enterratorio que les corresponde.

La viuda o viudas del extinto tienen obligación de prolongar el duelo y los ayunos por un año después de la muerte del marido. Para esto tienen que encerrarse en sus toldos, sin comunicarse con nadie, ni salir, no siendo para las primeras necesidades de la vida: no deben lavarse ni la cara ni las manos, sino conservarlas tiznadas de hollín, y la ropa que visten será también de un color triste, se abstendrán de comer carne de caballo o de vaca y, tierra adentro donde abundan éstos, de la de avestruces y guanacos, pero de todo lo demás pueden hartarse. Durante el año de duelo no se pueden casar, y si dentro de este período se llega a descubrir que una viuda ha andado con algún varón, los deudos del finado marido matarán a los dos, no siendo que resulte que ella ha sido violentada. Yo, empero, no pude descubrir que los hombres se hallasen obligados a guardar semejante duelo a la muerte de sus mujeres.

Cuando remueven los huesos de sus finados los envuelven en un cuero, los cargan en uno de los caballos favoritos del finado, que han dejado vivir con este destino, lo engalanan lo mejor posible que pueden con mantas, plumas y demás, y así emprenden viaje, aunque sea de 300 leguas, hasta llegar al enterratorio que corresponde, donde se practican las últimas ceremonias.

Los Moluches, Taluhets y Dihuihets entierran sus muertos en pozos grandes y cuadrados como de una brazada de profundidad. Los huesos se arman y se juntan por medio de ataduras en su propio lugar, en seguida los visten con la mejor ropa que consiguen, los engalanan con cuentas, plumas y demás, y a todo esto lo limpian y mudan una vez por año. Los colocan en fila sentados, con la espada, lanza, arco, flechas, boleadoras y todo lo demás que tenían cuando vivos. A estos pozos los tapan con soleras o troncos, cañas o ramas entretejidas, sobre las que echan tierra. Una matrona entrada en años se elige en cada tribu, a quien corresponde el cargo de estos sepulcros, que por lo mismo es muy venerada. Su obligación es la de abrir estas lúgubres moradas todos los años y de vestir y limpiar los esqueletos. A más de todo esto, todos los años derraman sobre estos sepulcros algunas tinajas de la primera chicha que ponen, y hasta beben ellos parte de la misma a la salud de los muertos. Estos cementerios, por lo general, se hallan ubicados cerca de sus moradas y a la vuelta colocan los cuerpos de sus caballos muertos, parados y afianzados sobre estacas.

Los Tehuelhets o Patagones de más al sur se diferencian en ciertas cosas de los demás indios. Después de haber secado bien los huesos de sus difuntos, los conducen a grandes distancias de sus moradas, hasta llegar a la costa del mar océano, y después de arreglarlos como corresponde y de engalanarlos de la manera ya descripta, los sientan por su orden sobre el suelo, abajo de una ramada o toldo que para el efecto se ha levantado, y alrededor disponen los esqueletos de los caballos muertos.

En la entrada del año 1746, unos soldados españoles que marchaban acompañando a uno de los misioneros unas 30 leguas tierra adentro, hacia el oeste del puerto de San Julián, dieron con uno de estos sepulcros de los in-

dios, que contenía tres esqueletos, y otros tantos caballos muertos parados en torno de ellos.

No es cosa sencilla poder descubrir forma alguna bien arreglada de gobierno, o de instrucción política entre estos indios; si algo hay, se limita a cierto grado de sujeción a sus caciques. La dignidad del cacicazgo es hereditaria y no electiva; y todos los hijos de un cacique tienen derecho de tomarse esa dignidad, siempre que consigan que otros indios los sigan, pero como poco les aprovecha a los que les corresponde, las más de las veces la renuncian.

El cacique tiene el derecho de proteger a cuantos se acogen a él y de reconciliar u obligar a que se callen a los que no pueden avenirse, como también de aplicar la pena de muerte a los delincuentes sin que por ello se los tome en cuenta, porque en tales casos la voluntad de él es ley. Por lo general, es muy susceptible de ser cohechado y ni sus súbditos ni sus parientes se escapan de que los entregue siempre que le paguen bien la condescendencia. Obedientes a sus órdenes, los indios acampan, levantan el real, o caminan de un lugar a otro para establecerse, cazar o hacer la guerra. Con frecuencia los llama a su toldo y les larga un discurso sobre lo que conviene hacer, las exigencias de las circunstancias, los perjuicios que han sufrido, las medidas que se deben tomar, etc. En estas arenas siempre ensalza sus propias hazañas y méritos personales. Si acaso es orador, le vale la estimación de todos, y cuando un cacique carece de este don, se busca un orador que lo substituya. Cuando el caso es importante, especialmente, si es de la guerra que se trata, llama a consejo a los principales indios y hechiceros, y con éstos consulta acerca de las medidas que conviene tomar para poderse defender o atacar a sus enemigos.

En una guerra general, si varias naciones hacen

alianza contra un enemigo común, eligen un Apo² o general en jefe que será el de más edad o el más prestigioso de los caciques. Este puesto honorífico, no obstante ser electivo, desde hace muchos años se ha vuelto más bien hereditario entre los indios del sur, y en la familia de Cangapol: éste encabeza a los Tehuelhets, Chechehets, Huilliches, Pehuenches y Dihuihets, cada vez que tienen ocasión de reunir sus fuerzas. La costumbre es que asienten su real a unas 30 o 40 leguas del país de los enemigos, con el objeto de no ser sentidos, y desde allí desprenden bomberos que salen a registrar los lugares que han de ser atacados: éstos se ocultan de día, pero de noche salen de sus escondites y examinan con toda prolijidad cada casa y estancia de los pueblitos poco concentrados que piensan atacar, para poder así dar cuenta de su ubicación, el número de sus habitantes y los recursos de que disponen para defenderse. Habiéndose enterado bien de todo, pasan a comunicar sus informes al cuerpo de ejército, que espera hasta el plenilunio para llevar a cabo el asalto, porque no les falte luz para su intentona. Al acercarse al punto a que se dirigen se reparten en pequeñas partidas y a cada una de éstas se le señala la casa o estancia que ha de atacar. Poco después de la medianoche dan el asalto, matan a todo hombre que se resiste y se llevan las mujeres y niños de esclavos. Las indias siguen a sus maridos y cargan macanas, boleadoras y a veces sables; pillan y saquean cuanto encuentran en las casas que pueden servirles de algo, como, por ejemplo, ropa, útiles caseros, etc. Así cargados de botín apuran la retirada, sin descansar de día ni de noche, mientras no

² *Apu*, señor, voz de la lengua del Cuzco, que equivale a "generalísimo": eso de adoptar títulos extranjeros es costumbre en todo el mundo.

se ponen a gran distancia y fuera del alcance de los enemigos; a veces no paran antes de las cien leguas del lugar en que dieron el malón. Aquí hacen alto y se reparten el botín, lo que rara vez se efectúa sin algún gran disgusto entre ellos y éste no pocas veces acaba en pelea y derramamiento de sangre.

En otras ocasiones hacen una especie de guerra volante, con poca gente, en número como de 50 a 100. En este caso se abstienen de atacar todo un pueblito, y sólo asaltan casas y estancias aisladas, haciéndolo muy a la ligera y retirándose con toda precipitación.

Los caciques, empero, no pueden sacar impuestos ni cosa alguna a sus vasallos, ni los pueden obligar a que los sirvan sin paga; por lo contrario, tienen obligación de tratarlos bien y con suavidad, y muchas veces atender a su necesidades, porque si no van a buscar la protección de algún otro cacique. A esto se debe que muchos de los *Elmen*, o sea los que son caciques de nacimiento, renuncian a tener vasallos, porque salen caros, y no les resulta de provecho alguno. Ningún indio ni grupo de indios, puede existir sin invocar la protección de tal o cual cacique, según lo dispone el derecho internacional de ellos, y si alguno lo pretendiere, de seguro que perdería la vida, o lo harían esclavo en seguida de ser descubierto.

En el caso de alguna lesión, no obstante la autoridad que reviste el cacique, el agraviado suele tratar de buscar su remedio lo mejor que puede. El único castigo o desagravio que conocen es el de pagar, o de compensar el daño o perjuicio ocasionado con algo que sea de valor en la estimación de ellos (porque dinero no conocen): el único castigo que se acostumbra es la pena de muerte. Sin embargo, cuando la ofensa es leve, y el ofensor pobre, el ofendido suele azotarlo en el lomo y costillas con las boleadoras. Si el agresor es demasiado poderoso no le dicen

nada, a no ser que el cacique intervenga y lo obligue a satisfacer al agraviado.

En las guerras entre sí y con los españoles también, la causa de origen, las más de las veces, es algún agravio que se empeñan en vengar; pero otras veces ella nace de la falta de bastimento o de la propensión al pillaje.

Aunque las diferentes naciones se hallan en continua guerra entre sí, no por eso dejan de unirse para dar contra los españoles, caso en el cual eligen un Apo o capitán general que los mande: otras veces cada nación hace la guerra por cuenta propia. En las guerras con los españoles de Buenos Aires, los Moluches entran como auxiliares y los jefes se eligen de entre los Puelches, porque son más baqueanos de la tierra. Por igual razón en las guerras con los españoles de Chile, los jefes se eligen de entre los Moluches.³

Los casamientos se efectúan por compraventa, como que el marido compra su mujer a los parientes más cercanos y no pocas veces a precio bien subido en abalorios, cascabeles, ropa, caballos, u otra cosa que entre ellos tenga valor. Muchas veces tratan por sus mujeres y hasta pagan parte del precio siendo éstas aun de tierna edad, y años antes de ser casaderas. A todo indio le es lícito tener tantas mujeres como pueda él comprar o sostener. Las viudas y las huérfanas disponen de sus personas, y pueden elegir marido a su antojo; las demás tienen que conformarse a la venta, aun cuando se contraríen sus inclinaciones, porque de lo contrario las llevan a la fuerza y no tienen más remedio que someterse. Rara vez acontece que el indio tenga más de una mujer, aunque algunos se han

³ Aquí se ve cuán distante estaba el autor de confundir Puelches con Moluches o Araucanos.

extendido hasta dos y tres a un solo tiempo, y en especial los Elmens,⁴ los Yas⁵ o caciques. La razón de esto es que no abundan las mujeres, y las que hay son tan caras que muchos viven solteros.

Los casamientos se efectúan casi sin ceremonia alguna, los padres llevan a la novia a casa del novio y se la entregan; de no, él va y se la trae de casa de los padres de ella como cosa suya propia; algunas veces, ella, sin más ni más, se muda de casa, segura como está de ser bien acogida. Al día siguiente la visitan los parientes antes de la hora de levantarse, y si la hallan en cama con el novio queda consumado el matrimonio. Sucede, empero, que como muchos de estos casamientos se hacen contrariando la voluntad de la mujer, llegan con frecuencia a fracasar. Cuando la mujer persiste en su resistencia acaba el marido por aburrirse y entonces la arroja de su casa, o la vende al individuo dueño de la inclinación de ella: rara vez le pega o la maltrata. En otros casos la mujer abandona al marido y se va con su amante; éste, si puede más, o es de rango superior al marido, lo obliga a que se conforme con la afrenta y con la pérdida de la mujer, esto si algún amigo aún más poderoso no obliga al enamorado a restituir la prenda o a entrar en arreglos: por lo general, en estas cosas son muy avenidos.

Las mujeres, una vez que aceptan al marido, son fieles y laboriosas. La verdad es que sus vidas no pasan de ser el desempeño de labor sin tregua, porque aparte de tener que criar y cuidar a sus hijos, tienen que someterse a toda clase de servicios; en una palabra, todo lo hacen, no

⁴ *Elmen*, sin duda por *Gulmen*, cacique o curaca, porque *elme* es cosa muy diferente [en araucano].

⁵ *Ya*, voz de los indios Puelche-Guénaken.

siendo cazar y pelear, y hasta en lo segundo suelen también tomar parte. Todo el cuidado de la casa está a cargo de las mujeres: ellas acarrear la leña, el agua, cocinan, hacen, componen y barren los toldos, soban y cosen los cueros y también las pieles menudas de que fabrican sus mantas o carapas, e hilan y tejen ponchos o macuns.⁶ Cuando viajan son las mujeres quienes levantan todo, hasta los pelos de los toldos, y son ellas las que tienen que plantar y volverlos a arrancar cada vez que se ofrezca hacerlo: ellas cargan, descargan y disponen las cargas, aprietan las cinchas de las monturas y le llevan adelante la lanza del marido. No hay disculpa que les valga ni de enfermedad ni de preñez, para excusarse de la tarea que les corresponde, y con tanta dureza se las obliga a cumplir sus deberes, que los maridos no las pueden ayudar en caso alguno, por muy afligidas que se vean, sin incurrir en la peor de las ignominias. A mujeres principales, o a las parientas de los caciques se les permite que tengan esclavas, que toman sobre sí la parte más pesada de las tareas domésticas, pero si sucede que no las tienen a ellas también corresponde la misma tarea que a las demás.

Al hombre le toca proveer la comida, que por lo general es la carne de caballos, avestruces, guanacos, liebres, jabalíes, armadillos, antas,⁷ etc., o lo que sea que la tierra proporcione. También le entrega a la mujer los cueros para el toldo y para la ropa; pero les compran ropa o mantas de telas europeas, que les venden los españoles, también aros de metal amarillo, cascabeles y cuentas grandes de color azul celeste, que son las que ellas prefie-

⁶ *Macún* o *Ponto*, voces araucanas.

⁷ *Anta* o *Tapir*; no hay noticia de que estos animales hayan existido en la Pampa o Patagonia.

ren. Las he visto trocar un poncho o manto, de las pieles de sus zorrinos, que son tan suaves y lindos como el armiño y de un valor de cinco hasta siete pesos cada uno, por cuatro sartas de estas cuentas que valdrán unos ocho centavos (4 peniques). Los Moluches tienen sus majadas de ovejas por el interés de la lana, y siembran un poco de maíz;⁸ los Puelches, empero, no cuentan más que con el producido de la caza, para la cual mantienen un número crecido de perros, a que ellos dan el nombre de tehua.

Aunque los casamientos se hacen por antojo, sin embargo una vez que los esposos se avienen y procrean hijos, rara vez se separan, ni aunque lleguen a una edad avanzadísima. El marido defiende a su mujer de todo peligro y siempre toma la parte de ella, tenga o no razón, de lo que no pocas veces resultan peleas y derramamiento de sangre; mas esto no quita que allá, cuando están a solas, no la reprenda por haberle ocasionado estas disputas. Rara vez le pega, y si la sorprenden en amores ilícitos, la culpa la echa toda al amante, a quien castiga con mucha severidad, a no ser que compense la afrenta con algún valioso regalo. La delicadeza de ellos es tan corta a este respecto, que con frecuencia, y por orden de los hechiceros, envían a sus mujeres a la selva para entregarse al primero que encuentren; a tal grado llevan su obediencia supersticiosa. Hay, empero, algunas mujeres en quienes la modestia triunfa de la obediencia, hasta negarse a complacer en esto ni a los maridos ni a los hechiceros.

A los hijos los crían consintiéndoles todos sus caprichos. Los Tehuelhets o Patagones del Sur, son los que más yerran por este lado, y se ve a los viejos dejarse llevar

⁸ La voz inglesa *corn* es general, y significa "cereal"; en este caso se entiende que será *Indian corn* o maíz.

de un lado a otro y cambiar incesantemente de morada, para satisfacer los antojos de sus hijos. El siguiente caso podrá servir para darnos a conocer hasta qué extremo de insensatez los conduce este cariño. Si un indio, aunque sea cacique, se propone mudar de paradero con familia y todo, en ocasión de estar viviendo en medio de gente de otra tribu, que no lo quiere dejar salir, suelen éstos robarle uno de sus hijos, y hacen ver que tanto lo quieren que no se pueden desprender de él: así satisfacen al padre, y éste consiente en quedarse; entonces recién le devuelven el hijo, y el padre, lejos de resentirse por lo que le han hecho, se da por muy complacido de que su hijo se haya hecho querer a tal extremo.

La viuda de un cacique Tehuel, cuyo marido había sido muerto a traición por los españoles en plena paz, estaba resuelta a dejar el pueblo y a los misioneros; no había ruegos ni empeños que valieran para calmarla en tan triste caso. Tenía ella un chico como de seis años de edad, que quería mucho a los misioneros porque le regalaban pan, pasas de higo y de uva, etc.; cuando llegó a saber que la madre se preparaba a llevárselo, no quiso permitir que lo vistiesen para el viaje, sino más bien insistió en que lo llevasen a casa de los padres. La madre, impresionada con la aflicción del niño, convino en quedarse donde estaba y poco tiempo después se hizo cristiana.

El traje de estos indios es de lo más curioso. Los hombres no se tapan la cabeza con gorro, sino que se atan la cabellera hacia atrás con las puntas para arriba, envolviéndola con muchas vueltas de una vincha de tela de lana teñida y curiosamente tejida. En sus toldos visiten un manto de pieles cosidas, siendo los menos precitados los que se hacen de cueros de potrillos y potrancas: los mantos que se fabrican con las pieles de un animalito hediondo, parecido a nuestros zorrinos, que ellos apelli-

dan yaguane, son más estimados que estos otros. Esta salvajina es de un color negro retinto, con dos fajas blancas y grandes, una a cada lado de las costillas, cuyo pelo es muy suave y fino.

La piel del Coipu o nutria es considerada como de igual valor con la del yaguane o maikel. La cabeza, boca y dientes de este animalejo se parecen mucho a los del conejo; su pelo es fino y largo, e igual al del castor: sus cuevas, que son de uno o de dos pisos, las cavan en los bordes de los ríos, y su alimento es el pescado. La cola es larga, redonda y de mayor a menor, parecida a la de una rata, y la carne es buena para comer.

Más estimados aun que los antedichos son los mantos fabricados de las pieles de guanacos, porque son de más abrigo, su lana es más fina, y más su duración; pero los que tienen valor sobre todos los demás son los de pieles de zorros pequeños, por ser tan bellos y tan suaves; son de un gris a motitas de otros pelos y con un tinte rojizo, mas no tienen la duración de los de guanaco.

También fabrican o tejen (pero no los Tehuelhets ni los Chechehets) unos hermosos mantos de hilo de lana, teñidos con mucho arte y de diversos colores; y cuando con ellos se envuelven el cuerpo les alcanzan desde los hombros hasta las pantorrillas; con otro de la misma clase se envuelven la cintura, y a más de esto, un pequeño delantal triangular que les sirve de calzones: dos de las puntas se las atan por la cintura y la tercera la pasan por las entrepiernas, asegurándola en la parte trasera. También se fabrican mantos de telas rojas, como por ejemplo de bayeta, etc., que compran a los españoles, de quienes se proveen a la vez de sombreros que les gusta ponerse cuando andan a caballo. Se engalan con cuentas celestes, de las que una o dos sartas se ponen en el cuello y en las muñecas. Suelen también embijarse la cara, a veces de negro a

veces de rojo, con lo que se ponen feos, horrorosos, aunque para ellos sea el colmo de la belleza.

Cuando andan a caballo, en vez del susodicho manto, usan otro adornado con gran copia de figuras; éste tiene un tajo en el medio por el que pasan la cabeza, y el tal manto les cae hasta las rodillas, cuando no hasta los pies.⁹ Tanto los hombres cuanto las mujeres usan una especie de botas o medias, fabricadas del cuero de muslo y pierna de yeguas y potrillos, bien descarnado de toda grasa o nervio interior, que después de oreado ablandan con gordura, lo suavizan a fuerza de sobarlo, y en seguida se lo calzan sin costura y sin darle forma.¹⁰

Sus armas defensivas consisten en un casco en forma de sombrero con ala ancha, de cuero de toro doblado y cosido, y de una cota de malla, que consta de una ancha túnica en forma de camisa, y que como tal se la ponen, con sus mangas angostas y cortas, que hacen de tres o cuatro dobleces de cuero de anta.¹¹ son muy pesadas, ni flechas ni lanzas las traspasan y hasta se dice que ni las balas tampoco.¹²

Sus armas ofensivas son: un arco corto y flechas con punta de hueso. Los Tehuelhets y los Huilliches a veces envenenan las puntas con cierto veneno que mata pero tan paulatinamente, que el herido sigue penando por

⁹ El famoso "poncho", tan útil y tan generalizado en América.

¹⁰ La "bota de potro".

¹¹ Ya se dijo que no consta que haya habido antas en esta región. Posible es que los tales cueros hayan resultado de rescates efectuados con indios de más al norte.

¹² Cosa muy posible con las bocas de fuego de aquella época. Son muy altas en la parte del cuello y casi tapan por completo los ojos y la nariz. De a pie también cargan un escudo cuadrado, grande, incómodo, de cuero de toro.

dos o tres meses, hasta que, hecho un esqueleto, acaba por morirse. También cargan una lanza de cuatro o cinco yardas de largo, que hacen de una caña sólida que crece cerca de la cordillera con muchos nudos, a cuatro o cinco pulgadas unos de otros, y a éstas les ponen punta de hierro. No les faltan espadas, si tienen la suerte de conseguir las de los españoles; mas éstas son, por lo general, bastante escasas.

Otro género de armas, especial de esta nación, son unas bolas, o piedras redondas y grandes, que reducen a esta forma a fuerza de golpearlas una con otra hasta dejarlas de unas cuatro pulgadas de diámetro. Por lo general son cantos rodados, mas he visto algunas traídas de tierra adentro fabricadas de una especie de metal, parecido a cobre fino y liviano (*light*): otras se hacen de una especie de metal de hierro.¹³

Estas bolas son de dos o tres formas: la que más se usa en la guerra es la bola redonda, como de una libra de peso, de la que se desprende un cordel de tiento o nervio; con ella le levantan la tapa de los sesos al enemigo; o de no, la arrojan con cuerda y todo.¹⁴

Otra moda de bolas también hay, que se usa indistintamente para la guerra o para la caza: ésta consta de dos bolas, cubiertas con cuero como las anteriores y aseguradas a una y otra punta de un cordel que mide tres o cuatro yardas de largo. Toman una de éstas con la mano, haciendo así girar la otra tres o cuatro veces por encima de la cabeza, y en seguida las largan y con ellas trampean ya sea al hombre o al animal. Tan diestros en el tirar, que a

¹³ Las famosas boleadoras. En la región calchaquí suelen encontrarse estas bolas de metal descriptas por el autor.

¹⁴ Esta arma la describió Schmidel en uno de los capítulos de su famoso viaje.

veces lo enredan al jinete con su caballo; también las arrojan con tanta habilidad, cuando salen a cazar, que la cuerda se enreda en el cogote de la presa, y las bolas caen de tal suerte que queda como manada, en seguida se enreda y cae la presa en manos del cazador.

Otras veces, sobre todo si se trata de una cacería, emplean dos bolas de menor tamaño que aseguran al cordel que une a las dos mayores por medio de dos cuerdas; porque así entran mejor a la presa. Si la corrida es de avestruces, venados o guanacos, usan boleadoras más pequeñas que las ya descriptas y son de mármol, bien pulidas y aseguradas con cuerda de tendones.¹⁵

Las mujeres no usan tocados de ninguna especie en la cabeza, sino que se arreglan la cabellera en dos largas trenzas, y las dejan caer sueltas una de cada lado. Se ponen aros o zarcillos de planchas de bronce cuadradas, como de dos a tres pulgadas de ancho y otras tantas de alto, con una pieza del mismo metal bien martillado, como para que no les corte las orejas, ya por demás abiertas.¹⁶ Acostumbran llevar sargas de cuentas azul-celeste en el cuello, brazos y tobillos.

Visten los mismos mantos que los hombres, aunque se envuelven el cuello con una de las puntas, y la prenden delante con un pincho o alfiler de latón,¹⁷ lo recogen

¹⁵ Boleadoras como éstas llámanse "libes" en el interior, y sirven hasta para cazar perdices.

¹⁶ Las colecciones particulares y públicas de Buenos Aires y otras partes están llenas de estos aros, etc., resultantes de la batida final en que el general Julio A. Roca destruyó para siempre a los indios de la Pampa.

¹⁷ El "topo" o "prendina" de las provincias andinas. Las colecciones cuentan con muchos ejemplares de estos alfilerones con cabezas como soles.

en torno de la cintura y lo dejan caer hasta los tobillos. Usan también un delantal corto, que se atan a la cintura por debajo del manto, y así quedan cubiertas en la parte delantera, hasta algo más abajo de la rodilla. Esta pieza es tejida con hilos teñidos de colores diversos en listas de arriba abajo. Cuando andan a caballo se ponen un sombrero de paja de figura ancha, baja y cónica, parecido a los que atribuyen a los chinos; y sus botas se parecen a las que gastan los hombres.

VI

DE LA LENGUA DE LOS HABITANTES DE ESTA TIERRA

Las lenguas de estos indios se diferencian unas de otras. Yo sólo aprendí la de los Moluches,¹ como que era la más pulida y la que con más generalidad se entendía. Mi larga ausencia de aquellos países entorpece la memoria, pero ello no obstante trataré de describirla lo mejor que pueda, para satisfacer así la curiosidad de los que se interesan por averiguar estas cosas.

Esta lengua es mucho más copiosa y elegante que lo que era de esperarse de una gente de tan escasa civilización.

Los nombres tienen una sola declinación y todos un solo género. Los dativos, acusativos y ablativos todos tienen una y la misma terminación, con sus sufijos o posiciones. El número se subdivide en sólo dos, singular y plural; porque el dual se determina por medio de la palabra *epu* (que significa "dos") que se antepone; los pronombres, empero, tienen todos los tres números.

Los adjetivos se anteponen a los sustantivos sin variar de terminación, en razón de número o caso; por ejemplo:

Cume, bueno; *Cume huentu*, buen hombre; *Cume huentu eng'n*, buenos hombres.

¹ Es decir, la araucana. (N. de los E., 1957)

Declinación de los sustantivos

Singular	Plural
N. y V. <i>Huentu</i> , el hombre.	N. y V. <i>Pu huentu</i> o <i>huentu</i>
G. <i>Huentuni</i> , del hombre.	eng'n, los hombres.
D. <i>Huentumo</i> , a o para el hombre.	G. <i>Pu huentu</i> , de los hombres, etc., como en el singular.
A. <i>Huentumo</i> , el o al hombre.	
Ab. <i>Huentumo</i> o <i>Huentu en-gu</i> , de, etc., el hombre.	

Los pronombres

<i>Inche</i> , yo.	<i>Quisu</i> , él solo, o no más.
<i>Eimi</i> , tú.	<i>Inche quisu</i> , yo no más.
<i>Vei</i> , él.	<i>Inchiu</i> , nosotros dos.
<i>T'va</i> o <i>T'vachi</i> , esto.	<i>Inchin</i> , nosotros muchos.
<i>Velli</i> , aquello.	
<i>Inei</i> , que (<i>whom</i>).	

Así también: *Eimi*, tú; *Eimu*, tú y otro; *Eim'n*, tú y muchos.

El genitivo sirve para hacer pronombres posesivos o signo del genitivo;

Ni, mío; *mi*, tuyo.

Del mismo modo *m'ten*, sólo que a veces sirve de adjetivo o pronombre y a veces de adverbio.

Los verbos son todos de una sola conjugación, y jamás irregulares o defectivos: pueden proceder de cual-

quier parte de la oración, ora con aplicarles la terminación de verbo, ora con agregarles el verbo sustantivo *gen*, o sea, como se pronuncia, *gen*, partícula que equivale al verbo latino *sum*, *es*, *fui*, etc. Ejemplos:

<i>P'lle</i> , cerca	<i>Cume</i> , bueno.
<i>P'llen</i> o <i>P'llengen</i> , estoy cerca.	<i>Cumen</i> , ser bueno.
<i>P'lley</i> o <i>P'llengey</i> , está cerca	<i>Cumengen</i> o <i>Cumelen</i> , ser bueno.

Ata, mal o malo.

Atan Atangen, ser malo.

Atal'n o *Atalcan*, corromper o hacer malo.

Los verbos tienen tres números, singular, dual y plural; y tantos tiempos como en el idioma griego; y todos se forman mediante la intercalación de ciertas partículas entre la raíz y la letra final del indicativo o sílaba del subjuntivo; por ejemplo:

Presente, <i>Elun</i> , dar.	Aoristo 1º, <i>Eluabun</i> , he dado.
Imperfecto, <i>Elubun</i> , daba.	Aoristo 2º, <i>Eluyeabun</i> , he dado.
Perfecto, <i>Eluyeen</i> , di.	Futuro 1º, <i>Eluan</i> , daré.
Pretérito perfecto, <i>Eluyeebun</i> , o.	Futuro 2º, <i>Eluyean</i> , habré de dar. ²

Los tiempos del modo subjuntivo terminan con la partícula *li*, porque suprimen esa *n* final del indicativo; por lo demás, la diferencian como los demás casos:

² Obsérvese que el autor trata a esta *n* final como si fuese propia de un infinitivo, siendo que en realidad es personal de 1º que equivale a un "yo" sufijado: *elun* no es "dar", sino "yo doy", y así en lo demás.

Presente, <i>Eluli</i> .	Aoristo 1º, <i>Eluabuli</i> .
Imperfecto, <i>Elubuli</i> .	Aoristo 2º, <i>Eluyeabuli</i> .
Perfecto, <i>Eluyeeli</i> .	Futuro 1º, <i>Eluali</i> .
Pretérito perfecto, <i>Eluyeebuli</i> .	Futuro 2º, <i>Eluyeali</i> .

N. B.— Los Huilliches con frecuencia usan la forma *eluvín* por *eluyeen* en el perfecto de indicativo, y *eluvili* por *eluyeeli* en el correspondiente tiempo del subjuntivo.

Observé también que en vez del imperativo suelen valerse del futuro de indicativo, y hasta en la tercera persona, como por ejemplo: *Elupe*, que de él.

Oí yo decir a un indio Moluche, que estaba comiendo un huevo de avestruz y quería sal: *Chasimota ilo-vinquín*. Déjemelo comer con sal. *Iloavin* es el futuro 1º, con infijo *vi*, que significa lo que nuestro “lo”. No me consta que la terminación *quín* pase de ser una partícula de adorno; algo como lo que sucede con el tema *chasimota*, puesto que la sílaba final *ta* nada significa, a no ser que suene mejor; *chasimo*, sin más aumento, viene a ser el caso ablativo de *chasi*, sal.

Los tiempos en todos sus números se conjugan con estas terminaciones para el presente del indicativo:

Singular.	1. <i>n</i> ,	2. <i>imi</i> ,	3. <i>y</i> ;
Dual	1. <i>iu</i> ,	2. <i>imu</i> ,	3. <i>ingu</i> ;
Plural	1. <i>in</i> ,	2. <i>im'n</i> ,	3. <i>ing'n</i> .

Ejemplo: verbo *Dar*.

Singular	1. <i>Elu-n</i> ,	2. <i>Elu-imi</i> ,	3. <i>Elu-y</i>
Dual	1. <i>Elu-iu</i> ,	2. <i>Elu-imu</i> ,	3. <i>Elu-ingu</i> ;
Plural	1. <i>Elu-in</i> ,	2. <i>Elim.'n</i> ,	3. <i>Elu-ing'n</i> .

En el subjuntivo

Singular	1. <i>li</i> ,	2. <i>limi</i> ,	3. <i>liy</i> ;
Dual	1. <i>liu</i> ,	2. <i>limu</i> ,	3. <i>lingu</i> ;
Plural	1. <i>liin</i> ,	2. <i>lim'n</i> ,	3. <i>ling'n</i> ;

Ejemplo:

Singular	1. <i>Elu-li</i> ,	2. <i>Elu-limi</i> ,	3. <i>Elu-liy</i> ;
Dual	1. <i>Elu-liu</i> ,	2. <i>Elu-limu</i> ,	3. <i>Elu-lingu</i> ;
Plural	1. <i>Elu-liin</i> ,	2. <i>Elu-lim'n</i> ,	3. <i>Elu-ling'n</i> .

Y así se conjugan los demás tiempos.

N. B.— El aoristo segundo y el futuro segundo sólo se acostumbran entre los Picunches, porque los Huilliches no los usan.

El infinitivo se forma de la primera persona del indicativo, con el caso genitivo del pronombre primitivo usado como prefijo, o de no, con un pronombre posesivo que signifique cuál es la persona que hace o se deja hacer: este infinitivo puede formarse de cualquiera de los tiempos; por ejemplo:

Ni *elun*, el mi dar; Ni *elubun*, el tu dar; Ni *elubun*, el su dar (de él), etc.³

Los otros posesivos son: *mi*, tuyo; *'n*, suyo; porque éstos sólo se emplean en el singular.

Los participios son dos, que se forman de la misma manera que los infinitivos, y se conjugan a través de todos los tiempos: el uno es de activa y el otro de pasiva.

De estos dos se derivan:

³ Es decir, que determina el significado del tema verbal.

De activa, *Elu-lu*, la persona que da (el que);
 De pasiva, *Elu-el*, la cosa que se da (lo que).
Elu-bulu, el que estaba dando;
Elu-yelu, el que ha dado;
Elu-alu, el que dará;
Elu-abulu, el que habrá de dar;
Elu-buel, lo que se había dado o estaba dando;
Elu-yeel, lo que se ha dado;
Elu-al, lo que se dará.

De todos éstos, como de los verbos de activa, se forman otros de pasiva, mediante la simple sufijación de la partícula *gen*; en tal caso, y en todos sus tiempos, para la variación o declinación sólo se cambia el verbo sustantivo, puesto que el verbo adjetivo permanece invariable.

Ejemplo:

<i>Elu-gen</i> , yo soy dado; ⁴	<i>Elu-geuyeeli</i> , que yo haya sido
<i>Elu-gebun</i> , yo era dado;	dado;
<i>Elu-geli</i> , que yo sea dado;	<i>Elu-geali</i> , que yo habré de ser
	dado. ⁵

Otra modificación de los verbos de esta lengua es la de las transiciones, mediante las cuales se significa no sólo la persona que ejecuta la acción del verbo, sino también aquella que la sufre, y esto se consigue por la intercalación o aditamento de ciertas y determinadas partículas que así lo expresen. Este recurso gramatical lo tienen en común con los del Perú; pero éstos lo emplean con más complicación y en mayor número. No me consta que este

⁴ El texto inglés dice "yo he dado", lo que es un error manifiesto.

⁵ El inglés es defectuoso en estos tiempos.

giro aparezca en las lenguas de las naciones Puelches, del Chaco, ni de los Guaraníes. No creo poderme acordar de todas estas partículas; sin embargo, trataré de explicarlas lo mejor que me sea posible.

Seis son las transiciones que se cuentan:

De 1ª a 2ª persona;	De 3ª a 1ª persona;
De 2ª a 1ª persona;	De 3ª a 2ª persona;
De 1ª a 2ª o 3ª persona;	

y la mutua cuando la relación es recíproca.

La primera transición se expresa por medio de *ey-mi*, *eymu*, y *eim'n* en el indicativo; y por *elmi*, *elmu* y *elm'n* en el subjuntivo; y así en todos los tiempos; por ejemplo:

<i>Elu-n</i> , yo doy;	<i>Elu-eymu</i> , yo os doy a los dos;
<i>Elu-eymi</i> , yo te doy;	<i>Elu-eim'n</i> , yo os doy, o nosotros os damos a muchos.

Y en el subjuntivo:

Elu-elmi, *Elu-elmu*, *lu-elm'n*;

con sus derivados en los demás tiempos.

La segunda transición es de *ti* a *mí* (de 2ª a 1ª), y se expresa con la partícula *en*; como en *elu-en*, tú me das; que hace dual y plural, respectivamente, con *elu-eiu* y *elu-ein*.

La tercera transición de *él* a *mí*, es:

	En el indicativo	En el subjuntivo
Singular	<i>Elu-mon</i> ,	<i>Elu-moli</i> ,
Dual	<i>Elu-moiu</i> ,	<i>Elu-moliyu</i> ,
Plural	<i>Elu-moin</i> ,	<i>Elu-moliin</i> ,

si somos muchos.

La cuarta transición, de *él* a *ti*, resulta de la sufijación de la partícula *eneu* a la 1ª persona del singular; por ejemplo:

Elu-eneu,⁶ *él* te da;
con *eymu mo* y *eim'n mo* para dual y plural;

y en el subjuntivo:

Elmi mo, *Elmu mo*,
Elm'n mo.

La quinta transición, de *mí* a *ti* a esto o a aquello, o a *él*, se forma mediante la intercalación del infijo *vi*; por ejemplo:

<i>Elu-vin</i> , yo le doy (a <i>él</i> o a <i>ello</i>),	<i>Ely-viyu</i> o <i>Elu-vimu</i> , nosotros a vosotros dos le damos
<i>Elu-vimi</i> , tú le das,	o lo damos.
<i>Elu-vi</i> , <i>él</i> le da,	
<i>Elu-viu</i> , ⁷ <i>Elu-vim'n</i> , nosotros ⁸	muchos le damos o lo damos.

El subjuntivo es *Elu-vili*⁹

Hallo que hay algo de ambigüedad en el tiempo perfecto de los Huilliches; pero a pesar de todo les gusta usarlo, aunque ellos mismos reconocen que ello es abusivo. Y no es ésta la única ambigüedad que se nota en la lengua de estos indios, como que la hay y muy especialmente en las preposiciones; porque habiendo de éstas al-

⁶ *Elu-eneu*, sin duda error de imprenta, por *elu-eimi*.

⁷ *Elu-viu*, otro error de imprenta, por *elu-viñ*.

⁸ O "vosotros" omitido, porque *eluvim'n* es de 2ª (vosotros).

⁹ Lo que escribe el autor se ajusta bien al texto de Febrés en cuanto a la exactitud gramatical.

La sexta y última transición se conjuga en todos los modos, tiempos y números, tal y como en los verbos simples, con sólo la intercalación de la partícula *huu*, o mejor dicho, *wu*, desde que así se pronuncia; por ejemplo:

Otra manera particular tienen de componer los temas verbales y de modificar su significado, haciendo de afirmativos, negativos; de neutros, activos, y de hacer comprender y expresar cómo y de qué manera la cosa se hace, y todo esto mediante la intercalación de preposiciones, adverbios, adjetivos, etcétera; como por ejemplo:

Payllac'non, ponerse boca arriba.¹⁰
de¹¹ *Pailla*, boca arriba, y *c'non*, poner.

¹¹ *Paylla o paila.*

Pen quiere decir ver; *pevin*, lo vi a él; *vemge*, de esta manera; y *la* es la partícula negativa: todas estas palabras se combinan en una sola, así:

Pevemgelavin, yo no lo vi de esta manera.¹²

Esta lengua posee completos los numerales, y con ellos pueden darse cuenta de una cantidad por grande que sea:

- | | |
|---------------------------------------|--|
| 1. <i>Quine</i> , uno. | 6. <i>Cayu</i> , seis. |
| 2. <i>Epu</i> , dos. | 7. <i>Selge</i> , ¹⁴ siete. |
| 3. <i>Quila</i> , ¹³ tres. | 8. <i>Pura</i> , ocho. |
| 4. <i>Meli</i> , cuatro. | 9. <i>Aylla</i> , nueve. |
| 5. <i>Kechu</i> , cinco. | 10. <i>Mari</i> , diez. |

a que los *Huilliches* llaman *Massi*.

100. *Pataca*,¹⁵ cien; 1000. *Huaranca*,¹⁶ mil.

Los números intermedios se componen así:

- | | |
|---------------------------------|--|
| 11. <i>Massi quine</i> , once. | 22. <i>Epu massi epu</i> , veintidós. |
| 12. <i>Massi epu</i> , doce. | 23. <i>Epu massi quila</i> , veintitrés. |
| 13. <i>Massi quila</i> , trece. | 300. <i>Quilapataca</i> , trescientos. |
| 20. <i>Epu massi</i> , veinte. | 700. <i>Selgepataca</i> , setecientos. |

¹² Como si dijéramos: Vi de esta manera no lo yo.

¹³ *Cula*, en Febrés.

¹⁴ *Belghe*, en Febrés.

¹⁵ Numeral de la lengua del Cuzco.

¹⁶ *Mari-quíne*, en Febrés.

Los adverbios

<i>Mu</i> , no.	<i>Allu mapu</i> , ¹⁷ lejos.
<i>May</i> , sí.	<i>Nau</i> , ¹⁸ abajo, hacia abajo.
<i>Chay</i> o <i>Chayula</i> , hoy, ahora.	<i>Huenu</i> , arriba.
<i>Vule</i> , mañana.	<i>Pule</i> , contra.
<i>T'vou</i> , aquí.	<i>Allu pule</i> , distante.
<i>Vellu</i> , allí.	<i>Chumgechi</i> , de qué manera.
<i>P'lle</i> , cerca.	<i>Vemgechi</i> o <i>vemge</i> , de esta manera.

Mo o *meu*, las preposiciones latinas *en*, *contra*, *cum*, *per*, *ob*, *propter*, *intra*.

Cay y *Chay*, pospuestas al nombre, o, solo, y, tal vez.

Huecu, sin.

Para dar una idea más exacta de esta lengua, agregaré las muestras siguientes:

La señal de la cruz

<i>Santa Cruz ni gnelmeu</i>	<i>Inchin in Apo</i> ¹⁹
Santa Cruz de la señal.	Nosotros de Señor.
<i>Inchin in pu caynemo</i>	<i>Chao, Votch'm cay</i>
Nuestros de los enemigos.	Padre Hijo y
<i>Montulmoin, Dios</i>	<i>Spirito Santo cay</i>
Libranos, oh Dios.	Espíritu Santo y
	<i>Ni wimeu, Amén.</i>
	De nombre, Amén.

¹⁷ Febrés, *Aclúpu*, muy lejos.

¹⁸ Febrés, *Nagh*.

¹⁹ *Apo*, véase *Apu*, voz del Cuzco.

Primera parte del Padrenuestro

- | | |
|--|---|
| 1. <i>Inchin in Chao</i>
Nosotros de Padre. | 6. <i>Eimi mi piel</i>
Tu-ya voluntad. |
| 2. <i>Huenumauta m'leymi</i>
Cielo en que estás. | 7. <i>Chumgechi vemgey</i>
Así como hácese. |
| 3. <i>Uschingepe mi wi</i>
Santificado sea tu nombre. | 8. <i>Hueno-mapumo</i>
De arriba tierra en. |
| 4. <i>Eymi mi toquin</i> ²⁰
Tu-yo reino. | 9. <i>Vemgechi cay vemengepe</i>
Así también que hágase. |
| 5. <i>Inchinmo cupape</i>
Nos a que venga. | 10. <i>Tue-mapumo, etc.</i>
Mundo terreno en, etc. ²¹ |

Primera parte del Credo

1. *Mupiltun Dios, Chaomo vilpepilvoe.*
Yo creo (en) Dios, Padre en Todopoderoso.
2. *Huenu vemvoe, tue vemvoe cay.*
Cielo hace el que Tierra hace el que también.
3. *Inchin in Apo Jesu Christomo cay.*
Nosotros de Señor Jesú-Christo en también.
4. *Veyni m'ten Votch'm, etc.*
Él de único Hijo, etc.

Principios de la doctrina cristiana

- | | |
|-----------------------------------|--------------------------------|
| 1. P. <i>¿ChUmten Dios m'ley?</i> | P. <i>¿Cuántos Dioses hay?</i> |
| R. <i>Quine m'ten.</i> | R. <i>Uno solo.</i> |

²⁰ *Toquin*. Véase Febrés, in voce *Thoqui*, caudillo en la guerra; su insignia es una piedra en forma de hacha.

²¹ En estos catecismos siempre sigue el *Avemaría*; pero se publicaba en Inglaterra y tenía que omitirse.

- | | |
|--|---|
| 2. P. <i>¿Cheu m'ley ta Dios?</i> | P. <i>¿Dónde está Dios?</i> |
| R. <i>Huenu-mapumo, tue-mapumo, vill-mapumo sume cay.</i> | R. <i>En el Cielo, en la tierra y en todo lugar cualquiera que sea</i> |
| 3. P. <i>¿Iney cam Dios?</i> | P. <i>¿Quién es Dios?</i> |
| R. <i>Dios Chao, Dios vot-ch'm, Dios Spiritu Santo, cay quila Persona geyum, Quine Dios m'ten.</i> | R. <i>Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, y tres personas, siendo un Dios solo.</i> |
| 4. P. <i>¿Chumgechi quila Persona geyum, qui me m'tenta Dios?</i> | P. <i>¿Cómo tres Personas siendo uno solo Dios es?</i> |
| R. <i>T'vachi quila Persona quine gen-n'gen veyula quine m'ten ta Dios.</i> | R. <i>Porque estas tres Personas una siendo, puesto que Dios es uno solo.</i> |

Estos ejemplos se ajustan a la expresión de los indios, pero con cierta mezcla del castellano, en los casos en que el idioma de los indios es insuficiente, o que podría ofrecer una idea errónea. Bastarán éstos y el corto vocabulario que se da en seguida, para dar una noción, aunque no sea más que imperfecta, de la lengua.

Omito muchas voces comunes, porque de ellas ya se ha tratado.

Vocabulario²²

P'llu (Püllù), el alma, espíritu.

Lonco (Lonco), cabeza, cabello.

Az (Ad), cara, rostro.

²² Las voces entre paréntesis son según la fonética del padre Febrés.

N'ge (Ge), ojos.

Wun o Huun (Uùn), boca.

Gehuun (Queuùn), lengua.

Yu (Yu), nariz.

Voso (Voro) ($r = s$), dientes, huesos.

Anca (Anca), cuerpo.

Pue (Que), estómago, barriga.

Cuugh (Cùu), mano.

Namon (Nemun), pie.

Pinque (Piuque), corazón.

P'nen (Piñeñ), criatura.

Nahue (Nahue, padre a la hija), hija.

Peni (Peñi), hermano.

Penihuen (Peñihuen), hermano propio.

Huinca (Huinca), un español.

Seche (Reche), indio neto.

Huenuy (Huenüy), amigo.

Caynie (Cayñe), enemigo.

Huincha (Huincha), vincha.

Makun (Macuñ), manto.

Lancattu, cuentas de vidrio.

Cosque (Corque), pan.

Ipe (Ial, iaghel), comida.

In o Ipen (In), comer.

Ilo (Ilon), carne.

Ilon (Ilon), comer carne.

Putun (Putun), beber, bebida.

Putumum (Ihue), taza.

Chilca (Chilca), escritura.

Chilcan (Chilcan, voz del Cuzco), escribir.

Sengu (Dùgu o dugu: la g suena ng; s = d), palabra, lengua-
je; también, cosa.

Huayqui (Huayqui), lanza.

Huayquitum (Huayquitun), lancear.

- Chinu (Huynu), cuchillo, espada.
Chingoscun (Chùgarn), herir.
Chincosquen, ser herido.
Conan (Conan), soldado.
Conangean (ver anterior), el que ha de ser soldado.
Amon (Amon), caminar o andar.
Anun (Anùn), estar sentado.
Anupeum (Anùqueùm),²³ asiento, banco.
Anunmahuun, sentir interiormente.
Poyquelhuun (Allcùn, sentir, oír), sentir, percibir.
Con'n (Conn), entrar.
Tipan (Thipan), salir.
Cupaln (Cùpaln), traer.
Entun (Entun, sacar hurtando), llevarse.
Aseln (Ghùdenien, odiar); no querer.
Aselgen (Ghùden), aborrecer.
M'len (Gen, ser; nien, tener), ser, poseer (tener).
Mongen (Mogen), vida, vivir.
Mongetun (Mogetun), revivir.
Suam (Duam, D = S = R), voluntad.
Suamtun (Duamtun), tenerla.
Pepi (Pepi), el poder.
Pepilan (Pepiln), tener poder.
Quimn (Quimn), saber, ser sabio.
Quimeln (Quimquimtun), aprender.
Quimelcan (Quimùln), enseñar.
Pangi (Pagi), león.
Choi que (Huanque), avestruz.
Achahual (Achahual), gallo o gallina.
Malu (palùm), lagarto grande, iguana.
Cusa (Cura, r = s), piedra, huevo.
Saiguen (Rhayghen), flor.

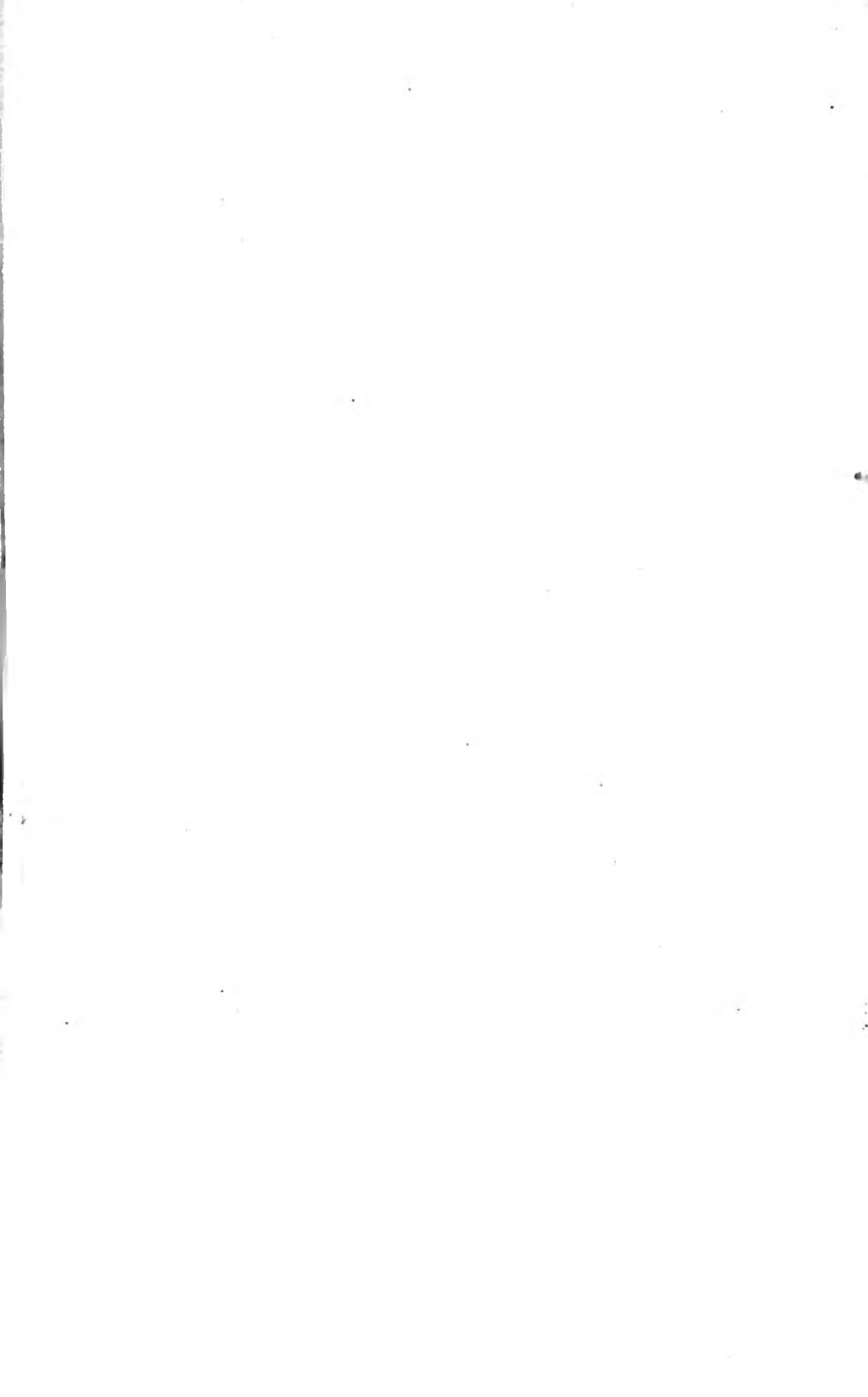
²³ Anupun, ir a sentarse.

- Milya (Milla), oro.
 Lien (Lighen), plata.
 Cullyin (Cullin), plata, pago.
 Cullingen (Ghùlmengen), ser rico.
 Cunnubal (Cunival), pobre, infeliz, huérfano.
 Cum panilhue (Cumpañillme)²⁴, metal colorado, cobre.
 Chos panilhue (Chodpañillme)²⁵, metal amarillo, latón.
 Gepun (Chem), color, pintura.
 Saman (Camañ), oficio, artesano.
 Mamel (Mamùil), árbol, madera.
 Mamel saman (Mamùll-camañ), carpintero.
 Suca-saman (Ruca-camañ), constructor de casa.
 Antuigh (Antù), sol, día.
 Cuyem o Kiyem (Cùyen), luna, mes.
 Tipantu (Thipantu), año.
 K'tal (Cùthal), fuego.
 Asse (Arey), (quemando), caliente.
 Chosee (Uthe, th = tr), frío.
 Atutuy (Thùnthùnn, temblar de miedo o frío), hace mucho frío (que hace temblar).

²⁴ Pañilhue, metal.

²⁵ Chod, amarillo (d = s = r).

Este libro se terminó de imprimir en el mes
de septiembre de 2003 en Color Efe,
Paso 192, (1870), Avellaneda, Buenos Aires,
República Argentina.





DESCRIPCIÓN DE LA PATAGONIA

Y DE LAS PARTES CONTIGUAS DE LA AMÉRICA DEL SUR

Publicada por primera vez en lengua española en Buenos Aires, medio siglo después de su primera aparición en Inglaterra en 1775, esta *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur* es un texto fundamental para el estudio de los pueblos aborígenes que habitaban las regiones pampeana y patagónica a mediados del siglo XVIII. Tomás Falkner estudió durante largos años las poblaciones nativas y, en una de las primeras aproximaciones serias al conocimiento de ese vasto e inexplorado territorio —que estimulaba en europeos y criollos las fantasías más descabelladas—, describió minuciosamente las diversas etnias, sus costumbres y creencias, sus lenguas, sus formas de organización social y la relación que establecían con el entorno geográfico. El producto de esas observaciones es esta obra, extraordinariamente rica en testimonios de toda índole, no sólo etnográficos sino también históricos y geográficos.

La Descripción de la Patagonia... fue, ni más ni menos, el primer intento de una apropiación intelectual del territorio y de sus gentes. Allí reside la clave fundamental y el significado de la obra. Su repercusión fue más allá, quizá, de la intención real de su autor. Cualquiera haya sido ésta, lo cierto es que la publicación del texto, en un momento histórico muy particular, constituyó el impulso para el primer intento serio de la Corona española de concretar una apropiación real del espacio patagónico mediante su exploración y ocupación. Queda ahora al lector acompañar a Falkner en esa difícil empresa intelectual.

Raúl J. Mandrini

EL EMPORIO

Libros - Revistas

9 de Julio 182 - Cba.
Tel./Fax (0351) 4253468

ISBN 950-511-858-9



9 789505 118588

taurus